

Tatiana M. Alonzo

LA MALA
REPUTACIÓN DE
Andrea
Evitch



**La mala
reputación de
Andrea Evich**

Tatiana M. Alonzo

©Tatiana M, Alonzo 2015.
Amatitlán, Guatemala

Todos los derechos reservados SafeCreative N. 1512306126067

Editado por Tatiana M. Alonzo para CreateSpace.

Diseño de portada por Karolina García Rojo.

Icons by <http://dryicons.com>.

Karolina García hace parte del equipo de Bitación creativos. www.facebook.com/bitacion/

Sinopsis

Oliver Odom es el único que no ha visto el vídeo porno que dio mala reputación a Andrea. El problema es que ahora él está enamorado de ella.

¿Tú ya viste el vídeo de Andrea?

Para Andrea González, amiga y colega.

Para Lotty, porque siempre cuento con ella.

Para mis hermanos, Kael y Maya, a quienes vencí y me vencieron muchas veces en Diddy Kong Racing.

Y por supuesto, para Yayi, porque si Oliver tuviera otra amiga además de la señora Pratt, seguramente sería ella.

1

En el corredor camino a la clase de Español, Aaron y su grupo de amigos pasan corriendo uno por uno a mi lado, dándome un empujón.

Suspiro. *Otro hermoso día en la Preparatoria.*

Casi toda mi vida he estudiado en casa con profesores particulares, papá tiene embolia cerebral y no es conveniente dejarle solo. Por lo mismo, Byron se mudó con nosotros hace un año y mamá aprovechó para convencerme de que debo darme una oportunidad y llevar una vida más “normal”, y me inscribió en la Prepa Yo le dije que ella no tiene derecho a decirme qué hacer después de abandonarnos a mí y a papá, pero insistió; y heme aquí, intentando ser un adolescente normal, según mamá. De eso hace ya seis meses.

Me he adaptado bien a este lugar. Aaron ya casi no me acosa y los chicos del equipo de fútbol ya no tiran mi mochila en el váter. Soy el segundo mejor estudiante de la clase y mi amistad con la señora Pratt sigue progresando. Ayer la invité a tomar un café, y estuvimos platicando hasta que a eso de la seis su hijo pasó por ella para llevarla con el ortopedista. Ella insiste en no utilizar un bastón, pero ya le cuesta caminar. Es una anciana necia, pero es mi mejor amiga.

Cuando nos despedimos besé su mano y le recordé cuanto me importa su amistad. Pero no ha venido a dar su clase desde hace tres días, y eso me tiene preocupado.

El salón de clases es un caos, el sustituto tiene que callarnos.

—Buenos días —saluda. Por su tono de voz presiento que todavía intenta ser nuestro amigo.

Todo lo hace mal.

Él es joven y se llama Derek, y por la actitud que toman algunas chicas, asumo que lo encuentran atractivo a pesar de su olor a pollo rostizado.

Derek, una vez más, nos asegura que no debemos preocuparnos por la salud de la señora Pratt. —Pronto la tendrán de vuelta—dice, quitado de pena.

Si, por favor...

Chris, aprovechando la situación, me da unas palmaditas en la espalda y me asegura que todo estará bien con mi “amada”. Sí, se está burlando de mí. Todos ríen. Genial, *otro hermoso día en la Preparatoria*, insisto. Trato de sonreír para no verme tan patético. ¿Qué tiene de raro el ser amigo de una señora de setenta años?

Mejor no respondan.

—Es su novia —aclara Chris a Derek, que intenta ocultar una sonrisa. Sospecho que ser la figura de autoridad aquí le impide formar parte del coro de risas, pero le gustaría. Al bastardo le

gustaría.

No me agrada Derek.

—Silencio —pide a todos y coge un marcador. Después garabatea en la pizarra “Yo me identifico con...”—. Su profesora me envió la agenda de trabajo para esta semana —informa—. Tienen una tarea en parejas.

Ni bien Derek termina de decir esto, todos empiezan a buscar con la mirada a su mejor amigo o amiga.

—Olvidenlo —chasquea él—. La señora Pratt me entregó un listado. Yo les diré quién trabajará con *quién*.

Un giro inesperado.

Todos en el salón se muestran inconformes, pero yo me siento aliviado. Estoy seguro de que la señora Pratt lo decidió de esa manera por mí. Porque nadie en este salón me elegiría como su compañero. Nadie.

Me pregunto con quién me asignó la señora Pratt. Miro a Daniel Yura y sonrío, seguro será él, porque es casi tan marginado como yo. *Casi*. Tal vez seríamos amigos si a mí me gustaran las matemáticas, y si él no pasara gran parte de su tiempo liderando el club de álgebra. ¿A quién engaño? No sería mi amigo de ninguna manera. Nadie sería mi amigo de ninguna manera. ¿Quiero tener amigos? Tal vez no. Pensaré en ello. *Wow, una revelación...*

—Claudia y Chris... —empieza a leer el listado Derek, y Claudia es la primera en quejarse—. No, no te puedo cambiar. Venga, Christopher no es tan malo —intenta convencerla.

No sabe lo que dice, Chris es un enfermo de mierda. ¡Tiene su teléfono móvil atascado de videos pornográficos!

—Andrea —susurra Chris, apoyándose en mi hombro, e intentando atraer la atención de la chica que se sienta frente a mí—. Hey, Andrea, mírame.

Oh no...

Andrea Evich es por mucho la chica más popular de este instituto... y de otros institutos, y también universidades, creo. No lo digo yo, lo dicen todos. Aunque admito que a mí no me consta. Y no es que ser popular sea malo, pero en este caso, bueno... Andrea no es deportista o canta o baila. Ella es popular por ser quien es.

—Andrea... —sigue intentando atraer su atención Chris, pero Andrea lo está ignorando deliberadamente.

Ella está jugando con su lápiz, pero cansada de tanto *chist chist* decide ceder y se vuelve a Chris. Eso me da un asiento en primera fila para verla. Su cabello es rubio, con un estilo Bob desordenado. Sus ojos son avellanados y sus labios tienen forma de corazón. Es guapa, lo acepto, pero... Byron dice que no debo hablar mal de las mujeres, así que no repetiré lo que he escuchado sobre Andrea, pero es malo, realmente es malo.

—¿Qué quieres? —pregunta a Chris como si le asqueara verle.

Lo que es raro porque todos dicen que está saliendo con él.

—Hola —responde él intentando sonar seductor, y después su grupo de amigos ríe como si todos fuesen retrasados mentales.

Andrea pone los ojos en blanco y vuelve la vista a la pizarra.

Últimamente a Chris y a sus amigos les divierte enojar a Andrea. ¿Por qué? No lo sé. Somos seres de entretenimiento fácil, supongo.

—Está molesta porque no la llamé anoche —explica Chris a todo el que quiera escucharle—. Tuvimos sexo, pero tuve que dejarla sola en el motel porque ya iba tarde a una reunión familiar.

Él no es discreto al decir eso, pero Andrea tampoco intenta callarlo. No sé, es como si ella fingiera no estar escuchando. Pero vamos, Chris se sienta detrás de nosotros dos, ¿cómo puede no escucharlo?

En consecuencia a lo que dice Chris, las chicas sentadas a nuestro alrededor empiezan a mirar a Andrea con desprecio. La odian, en serio la odian. Puede que alguna de ellas esté enamorada de Chris. En cualquier caso, ¿a mí que me importa todo esto?

—Ana y Joseline. Fredo y Esteban... —continúa Derek leyendo.

Ojalá Daniel prefiera que nos reunamos en la cafetería del colegio, en su casa o en algún parque cercano, porque no me gusta llevar a nadie a mi casa. No me gusta que juzguen a papá.

—Andrea y Oliver...

Escuchar mi nombre me saca mi burbuja personal. Tardo un par de segundos en darme cuenta de que esto no es una pesadilla. Santo Cristo resucitado al tercer día, la señora Pratt no me puso de pareja de Daniel Yura. Haré el trabajo de Español con Andrea Evich. *Andrea Evelyn e-Bitch*.

2

Conserva la calma, Oliver, me digo en silencio a mí mismo. Respira. Piensa en el mar, sereno y repleto de agua en calma... Toso. ¡ME AHOGO! Estoy tosiendo como un desquiciado. Vaya manera de intentar NO llamar la atención. Porque justo ahora, todos, excepto Andrea, me están observando. *Respira con la boca, Oliver. Respira con la boca. Respira...* Dios, la virgen María, Jesús, José y el pesebre con la mula y el buey. ¿Por qué? ¿Por qué yo si soy un buen cristia... Okay, no.

Me calmo, o por lo menos eso intento. Necesito una ruta de escape. Mordisqueo mi lápiz.

Todos se están riendo de mí.

Cielo santo, ¿por qué la señora Pratt eligió a Andrea como mi compañera?

Las pocas veces que me he cruzado con Andrea, la ignoro y le cedo el paso. No soy el tipo de chico que busque problemas; y ella, sin duda, es uno. Vamos, no soy inmune a su encanto. Es decir, es increíble verla caminar por los corredores de la Preparatoria, porque ella siempre se ve espectacular. Tiene una forma de vestir única, así con ropa holgada, y usa esos lentes Ray-Ban que le añaden más enigma a su personalidad... Un momento, ahora estoy hablando como el presidente de su club de fans. Tiempo. Tiempo. Tiempo. Aterricemos.

Chris me da más palmaditas en la espalda. —¡Por fin dejarás de ser virgen, campeón! —me felicita a toda voz y siento mi cara enrojecer.

Toda mi sangre debe haberse drenado a mi cara porque tampoco siento mis pies.

Todo el salón continúa dando un concierto de carcajadas. ¡Rayos!, el resto de mi vida tendré pesadillas sobre esto.

Andrea no dice nada, está distraída jugando con su teléfono móvil. Tenemos prohibido hacer eso, pero a Derek parece no importarle que la mitad del salón esté conectado a Facebook.

—Hey, silencio —Derek por fin intenta callar a todos—. Voy a terminar de leer este listado...

Muy bien. Enfoquémonos otra vez, Odom. Tiene que ser una broma. ¿La señora Pratt me está tomando el pelo? Quizá sea un error. Sí, eso ¡un error! Y no, no estoy exagerando, digo, se trata de Andrea Evich. Yo he escuchado que Joseline dice, que Karla dice... Vaya, quizá estoy siendo demasiado pre-juicioso. Tal vez le debería de dar una oportunidad.

—Tienen quince días para entregar sus ensayos —dice Derek.

—¿Ensayo? —pregunta Fredo.

—Es una tarea de Español, amigo, ¿qué pensabas entregar? —quejas y más quejas—. Ánimo, chicos. *Yo me identifico con* les está dando la oportunidad de conocer a un personaje en la historia e identificarse con este.

¿Está hablando en serio? ¿Eso dirá para convencernos? Game over, amigo.

—¿Cuántas hojas debe tener el ensayo? —pregunta Claudia.

Que sea una hoja. Una hoja, por favor. Sólo una hoja...

—Mínimo quince hojas —responde Derek y las quejas no cesan, al contrario.

Derek se encoge de hombros fingiendo estar apenado. ¡Que no me joda!, a él le divierte esto. Debe ser uno de esos profesores que disfrutaban torturar estudiantes, porque cuando él estaba en nuestro lugar también lo torturaron. El ciclo de la vida le llaman en Radio-pasillo.

—Yo escribiré sobre Adolfo Hitler —suelta Chris y sus amigos le aplauden.

Dios, es como si estuvieran obligados a festejar con cada estupidez que él dice.

Los nombres de Frida Kahlo, Julio Cortázar, Albert Einstein y Napoleón Bonaparte también se escuchan en el salón. Vaya, quizá no todos aquí sean tan cabezas huecas como Chris. No obstante, yo aún tengo mis dudas, y decido todavía no escoger sobre quién escribiré. De momento lo único que me preocupa es mi compañera de trabajo. Lo que me hace pensar...

—¿Por qué el trabajo es en parejas si es un ensayo *personal*? —hago énfasis en *personal*.

—Buena pregunta. Alguien tenía que hacerla —Y el idiota fui yo, supongo—. La idea es que *tú* elijas un personaje con el que te identifiques, ¿de acuerdo? Se lo presentes a *tu* compañero y viceversa —miro a Andrea, o mejor dicho miro la esbelta espalda de Andrea—. Ustedes no escribirán sobre ustedes mismos o el personaje que eligieron. La idea es que lleguen a conocer *tanto* a su compañero, que podrán redactar quince hojas sobre él, en relación al personaje que eligió.

Estoy *tan* jodido. Tan putamente jodido. Suspiro. De cualquier manera, basta ya de lamentaciones. ¡*Enfréntalo, amigo!*, me animo. Espalda recta. No más hombros caídos. ¿Qué puede salir mal? Sólo tengo que escribir un ensayo de quince hojas sobre Andrea. Andrea *e-Bitch*, como la llama el resto de la Prepa. Y me prometí no ser pre-juicioso. Quizá esto resulte bien.

Igual no pongo atención el resto de la clase. Decidí hacer un listado mental sobre qué puede salir mal con Andrea y conmigo haciendo equipo. Porque *ese* es un defecto en mí, ser negativo:

- Andrea puede haber decidido que soy un perdedor y no quiere hacer el trabajo de Español conmigo.
- O puede ignorarme y trabajar por su cuenta.
- Cuando Andrea me dirija la palabra será tan impresionante que a partir de ese momento también tendré embolia cerebral.
- Cuando yo le dirija la palabra algo saldrá mal, y ella me va a mirar como si yo fuera un idiota. Entonces me atragantaré con mi propia saliva... y después moriré.
- Todos en la Preparatoria seremos víctimas de un ataque alienígena y...

Cuando suena el timbre Andrea se levanta de su banco en tiempo record y es una de las primeras en abandonar el salón. No dice nada. No es como si la quisiera ver aplaudir por estar juntos en esto, pero ni siquiera se volvió para mirarme y dar fe de que sí existo. ¿Cómo nos vamos a poner de acuerdo? Quizá no sepa quién es Oliver... Pero yo me siento detrás de ella. ¿Tiene que saberlo, no? O tal vez no. Bien, de cualquier modo, tenemos quince días para hacer esto. Supongo que podemos ignorarnos uno o dos días más, porque yo tampoco quiero hablarle. Pero algo es un hecho, en algún momento tendré que hacerlo.

Querido Diario,

Todos se burlaron de Oliver y yo quería morirme. Fue horrible. Lo mejor que pude hacer por él fue huir pronto de allí.

Tengo que miedo de que me odie. Ojalá no me odie.

Andrea X

3

Papá está sentado en su cama cuando entro a su habitación. Sonríe al verme. Traigo conmigo su cena: pasta de pollo y puré. Le platico mi día —todo menos la parte que incluye hacer un trabajo con Andrea— y le doy de comer. Trato de pasar más tiempo de calidad con él desde que voy a la Preparatoria, lo que también es bueno para Byron, porque eso le da tiempo para si mismo.

Papá no siempre fue así. Creo que eso es obvio, pero prefiero aclararlo (aunque yo no lo recuerde diferente a como es ahora) Él empezó a presentar síntomas de embolia cerebral cuando yo tenía siete años, hasta que una tarde lo trajeron a casa en una ambulancia y ya no pudo levantarse de la cama.

Al principio la casa estuvo llena de familiares y amigos que no me permitían acercarme a él... y que ayudaban... y que eran amables conmigo y con él. Ya saben, como ocurre cuando recién sucede algo malo. Pero con el tiempo todos se fueron. Mamá también se fue... y vino la abuela, pero fue como si ella no estuviera. Entonces de pronto papá y yo estábamos solos. La abuela murió y fue cuando Byron se mudó con nosotros.

Byron paga a un enfermero y a un fisioterapeuta para que visiten a papá con frecuencia, pero la mayor parte del tiempo lo cuido yo. Él se siente más cómodo cuando soy yo quien lo baña y lo alimenta... y lo consuela.

Leerle libros también ayuda. Su trastorno del habla nos impide tener una conversación normal, pero cuando le leo él no se siente obligado a conversar, y eso nos hace sentir cómodos. A él le gusta escuchar mi voz. Le he leído novelas de Charles Dickens, Alejandro Dumas, Stephen King, Rick Riordan... Su serie de libros favorita es El señor de los anillos. Me gusta verlo reír con mi imitación del Gollum (la cual únicamente verá él) También le leo poesía y noticias matutinas.

Y finalmente lo dejo solo cuando se duerme.

Y eso es todo.

Eso es todo.

Mamá nos abandonó hace cinco años. Conoció una amiga que le presentó a un amigo y rehízo su vida. Se deshizo de todo lo que estaba mal a su alrededor, todo lo que la ataba a un inválido, y se largó para formar una nueva familia. Una familia que no la avergonzara y que... Sí. Me molesta hablar de mamá. No voy a esconder eso. ¿Por qué he de hacerlo? No es justo para mí o para papá. Cada que pienso en mamá siento la necesidad de maldecir o golpear, pero puedo manejar la ira y el resentimiento si ella está lejos. A veces hablamos por teléfono, pero la verdad nunca sabemos qué decirnos. A ella la pone mal escuchar sobre papá y yo no tolero que me hable de su nueva familia. Así que es mejor evitar hablar.

En mi habitación enciendo el computador y reviso mis notificaciones de Facebook. Me considero asocial, pero me gusta interactuar en grupos de cinéfilos, gamers o comiqueros. Hoy no hay mucho que decir sobre eso, pero me doy cuenta de que la asignación de parejas de la clase de Español es tema de conversación. A mí me etiquetaron en dos conversaciones. Nada en especial

llama mi atención hasta que leo el estado de Karla.

No han pasado 24hrs y la zorrade e-BITCH ya tiene carne fresca.

¿Carne fresca? Espero que no sea un eufemismo. Tiene respuestas. ¿Estarán hablando de mí? Diablos, quizá sí. Estoy tentado a ver. Y soy un morbosos de mierda porque lo hago. La primera respuesta es de Fredo.

El vendedor de biblias visitará Sodoma y Gomorra JajajajajaXd

Si, están hablando de mí. “El vendedor de biblias”, vaya, tendré que encontrar la manera de decirles que soy ateo.

Leo las demás respuestas:

Karla: Supiste lo de e-BITCH con Chris?

Chris: Q están hablando de mi?!!!

Karla: Ya leíste, imbécil.

Chris: No m gusta hablar mal d una chica pero Andrea ya me desesperó. Díganle q ya no me llame al teléfono móvil. Lo nuestro ya fue. ¿Xq no entiende eso? L

Karla: Perra arrastrada.

Chris: ¡No! fui yo el que no debió ilusionarla (¿) L

Joseline: e-BITCH es como un virus.

Chris: Me siento mal por romperle el corazón L

Chris es un imbécil.

Antes de que se pregunten por qué tengo este tipo de “amigos” en Facebook, les diré que ellos fueron los que me enviaron solicitud de amistad, y no quise verme mal rechazándoles sin al menos darles una oportunidad. Pero ahora me arrepiento.

No debería estar leyendo esto, porque es como escuchar detrás de una puerta. Pero acéptenlo, ustedes también leerían. Pero está mal. Sé de dos grupos en Facebook sobre Andrea:

Yo también odio a Andrea e-BITCH, y

Yo también me acosté con Andrea e-BITCH.

¿Ella leerá lo que escriben ahí? ¿Le importará si quiera? ¿Por qué sigo prestando atención a todo esto de todas formas? Ya lo sé. Derek lo dijo: Tengo que conocer a Andrea para poder escribir un ensayo de quince páginas sobre ella y el personaje histórico con el que se identifica. Bien, ¿tendrá Facebook? Decido buscarla y encuentro a tres Andrea Evich. Una de ellas tiene el nombre escrito como Andrea e-BITCH y tiene por foto a una chica semidesnuda. Es ella. Definitivamente es ella, aunque tiene el cabello largo. Pero tiene que ser un fotomontaje, ¿no? *Dios*, es que no puede haber publicado una foto así, ¿o sí? No. Esta cuenta tiene que ser falsa. Doy doble clic para entrar y ver su muro.

Leo las actualizaciones de estado:

Soy una putaaa, Qiero sexo con todos los del equipo de futbol. Quién quiere sexo???

Mamá me corrió de casa otra vez L ¿qien me acepta en su cama? Jjiji

¿Q tal me veía hoy?, ¿Asi, o más puta me quieren ver?

Mi nuevo número de teléfono móvil es 45436673244 ¡Chicos, agréguenme todos!!! ¡¡¡Hay Andrea para todos!!!

Jesús. Vaya campaña publicitaria. Marketing directo le llaman. Pero no. Nadie podría hablar tan mal de sí mismo. Esta no puede ser ella.

A esta Andrea le responden con insultos y ella los recibe de buena gana. En definitiva no puede ser ella. Hay un enlace a un video y también hay acceso a un álbum de fotos llamado “yop desnuda” Desnuda... ¿Debería verlo? Es tentador, pero decido que no. Vamos, sé que soy raro. ¿Qué chico en mi lugar perdería semejante oportunidad? Pero es suficiente. No quiero ser parte de esto. Sé por experiencia propia lo difícil que se siente ser acosado, y esta vez siento la necesidad de estar del lado de Andrea.

Me salgo de esa cuenta y reviso las otras dos: En la segunda, aunque el nombre está bien escrito, no hay foto. No hay nada. Quizá Andrea abrió esta cuenta y olvidó la contraseña.

En la tercera cuenta si hay foto. La curioseo. Es ella. Pero la foto de ésta Andrea es diferente a la de la primera, en esta ella abraza a una mujer mayor, que asumo es su abuela. Intento entrar a la cuenta para ver su muro, pero Facebook me advierte que la cuenta es privada. Necesito la autorización de Andrea para stalkearla. Sin embargo, decido no enviar una solicitud de amistad. ¿Cuál es mi justificación? ¿La tarea de Español?

Cierro Facebook e intento concentrarme en la tarea de matemáticas.

• • •

Sexto día que intento hablar con la señora Pratt, pero nadie responde el teléfono de su casa. Lo mejor será ir a visitarla. Porque en verdad *necesito* hablar con ella. Quiero saber cómo está y, diablos, si, también quiero saber por qué me puso de pareja con Andrea.

Termino de lavar los platos del desayuno y cargo mi mochila al hombro. —Nos vemos al rato —me despido.

—Ve con cuidado —escucho decir a Byron, y salgo de casa.

Todavía tengo un poco de jabón en las manos, pero está bien. Ya me acostumbré. Byron no cocina, friega platos, aspira alfombras o encera baldosas, así que a mí me toca hacer de todo por los dos. No me estoy quejando, porque a decir verdad tener que hacer es terapéutico. Si, terapéutico, y no me entenderán si nunca han intentado ver las labores domésticas de esa manera. Aunque, acá entre nos, lo que más disfruto hacer escocinar, porque soy bueno. Joder, realmente soy bueno cocinando. Y no estoy exagerando. Picar verduras, batir huevos, enfriar pasta y hornear es lo mío. Aprendí lo básico con la abuela, y mejoré gracias a esos programas que salen en la televisión. Por ejemplo, está este tipo italiano que hace varios platos de comida al mismo tiempo. ¡Ídolo! Algún día quiero ser tan

reconocido como él. Y voy por buen camino, creo. Espero. Cuando Byron probó por primera vez mi lasaña, me felicitó. Y me sentí orgulloso. Porque, rayos, quiero ser chef. Y pensar en eso me hace sentir bien. Tal vez algún día pueda ir a una escuela de cocina que esté cerca de casa, y que me permita acomodar mi horario para ayudar a Byron con papá. Aunque puede que eso nunca suceda. Pero se vale soñar.

En la Preparatoria algunas chicas no me quitan los ojos de encima. Pero no porque me parezca a Leonardo DiCaprio. Ellas me miran... enjuiciándome. Es como si intentaran averiguar si estoy escondiendo algo. Supongo que tiene que ver con Andrea. ¿Ven?, les dije que no estoy exagerando sobre sentirme preocupado por tener que hacer un ensayo sobre ella. Definitivamente el fin está cerca.

Yo siempre trato de no prestar atención a algo que tenga que ver con Andrea. Sé de las habladurías y los grupos de Facebook, pero ¿quién aquí no? Esto es la Preparatoria. Todos aquí sabemos quién está saliendo con quién, y demás, porque cuando algo es secreto en la Prepa, los amigos de tus amigos lo saben y ellos te cuentan para que tú lo sepas. O, en mi caso, lees algún piso o pared en el baño.

Voy por los corredores cavilando.

Sé que tengo que hablar con Andrea para ponernos de acuerdo y hacer la tarea, pero no quiero. Aceptémoslo, no puedo. No sé cómo acercarme a ella.

Hola, Andrea, soy yo, Oliver, el tipo con el que te asignaron en la clase de Español.

¿El tipo? Mátenme ya.

Hola, Andrea ¿te acuerdas de mí? ¿Si quiera me conoces? Me siento detrás de ti... Soy Oliver

Qué imbécil soy, Cielo santo.

Hola, Andrea ¿qué hay de nuevo?

Ajá, ¿y qué espero que me diga de regreso?

¡Andrea, que casualidad!

Ja, y me siento detrás de ella.

Hola, Andrea.

¿Y si no me responde siquiera un Hola?

Hola, Andrea, yo existo.

¡No, eso definitivamente no!

¿Andrea? Wow, te ves bien.

¡No, eso tampoco!

Hola, Andrea, ¿cómo estás?

Sí, eso no está mal.

Pero me apuesto a que diga lo que diga, sonaré como un idiota.

Y ahí está, frente al salón de clases, ojeando su teléfono mientras espera a que el profesor llegue. Está sola. Es el momento perfecto para que hablemos. *Ánimo, Oliver, Andrea no muerde*, intento animarme. Aunque una vez escuché que sí muerde... ¡Al diablo con eso! Me acerco y espero a que me note. Porque esa es mi estrategia con las chicas: esperar a que me noten. Nunca me ha funcionado, pero bueno. Espero... Espero... Vaya, está haciendo bastante calor hoy. Me sudan las manos. *¿Qué día es hoy?*, intento recordar. *Martes*. Hoy es martes.

Los ojos de Andrea finalmente me encuentran, pero no dice nada. ¿Por qué no dice nada? Ciertamente soy yo el que se acercó, así que estoy obligado a empezar la conversación. Pero no encuentro mi voz. ¿Dónde está mi voz? *¿Dios, estás ahí? Ayúdame*. Ah, cierto, soy ateo.

Y Andrea tampoco me ayuda. ¡No dice nada! Sólo me mira... curiosa.

—e-BITCH —ríe alguien detrás de nosotros. Es Joseline. Lo sé porque esa voz de títere de Plaza Sésamo se escucha hasta en el infierno.

Joseline también es popular aquí. Una de las razones es su guerra declarada a Andrea.

Mujeres.

Andrea repentinamente parece estar interesada en la pared.

—Oh, vamos, Andrea. Mírame —grazna Joselin, chasqueando los dedos hacia Andrea. *Maleducada*. La acompañan Karla y Melanie. Las tres me ignoran—. Quería sugerirte un personaje para el ensayo de Español —dice tentativamente, pero su tono no promete algo bueno—. ¿Has escuchado hablar de Salomé?

Melanie empieza a mover sus caderas, intentando hacer el baile del vientre al estilo Shakira, o pudiera estar convulsionando. No soy buen juez.

—Apuesto a que te identificarías con ella —continúa Joseline—. Y estoy segura de que Oliver las escribirá *tan* bien, que se confundirán una con la otra —A continuación se echa a reír al estilo Maléfica.

Oh, diablos, no. No quiero que me metan en esto. ¿Por qué las chicas te notan cuando no quieres que te noten? Y siguen... y siguen... Esto es como ver el inicio de una pelea de la WWE ^[1].

Andrea mira sobre el hombro a Joseline, aparentemente indiferente. Inquietantemente indiferente. ¿Intenta demostrar que los comentarios de Joseline no le afectan? ¿Le afectan? Quizá nunca lo sepa, porque Derek llega y abre la puerta de nuestro salón. Entramos. *Gracias, señor*. Yo tomo mi lugar y trato de ignorar a Andrea, tal como ella siempre me ignora a mí.

El salón se empieza a llenar poco a poco, por lo que pierdo mi oportunidad de hablar con ella. Aceptémoslo: Si no puedo hablarle cuando estamos solos, mucho menos podré con treinta pares de ojos mirándome.

Por eso me sorprende cuando se vuelve a mí.

—No podemos reunirnos aquí —dice, estudiando mi reacción—. O en cualquier otro lugar público —Parece angustiada y avergonzada. ¿No quiere que la miren conmigo? *Ouch*—. Tampoco en mi casa. ¿En dónde vives? Llegaré a tu casa a eso de las tres... si para ti está bien.

No. En mi casa no. —Yo... —balbuceo. Tengo que decirle que no, pero otra vez no encuentro mi voz.

—¿Dirección? —Insiste, sus ojos exigiéndome una respuesta inmediata.

Un momento, ella no me manda. Cuadro mis hombros. Le diré que vamos a reunirnos donde yo diga.

El salón de clases se sigue llenando y Andrea insiste en tener una respuesta ya. Quiere terminar pronto esta conversación. *Claro que quiere. No quiere que la miren hablar contigo*, me recuerdo.

Y me rindo. —Calle del Álamo —digo—. Mi casa es la número 23.

—Lo tengo —me dice aliviada y vuelve la vista a la pizarra.

¿Y ahora qué?

4

Preferí dejar lo de la visita a la señora Pratt para otro día e ir directo a casa. Tengo que esperar a Andrea. Me obligo a reflexionar sobre cómo me siento respecto a eso: *Ella* en mi casa. Andrea Evich, y todo lo que ella representa, estará en territorio Odom. No me lo creo.

¿Por qué me siento así?, me cuestiono, nervioso. Es sólo una tarea de Español. ¿Me sentiría igual si mi compañera fuera Karla? Tal vez sí. Tal vez no. Quizá mi problema son las chicas. Ser tímido tampoco ayuda. Es decir, estamos sacando a un animal de su hábitat natural. *Por Dios*, no debería estarme comparando con un animal. Me corrijo: Estamos sacando a un hombre de su zona cómoda. Eso está mejor.

Cuando llego a casa encuentro una invasión casi alienígena en mi cocina. Byron.

—Hoy te di el día libre —dice, mordisqueando un pedazo de pizza—. Pedí pizza.

Miro su boca —Ya vi —arrugo mi nariz—. ¿Peperoni?

—Con extra queso.

—Porque lo huelo desde aquí.

Me sirvo cinco pedazos. Los únicos cinco pedazos que quedan. Si llego un poco más tarde no como.

—Igual tengo que cocinar para papá.

—Eso lo pondrá de buen humor. Odia cuando cocino yo.

Ya somos dos.

Byron es hermano menor de papá, y vive con nosotros desde que murió la abuela, pero ya había dicho eso antes. Hechos: Por ser menor de edad *tengo* que vivir bajo la supervisión de un adulto *bla bla bla*; y papá no cuenta porque él también necesita la supervisión de un adulto.

Cuando Byron recién se mudó, trabajó como asistente de cómputo en una empresa, y casi siempre estaba fuera; lo que para mí significaba vivir solo. Únicamente contaba con la compañía de la señora Pratt, que venía a darme tutorías. Pero ahora Byron es su propio jefe y puede trabajar en casa. ¡Ni siquiera tiene que quitarse la pijama! La mayoría de sus tratos los cierra mediante video llamadas. Él tiene una compañía unipersonal que crea contenidos software, y, para nuestra buena suerte, tiene clientela. Supongo que es feliz. Se ve feliz. Aún así, y aunque él no lo admita, se que ha tenido que hacer sacrificios para estar aquí; porque él tenía una prometida antes de mudarse con nosotros, pero... así es la vida.

Cuando Byron se va a su oficina-habitación me dedico a limpiar un poco de más nuestra casa.

El timbre suena un poco antes de las cuatro. Veo por el ojo de gato antes de abrir. Es Andrea. Y llega casi una hora tarde.

Esto empieza mal. No me gusta ser negativo, pero estoy acostumbrado a no ser positivo.

Abro la puerta. Ella me está dando la espalda, pero no tarda en volverse para ofrecerme su mejor sonrisa.

Ahora me siento un poco trastornado.

Andrea lleva puestos sus lentes Ray-ban. Viste botas, vaqueros, una cazadora de cuero, una camiseta blanca y una bufanda marrón a juego con un gorro de lana, de esos que se acomodan hacia un lado. *Rayos*, luce como una chica de portada de revista. Quizá lo único que no encaja con ella es su cabello. ¿Por qué lo usa de esa manera? Puede que sea una buena pregunta para el ensayo.

—¿Qué hay? —saluda y entra a mi casa sin que la invite a pasar.

Oye...

—Que hay —repito, enredándome con mis palabras, y la sigo dentro.

En el vestíbulo, me entrega su cazadora, su gorro y su bufanda. Nervioso, me apresuro a acomodarlo todo en el perchero.

Andrea está mirando hacia todos lados, evaluando. Me siento incomodo. ¿Tiene que ser tan poco sutil? Menos mal Byron y yo somos ordenados, porque la casa está limpia y bien acondicionada. Aún tiene el estilo que mamá dejó: blanco hueso combinado con verde césped.

—¿Estabas limpiando? —pregunta, mirando de reojo la aspiradora en medio de la sala.

¡Olvidé guardarla! —Sí, algo así.

Parece divertirse eso. *Sí, soy el amo de casa aquí.*

Me apresuro a guardar la aspiradora en el cobertizo debajo de la escalera y le pido que me siga a la cocina. Advierto que mis manos están sudando.

En el camino ella se detiene frente a una estantería repleta de fotografías. Fotografías mías. *Mierda...*

—¿La verdadera identidad de Batman? —pregunta con una mueca graciosa en su cara, y observa *todo* con cuidado. *¿Batman?*

—Eh...

Me pongo de pie detrás de ella y la miro sonreír tontamente a algunas de mis peores fotografías. ¿Por qué no las escondí en el sótano?

—Ow. Eras un bebé lindo —cuchichea, poniendo esa cara que ponen las mujeres cada que ven un perrito.

AYNO, está una viendo la foto en la que tengo tres años y estoy de pie en una bañera, desnudo, y sosteniendo en mi mano un patito de hule. Esa es la fotografía favorita de mamá, pero, justo ahora, yo me quiero matar.

Debería haber una ley que prohíba a los padres tomarte este tipo de fotografías.

—Vamos —digo, casi atragantándome y sintiéndome humillado. Retomamos el camino hacia la cocina—. Trabajaremos aquí —digo a modo de explicación cuando llegamos.

Elegí trabajar en la cocina por dos motivos:

1. En esta parte de la casa ella estará lejos de papá.
2. Yo me siento cómodo aquí. De toda la casa, la cocina es mi lugar favorito.

Andrea sesienta en un banquillo del desayunador, coge una manzana verde del frutero, y la

muerde como si estuviera preparada para que saque mi cámara.

—Linda casa —dice, apreciativamente.

—¿Gracias? —la miro ceñudo.

¿Por qué tanta confianza? ¿De cuándo acá...?

Y mi molestia hacia ella me da el valor que necesito para hablar:

—Aquí tengo libros, hojas y lapiceras para que trabajemos —digo, un poco molesto—. ¿Ya pensaste con qué personaje te identificas?

—Oye, tranquilo, amigo —me dice como si le hubiera propuesta que corramos a mi habitación a tener sexo—. Toma asiento y relájate.

Oh, ahora estoy siendo invitado a tomar asiento en *mi* propia casa. Pero le hago caso.

Y porqué ella no trajo libros o cuadernos, y porqué en definitiva necesito una ruta de escape, empiezo a acomodar el material que yo recolecté para el ensayo

Ahora ella parece tímida. ¿Le hablé demasiado pesado? ¿Debería disculparme?

—Puedo ayudarte con eso... —dice, apenada, e intenta coger un libro.

Niego con la cabeza. No necesito su ayuda.

Se quita sus lentes Ray-Ban:

—Oye —intenta llamar mi atención— ¡Oye! —la miro—, no suelo ser *tan* maleducada, lo juro —dice, disculpándose—. Sólo pretendo que no te sientas cohibido cuando estás conmigo.

La miro con mi mejor cara de póquer. *¿Qué?*

—Funcionó, ¿no? Te animaste a retarme —sonríe esperanzada.

Bajo la mirada sintiéndome confundido. *Rayos*. No lo sé. Igual me siento cohibido. Ella es tan... —Eso creo.

Suspira aliviada. —Prometo no hacer algo más sin tu autorización —dice—. Anda, mírame —Lo hago y me muestra sus manos, a modo de darme a entender que estoy a salvo.

—Es bueno saberlo.

—Sé que no te caigo bien... —continúa, dejando esta afirmación en el aire.

—Yo no he dicho eso.

—Las personas no van por ahí diciéndote si les caes bien o no. Simplemente lo demuestran.

Oye, eso lo sé, pero no. —Me caes bien, Andrea —aclaro, pero soy cortante. No sé qué más decir.

¿Me cae bien?

—Menos mal. No podía dormir pensando en ello —intenta hacer una broma.

Sonrío, y eso me ayuda a relajar mis hombros. Ella se está esforzando en hacerme sentir cómodo y de verdad aprecio eso.

—¿Me puedo quedar con la manzana? —su pregunta suena más como una plegaria.

Nota mental: Le gustan las manzanas.

—Toma las que quieras.

Termino de acomodar el material de trabajo, que quizá ahora está demasiado acomodado porque lo vamos a utilizar y desordenar. Pero bueno...

Andrea sonrío... sonrío... Ahí está, dedicándome una sonrisa juguetona mientras come su

manzana y... ¿Qué estaba haciendo yo? *Tierra llamando a Oliver. Tierra llamando a Oliver. ¡Concéntrate, hombre!* Cierto. Estaba terminando de acomodar nuestro material de trabajo. Pero es hora de empezar a trabajar de verdad.

—Sé que aún tenemos tiempo para hacer esto, pero francamente quiero invertir el menor tiempo posible en mi ensayo.

Ella asiente con la cabeza mientras continua mordisqueando su manzana. —Suerte con eso, porque no soy una persona fácil de conocer —asegura.

Pienso en las paredes del baño horriblemente pintarrajeadas con la leyenda *Andrea e-BITCH* y sonrío irónicamente. ¿Pero quién soy yo para juzgarla? *No seas cretino, Oliver.*

—Entonces empecemos. Háblame de ti.

Genial. Ya superé la etapa de no encontrar mi voz cuando estoy cerca de ella, pero me sigue apabullando.

Ella sonrío. Le gusta sonreír.

—Cuando Derek nos pidió elegir un personaje, casi de inmediato pensé en Cleopatra —dice como si contara la mejor idea que ha tenido—. Ella es increíble.

¿En serio? No puedo recordar nada importante sobre Cleopatra, más que tuvo algo que ver con un emperador romano, o algo así.

—¿Has visto fotos de ella? Es impresionante. Tiene esa...

Já.

—No es ella —digo y me mira como si la hubiera abofeteado. ¿Por qué? Cualquiera sabe que...—. En la época que vivió Cleopatra no había cámaras fotográficas —¿En serio tengo que aclararle esto?—. Sólo podemos tener una idea vaga de cómo era ella gracias a vestigios de la época.

—Pero *yo* he visto fotografías —responde ella, como si intentara tenerme paciencia—. No soy tonta, Oliver, sé que son actrices de Hollywood, modelos y eso. Pero hay detalles que no fallan cuando intentan parecerse a Cleo.

Cleo.

—Bien —cedo—. Entonces investiguemos a Cleopatra.

—Bien —sonríe, mirándome con aire victorioso.

Elijo dejarla creer que tiene razón. No voy a discutir con ella esto. Quiero invertir bien el tiempo que compartiremos.

Cuando ya llevamos media hora de trabajo saco del refrigerador una Coca cola y le sirvo un poco. Ella está escribiendo mi nombre en una hoja.

—¿Qué personaje elegiste tú?

Diablos, no lo sé. No he pensado en eso. Para mí no es una elección fácil.

—Preferiría que hoy hablemos de ti. Yo no he elegido.

—Puedo elegir por ti —dice y muerde otra vez su manzana.

Una gota de zumo escurre por su barbilla pero la limpia con un gesto gracioso. Me distraigo unos segundos viéndola hacer eso. *¡Concéntrate, Oliver!*

Niego con la cabeza —No gracias.

Parece dolida con mi respuesta, pero, por lo que he visto y he oído, sé que es mejor no

animarla.

—Entonces, ¿qué tienes en común con Cleopatra? —insisto.

—No sé. ¿Qué también soy sexy? —pregunta juguetona.

Jesús. No puedo evitar quedarme boquiabierto. ¿Qué le digo? ¿Qué si? *Sí.*

Ríe y escupe hacia mí una semilla de la manzana. Sí, escupe. Aunque lo hace ver como si me estuviera lanzando un beso.

Me sonrojo.

—¡Dios, tu cara! —dice enternecida—. En serio eres un encanto, Oli.

Oli.

Siento mis orejas calientes ¿Por qué me hace esto? No sé qué decir. Me limito a mirar mis manos. Yo soy tímido.

¿Qué está haciendo?

—Oye, relájate —me pide—. Lo digo en serio.

—¿Lo de que soy lindo? —digo, incrédulo. Sé que me voy a arrepentir de haber preguntado eso.

¿Por qué sigo su juego?

—Sí, también. Las chicas lo dicen.

¿*Qué?* —Me estás jodiendo.

—Nah. Aunque no me lo dicen a mí, por supuesto —aclara, con un gesto aburrido—. Pero deberías escuchar lo que dicen en el baño.

—No soy lindo —me defiendo. ¿Por qué me defiendo? Sueno patético.

¿Y por qué insisto en hablar de esto cuando ella ya cambió de tema?

Jesús, tú no me ayudas.

Andrea toma una lapicera y vuelve su atención a la hoja en la escribió mi nombre.

Lee en voz alta lo que escribe a continuación:

—No se siente lindo a pesar de que lo es.

Quiero ahogarme en el maldito vaso con Coca cola. Suficiente. Cambiemos de tema:

—¿Qué me decías sobre Cleopatra?

Ella continúa riendo juguetona. Bien, se está divirtiendo a costa mía. Esto no va a ser fácil.

—No me hagas hablarte de Cleopatra —suplica con voz de niña—. No sé nada sobre ella.

Ayúdame con eso ¿quieres? Tampoco sé qué decirte sobre mí.

Está bien, le ayudaré. —Empecemos con *Por qué elegiste ese corte de cabello.*

Con eso la sorprendo. Abre y cierra la boca dos veces y niega con la cabeza.

—No, eso no —murmura un poco dolida y me siento culpable por haber preguntado eso. ¿*Qué va mal?* —. Siguiendo pregunta —pide, buscando ayuda.

Mejor no mencionar los grupos de Facebook.

—Háblame de tu familia.

—Yo... —ahora mira hacia todos lados.

Oh, ese camino parece peor que el anterior. *Diablos, ¿entonces qué te pregunto, Andrea?*

—No hables de eso si no quieres —la tranquilizo—. Dime lo que quieres que sepa.

Le alivia escucharme decir eso.

Creo que usaré esa misma regla cuando ella me pregunte sobre mi familia. Tampoco me sentiría cómodo hablando de mamá o papá con Andrea. No hablo de ellos con nadie.

—Tengo una tortuga —suelta y se me escapa una risa seca. *¿Qué?* Ella se sonroja y tuerce su cara en una mueca—. Se llama Donatello —continúa.

Así que le gustan las Tortugas ninja. *¿Es en serio?* Una chica a la que le gustan las Tortugas ninja.

—¿Por qué una tortuga?

Se encoge de hombros antes responder: —¿Porque ya es adulta y no pasa nada si olvido alimentarla uno o dos días?

Ahora soy yo el que está riendo. Vaya, Andrea Evich tiene una tortuga. Por alguna razón eso suena divertido.

—¿Tú tienes mascotas?

—No —ya que encontramos un tema de conversación que está bien para ambos, no quiero cortarlo ahí. Trato de mejorar mi respuesta—: Pero me siento competente para ser dueño de un pez de dorado.

Ahora ella está riendo, y tiene una forma peculiar de hacerlo: arrugar su nariz y acomodar su cabello. *Bien hecho, Oliver, entendió tu broma, me felicito.*

—También soy buena imitando personas.

No puede estar hablando en serio. —No te creeré a menos que lo vea.

—Escupe un nombre —me alienta, relajando más sus hombros.

—No lo sé... —trato de pensar en una buena opción.

Ella empieza a dar saltitos en su banco. —Dios, por favor, que diga Pato Donald, que diga Pato Donald —reza en voz alta.

¡Oye, eso es coacción!

Finjo pensarlo detenidamente. —Bien. Elijo al Pato Donald —digo, mirándola escéptico.

Se pone de pie y hace un gesto de enojo. —¿Imitar al Pato Donald? —grazna molesta, e imitando la voz del Pato Donald *¡Já!*—. Eso es muy difícil... ¡Oh, esperen! —finge sorprenderse—. *¿Acaso ya estoy hablando como él?*

Tengo que reírme.

Le aplaudo y ella se inclina a modo de recibir mi ovación como se debe.

—¿A quién más me aconsejas pedirte?

—Al Pato Lucas —suplica.

—¿Qué problema tienes con los patos?

Me mira como si no pudiera dar crédito a lo que digo. —Los patos son mejores que los conejos —escupe, imitando la voz del Pato Lucas.

Estallo en una carcajada y vuelvo a aplaudir. Realmente me sorprendió esta vez.

—¿Qué más debo saber sobre ti, Andrea?

La veo tomarse su tiempo antes de responder. *¿Qué más quiere que yo sepa?*

—Déjame ver —parece evaluar sus opciones—. ¡Lo tengo! —salta emocionada—. He visto tantas veces Titanic que me sé los diálogos de memoria.

¿En serio quiere que escriba eso? Lo hago.

Sonrí. —Sabes, dudo que Cleopatra imitara voces de patos o que haya visto Titanic.

Andrea se muestra pensativa. —Estoy de acuerdo. No creo que le vayan las películas románticas.

Pongo los ojos en blanco y ella ríe otra vez. Pero una vez más nos quedamos en silencio, buscando algún otro tema de conversación.

—Vi que tienes una abuela —digo, recordando su foto de perfil en Facebook.

Su sonrisa se borra de inmediato. *Mierda*. ¿Lo eché a perder otra vez?

—¿Dónde viste eso?

—Facebook.

Ay no, ¿por qué dije eso? Ella mira sus manos ahora. Parece avergonzada. Soy un imbécil.

—¿Visitas mucho Facebook? —pregunta y creo saber hacia dónde va esta conversación.

No puedo mentir. —Sí, pero anoche fue la primera vez que te busqué —ella empieza a jugar con su cabello y al instante su mirada recorre millas lejos de aquí—. Quería saber de ti... por el ensayo —intento aclarar. Pero no es la respuesta que ella quiere escuchar.

De inmediato se vuelvo a colocar sus lentes Ray-Ban.

—Debería irme —dice y se pone de pie, limpiando su nariz con actitud cabizbaja. Ay no.

Ahora no me da la cara. Soy un imbécil.

—Lo siento —me disculpo, y eso la hace sentir peor, pero sonrío. Aunque es una sonrisa triste.

—Está bien, Oliver —dice.

Siento estrujar todo en mi interior cuando dice mi nombre como si le doliera saberlo.

Me muestra la manzana a medio terminar y le señalo el bote de basura. Salimos de la cocina.

En el vestíbulo le entrego su cazadora, su gorro y su bufanda, pero no espera a que abra la puerta por ella. *Cielo santo*. Casi está huyendo de mi casa. Me siento mal.

—Te veo en la Prepa —se despide.

Y avanza hacia la calle, pero se detiene después de caminar dos metros. —Si quieres... envíame una solicitud de amistad —dice sin volver atrás, y sigue caminando.

Huye.

Estoy enojado conmigo mismo, y golpeo la puerta con mi puño cual Hulk en pleno hecatombe...y de inmediato me retuerzo del dolor. Okay, eso no fue buena idea.

—¿Todo está bien ahí? —escucho que pregunta Byron.

—Estoy bien —chillo como una niña y cierro la puerta.

Bien. Bien. Merezco que me duela.

Regreso a la cocina. Y ya sentado en un banquillo del desayunador, busco una hoja:

A Andrea Evich le gustan las manzanas —escribo—. ¿A Cleopatra le gustaban las manzanas? Seguro que sí ¿A quién no le gustan las manzanas? Pero no le gusta hablar de Facebook. La buena noticia es que podemos estar seguros de que a Cleopatra tampoco.

Querido Diario,

Oliver no me odia, pero creo que vio el video y leyó lo que escriben en los grupos de Facebook. Dijo cosas y no supe qué responder. Esto es tan humillante. Hoy huí de su casa y ahora ni siquiera puedo verlo a los ojos.

Ojalá también pudiera huir... pero de mí.

Andrea.

5

No tengo compañía a la hora del receso, y como traigo mi comida de casa, tampoco me veo obligado a ir a la cafetería, el lugar de reunión en la Prepa.

No tengo amigos aquí o en otro lugar, salvo la señora Pratt. Me pregunto si me siento más cómodo de esta manera, o si mi situación es así porque yo lo decidí, o porque me veo obligado a que sea así. Tengo claro que soy una persona reservada, pero ¿soy asocial? Quizá debería fundar un club para personas que se sienten como yo. Se llamaría: *Personas a las que nos gusta estar solas, pero que tal vez no son asociales*. Pero sería raro eso de querer reunirnos, ¿no?

—¿Ya te acostaste con Andrea?

Escupo la mitad de mi sándwich al escuchar eso. *Jesucristo*. Beca se sienta a la par mía y, a modo de disculpa, me ofrece la mitad de su sándwich.

No es justo, el mío era de pavo.

—¿Qué diablos? —pregunto recelado con ella.

—Supe que ahora son pareja.

—Lo haces sonar como si estuviéramos saliendo, o algo así —resoplo y no puedo evitar sonrojarme. Maldita sea, ¿ahora soy un jitomate parlante?—. Sólo es mi compañera para el trabajo de Español.

—Eso es lo que quise decir —dice, pero no, eso *no es* lo que quiso decir, pero no parecer estar apenada por ser molesta—. Yo sólo me dejo llevar por lo que dice Radio-pasillo.

Ay no. —¿Qué están diciendo?

¿Quiero saberlo? Sí. No. Sí. No.

—Olvídalo, no voy a decírtelo y *créeme*, tú no quieres saberlo.

No me importa qué digan de mí, yo puedo manejar eso. Pero admito que me preocupa Andrea.

—Es terrible que hablen tan mal de Andrea.

—No es como si no se lo mereciera.

—¿De qué hablas?

—Mejor cambiemos de tema.

—Hoy me dices todo a medias —me quejo.

Definitivamente estoy mosqueado con Beca.

—¿Cómo has estado? —y así cambia de tema.

Mujeres.

Rebeca es una de las pocas personas que me dirigen la palabra aquí. No es como si seamos grandes amigos. Ella es nieta de la señora Pratt, y creo que con eso explico el por qué me llevo bien con ella. Muchas veces la he invitado a tomar un café con nosotros. Rebeca me agrada. Es una lástima que esté un grado más abajo, porque eso nos impide vernos más seguido.

—¿Cómo está tu abuela? Ayer quise visitarla pero tuve un imprevisto.

¡Y qué imprevisto!

—Hubieras ido por gusto porque no está en su casa. Tío Aníbal la llevó con él al campo —dice triste—, y eso es muy *muy* lejos de aquí. Ni siquiera yo puedo visitarla ahora.

Un jaleo interrumpe nuestra conversación y toda actividad en el patio de la Prepa. Aaron, Isaac, Brandon y Andrea entran al trote en el círculo de visión de todos. Ellos tres la están rodeando. Aaron tiene el teléfono móvil de Andrea en sus manos y ella intenta quitárselo, pero no parece molesta. Los cuatro bromean. Intento ignorarlos, pero creo que soy el único.

—¿Y qué dijo el ortopedista? —intento retomar mi conversación con Rebeca.

—Mírala —dice ella, señalando a Andrea y miro de vuelta—. Le encanta ser el centro de atención.

Andrea está de espaldas a Aaron y él la abraza por la cintura. Ella se retuerce en sus brazos cuando él le hace cosquillas, y también ríe de esa forma graciosa que la hace arrugar su nariz. No entiendo por qué esto es noticia. Andrea *siempre* está acompañada de Aaron, Isaac y Brandon. A pesar de que ellos estén un grado abajo. Ellos tres son compañeros de Beca.

Que Andrea sea amiga de ellos es tan raro como que yo sea amigo de la señora Pratt. ¿No prefiere la compañía de más chicas?

—No tiene una pizca de vergüenza —Beca está molesta—. ¿Sabes qué? Te lo diré: Radiopasillo dice que coquetea contigo para que hagas la tarea de Español por los dos —confiesa.

Lo que me hace recordar: “No me hagas hablarte de Cleopatra. No sé nada sobre ella. Ayúdame con eso, ¿quieres?”

Y lo hice. Hoy iba a mostrarle fichas con información de Cleopatra que preparé para los dos. Dios, ¿estoy cayendo en su juego?

Beca acuna mi barbilla en su mano y me obliga a mirarla a los ojos. —No te dejes embobar por ella —dice, pero su forma tan propia de tocarme, como si yo le perteneciera, me toma por sorpresa—. Tú eres mejor que eso, Oliver. Eres *mucho* mejor que eso.

Obediente asiento con la cabeza.

Y no digo nada, porque no sé qué decir. El asalto me tomó por sorpresa. ¿Qué está pasando aquí? Beca parece darse cuenta de lo azorado que me siento, y por lo menos tiene la sensatez de alejarse un poco.

• • •

Desde que ayer por la tarde Andrea prácticamente huyó de mi casa, siento la terrible necesidad de disculparme con ella. No soy bueno con las palabras. Eso es evidente. Por lo que decidí traerle una manzana. La dejé sobre su banco.

Cuando Andrea entra al salón y la mira, la evalúa unos segundos como si intentara adivinar qué es. Finalmente la coge y... en seguida lo sabe. Está sonriendo. Se vuelve a mí ligeramente conmovida y sujetando la manzana como si esta fuera un objeto muy valioso.

—Es hermosa —susurra.

—Es sólo una manzana —digo tímido, aunque me siento feliz de que le haya gustado.

Andrea mira de la manzana a mí, por demás agradecida. Puedo notar que está parpadeando, como si quisiera alejar las lágrimas de sus ojos avellanados. ¿Quiere llorar? Oh, no...

—Andrea...

—Es más que una manzana —dice en una especie de ensoñación, y después se sienta en su

banco.

El salón se llena poco a poco, pero soy ajeno a lo que sucede a nuestro alrededor. Me pregunto qué sucede con Andrea ¿Por qué algo tan insignificante como una manzana...? O quizá su actitud se debe a que le conmueve que me esté disculpando.

—¿Y cómo estás? —la saludo, pero mi voz es un susurro.

No espero a que esta conversación se prolongue demasiado, así como tampoco espero que se vuelva a mí. Sé que ella no quiere que nos vean juntos y el salón de clases ya está lleno.

Sin embargo, una vez más me sorprende cuando sí se vuelve a mí.

—Investigué sobre Cleopatra —me informa, orgullosa.

Hace un gesto como si esperase a que le aplauda, pero no lo hago. A diferencia de ella, no soy partidario de las exhibiciones públicas. Pero admito que estoy sorprendido. Lo que también me hace pensar que Beca exageró.

—No es gran cosa pero podemos trabajar con eso ¿Te veo más tarde?

—Seguro.

Me siento aliviado de que quiera ir a mi casa otra vez.

Ella vuelve su vista hacía la pizarra y da la primera mordida a la manzana.

Ya que a Derek no le importa que tengamos nuestro teléfono móvil durante su clase, reviso mi Facebook.

Andrea Evich ha aceptado su solicitud de amistad.

Querido Diario,

Hoy cuando llegué al salón de clases me sorprendí al ver una manzana ver sobre mi banco. Pero no era cualquier manzana. Era la manzana más verde y más brillante que haya visto jamás. ¡Era hermosa! Y me la regaló Oliver. Ningún chico había tenido un gesto tan amable conmigo sin esperar algo a cambio. Porque estoy segura de que Oliver no es como los demás chicos y no espera algo a cambio. Él no me mira de “esa forma”. Nunca lo ha hecho. Él me mira atento, como si a pesar de lo que soy mereciera sus atenciones y su respeto.

Me comí la manzana, pero antes le tomé una foto.

Por cierto (sigo hablándote de Oliver), hoy me di cuenta de un par de cosas:

-Rebeca Curly está enamorada de él.

Lo sospechaba, pero hoy lo confirmé. De hecho, ahora le tengo miedo... Porque si las miradas mataran yo ya estaría muerta y enterrada. Me odia. Lo cual no es gran noticia, ¿quién no me odia? Quizá debería hacer una lista:

-Mamá.

-La abuela.

-Tía Su.

-Tía Di.

-La señora Pratt.

-Aaron.

-Brandon.

-Isaac.

-Oliver.

Ellos no me odian. Hay más chicos, pero preferiría que ellos también me odieran. Trabajaré en ello.

Buenas noticias: Investigué a Oliver y su cuenta de Facebook está prácticamente abandonada. ¿Eso explicaría por qué es amable conmigo? L Ojalá que no.

Últimas actualizaciones de Oliver en Facebook:

Sábado 12 de julio de 2008:

“Espagueti a la bolognesa Yumi... yumi...”

Viernes 5 de diciembre de 2008:

“Hoy hay mucho frío”

Jueves 11 de junio de 2009:

“Tengo calor”

Agregaré esta información a la carpeta “Recopilación de material importante para la tarea de Español”.

Andrea Watson. Asistente de Sherlock Holmes X

Nota: Cleopatra apesta. Elegirla fue mala idea.

6

—Es buena persona, nos tiene más paciencia de la que merecemos.

—Vale, eso es cierto.

—Es increíblemente amable cuando la llegas a conocer.

—¿De verdad es tu amiga?

No sé cómo esta conversación terminó conmigo y Andrea hablando sobre la señora Pratt.

—Sí —digo, sin dudar—. Ella me dio tutoría seis de los ocho años que estudié en casa.

Andrea me mira curiosa.

—¿Qué? —pregunto.

—Es que... es raro. Alguien de tu edad siendo amigo de alguien de su edad.

—Yo no lo veo raro.

—Por supuesto que no.

Bebo un poco de mi Coca cola.

—¿Nunca intentó seducirte? —pregunta, y escupo toda la gaseosa hacia ella.

Pero no le importa, está de lo más feliz riéndose de mí. Dios, sé que hizo esto a propósito.

—¡Andrea! —la regaño cuando me incorporo, pero también estoy riendo.

—¿Cómo eran esas tardes junto a la señora Pratt, Oliver? —pregunta, con una malévolamente sonrisa —¡Oh, ya sé! Espera —en un brinco se pone de pie y sale de la cocina.

—Andrea... —la llamo *¿a dónde fue?*—. Tenemos que trabajar en el ensayo —la llamó en vano.

—Oliver, ya llegué. Pasito a pasito, pero llegué —dice, cuando regresa a la cocina, hablando como anciana, caminando encorvada y sosteniendo un bastón imaginario.

—No puede ser —digo, gorjeando una risa.

—¿Cómo eran esas tardes junto a la señora Pratt, Oliver? —pregunta Andrea incorporándose, pero de inmediato vuelve a encorvarse y tuerce su boca como si en esta tuviera una dentadura—. ¿Cómo está mi muchachote? —ronronea con voz de anciana, mordiendo su labio inferior y entrecerrando sus ojos cuando ve mi entrepierna.

—¡Andrea! —la regaño otra vez, pero sigo riendo.

—Ya veo que todavía no deja de crecer mi bebé —continúa—. Hoy vine con un vestido de lunares azules —me coquetea—, pero debajo —hace una mirada seductora—, traigo un *Babydoll* —me guiña un ojo y finge que casi se le cae su dentadura.

—¡Ya basta! —sigo riendo.

—Si la tarea de matemáticas está bien hecha —baila seductora, agitando sobre su cabeza el bastón imaginario—, te lo mostraré. ¿Es un trato?

—¡Andrea, ya!

—Y.M.C.A —empieza a cantar—. Anda, ayúdame con esto. Busca la canción en Youtube.

Y aquí estoy, haciéndole caso.

En mi laptop cierro el archivo con el ensayo y abro la página de Youtube. En la barra de búsqueda tecleo *Y.M.C.A Village People*, y doy doble clic al video de la canción.

—*Young man, there's no need to feel down. Young man, I said, young man, get yourself off the ground...* —canta y baila, fingiendo reumatismo.

Jesucristo, jamás podré ver a la señora Pratt de la misma manera.

—Tienes que hacer la coreografía o no cuenta —la aliento. Y lo hace, realmente lo hace. Yo le aplaudo.

—No sabía que tendríamos una fiesta hoy —dice Byron desde la puerta.

Andrea y yo nos miramos para saber si para el otro está bien el hecho de haber sido descubiertos y, al ver que sí, seguimos riendo.

—Oye, preséntame —me gruñe Byron.

—Andrea, él es mi tío Byron. Byron, ella es Andrea —pienso en algo más que decir sobre ella, pero nada viene a mí.

Andrea saluda a Byron, pero él la mira curioso. *¿Por qué esto es noticia?* Tal vez porque nunca había traído a una chica a casa, y menos una tan guapa. Creo que debería aclarar que sólo somos compañeros de Español.

—Andrea y yo estábamos trabajando en un ensayo.

—¿Sobre Village People?

Los dos asentimos con la cabeza, pero como no podemos evitar reír, Byron no se lo traga.

—Bien. Yo simplemente tomaré un poco de jugo de naranja y me iré otra vez, si eso está bien para ustedes.

Byron hace lo que dice y se va tan pronto como vino. No sé por qué me siento agradecido por eso.

—Él es el señor del jugo de naranja —le explico a Andrea—, y yo el de la Coca cola. Nadie invade el espacio de nadie. Por eso nos llevamos bien.

—¿Viven los dos solos?

—No exactamente —me remuevo incomodo en mi asiento, pero ella no pregunta más. *Gracias.* Creo que nuestro acuerdo tácito sobre no preguntar cosas personales está funcionando—. *¿Seguimos con la tarea?*

—Bien. *¿Qué logros importantes has tenido?* —pregunta, impaciente por mi respuesta, y sentándose otra vez en su banco.

¿Qué logros importantes he tenido?

—Nada tipo concursos de deletreos o deportes.

—Anda, tiene que haber algo.

Realmente no hay nada. Quizá...

—Mamá dice que aprendí a atar mis agujetas cuando tenía cuatro años.

—Wow.

¿Me está jodiendo?—No es importante.

—Pero suena bien —creo que ella es demasiado amable conmigo.

Piensa, Oliver, tiene que haber algo más.

—Te gustan los videojuegos, ¿no? ¿Hay algo sobre eso? —pregunta.

—En realidad... —¿Cómo sabe que me gustan los videojuegos?— creo que no —dudo.

—Yo sí. Terminé Diddy Kong Racing antes que cualquier ser humano normal —sonríe, orgullosa.

—¿Nintento 64? Oye, yo tuve ese juego —recuerdo—. También lo terminé en tiempo record.

—Ahora resulta... —ella roda sus ojos.

—¡Lo juro! —Bien, soy un poco apasionado con este tema—. ¿Y por qué he de creerte? ¿Tú, jugando Nintendo 64? Eres una chica.

—¿Perdón? —se indigna.

—¿Cómo sé qué pasaste de Dino Domain?

—¿PERDÓN? —Andrea se pone de pie y pone sus brazos en jarras—. Vencía a Wizpig y a Taj con los ojos cerrados.

Okay, creo que sí sabe de qué está hablando. Eso me hace sonreír. Andrea Evich jugando Diddy Kong Racing. Épico.

—¿Tardaste en encontrar Future Fun-Land?

Se suaviza un poco. —Sí, pero lo terminé en tan poco tiempo que T. T. casi explota.

—¿Jugabas sola?

—No, con mi hermano —de pronto mira sus manos—. Aunque soy mejor que él con los videojuegos.

—Pero dudo que alguno de ustedes dos haya sido mejor que yo —Casi espero que me aplauda.

—Tienes tanta suerte de que ya no tenga Nintendo 64.

Sonríe arrogante. —¿Por?

—Te patearía el culo.

Estallo en una carcajada. —Eso está por verse —le indico que me siga a mi habitación.

—¿Lo tienes? —pregunta sorprendida.

—En un emulador —digo, engreído—. Veamos si como hablas juegas, Andrea —la reto.

Y sí, me pateó el culo, y se regocijó de ello una hora. Lo que ella no sabe, y yo no pienso admitir, es que no di el cien por ciento de mí en el juego. Verla jugar me distrajo demasiado. Me divirtió verla poner su espalda recta al concentrarse, gritar *Go!* al inicio de cada carrera y celebrar cada que me tiraba un cohete.

—¡Conker al poder! —grita Andrea una y otra vez.

Ella está compitiendo con Conker, la ardilla, y yo con Diddy Kong, el chimpancé.

—Una ardilla no es mejor que un chimpancé —me defiendo, pero diablos, me la estoy pasando bien.

—Entonces demuéstalo, amigo —me siguió retando hasta que nos dimos cuenta de lo tarde que era.

Igual no nos importó hacer otra carrera.

Querido Diario,

Acabo de regresar de casa de Oliver. ¡Todo bien! J Lo hice reír con mi imitación de la señora Pratt, incluso más que con la de los patos. Me gusta hacerlo reír, porque él no ríe mucho y es lindo cuando ríe. Es incluso más lindo que cuando no ríe. Porque él es lindo. Y es bueno. Y es amable. JÁ, y le pateé el culo en Diddy Kong Racing. La próxima vez lo dejaré ganar. Lo prometo.

¡Creo que estoy demasiado emocionada! Bien, bajaré mi intensidad ahora.

Mientras jugábamos, un enfermero llegó por Oliver para pedirle ayuda con algo que tenía que ver con su papá. Él hizo a un lado el juego sin siquiera dudarlo.

Él hace tanto por su papá.

Yo sabía que cuida de él, pero nunca me había puesto a pensar en lo difícil que debe ser, ya sabes, sacrificar tu vida por alguien. Aunque quizá para Oliver cuidar de su papá no es un sacrificio. Yo también haría eso y más por mamá. Incluso por papá. Pero considero que es más fácil decirlo que hacerlo. Admiro tanto a Oliver por ser como es. Porque el sacrificio es un acto de amor, ¿no?

Quisiera ganarme la confianza de Oliver. Quisiera ser su amiga y decirle que puede contar conmigo. Él merece contar con alguien. Y reír. Porque es lindo cuando ríe. Es incluso más lindo que cuando no ríe.

Andrea X

7

—Ni por un segundo pensé que podría ser tu novia.

—Gracias —digo, herido.

—No me mal entiendas, amigo. En mis tiempos *ese* tipo de chica no estaba disponible.

—¿Ese tipo de chica? —estoy un poco a la defensiva ahora.

Él silba —Las que vienen de la fábrica de Play boy. No me digas que no viste su...

—¡Oye!

—No es tú chica —se queja Byron.

—Pero es mi amiga.

—Es cierto. Vale, lo siento —sé que es sincero.

—Pero acepto que tienes razón —suspiro—. Andrea no es del tipo que esté disponible.

—Es del tipo que los demás hacen fila para salir con ella.

—Ya lo creo —suspiro una vez más—. Deberías ver la alfombra de baba a su paso cuando camina por los corredores de la Prepa.

—Te creo ¿Entonces... quién es *él*?

—¿Él?

—Su novio. Debe ser algún deportista o un ex integrante de los Backstreet boys.

¿Backstreet... qué?

—En realidad...—dudo un poco— no lo sé. Estuvo saliendo con Chris, o al menos eso escuché. Ayer la vi con Aaron, pero eso no es noticia. Casi siempre está con Aaron.

—¿Y eso te molesta?

—No, ¿por qué?

—Pusiste los ojos en blanco cuando dijiste “Casi siempre está con Aaron”

¿En serio? —No me di cuenta de que puse los ojos en blanco.

Byron se echa a reír. —Claro que no. Por eso es gracioso.

Y sigue riendo...

—¿Qué? —le pregunto molesto, cuando veo que no se detiene.

—Nada, Oliver. *Nada*.

• • •

Cuando entro al baño de chicos, busco a propósito el tercer cubículo. Ahí fue donde lo leí, y sigue ahí. Justo en la puerta, está escrita la leyenda *Andrea e-Bitch folló aquí*. Eso lleva aproximadamente dos semanas ahí. Antes no me importaba, pero ahora me molesta. *Diablos*, quiero que a castiguen a alguien y lo obliguen a pintar los baños. A la señora Di le gusta asignar ese castigo.

• • •

Derek está explicando algo sobre redacción cuando entro al salón, pero no parece importarle que llegue tarde. Aun así, sigo pensando que es un imbécil. ¡Porque ahora además lo he visto flirtear con alumnas! ¿Eso está permitido?

Andrea no me mira cuando paso junto a ella, percibo que está ignorándome deliberadamente. Pero antes de que empiece con mi monólogo interior sobre ella no queriendo que la miren en público conmigo, la miro... una Coca cola. Una Coca cola en mi banco, esperándome. La miro boquiabierto. Nadie aquí me había regalado nada antes y... sonrío.

—Siéntese, señor Odom —me pide Derek, obligándome a bajar de mi nube.

Sin dejar de ver la Coca cola me siento en mi banco y dejo caer mi mochila a un lado. Ni siquiera quiero tocar la lata. Y la sonrisa de idiota tampoco se va de mi cara.

• • •

—¿Puedo caminar a tu lado? —me pregunta Beca a la salida.

—Claro.

—Tío Aníbal llamó anoche a mamá —dice—. Dijo que la abuela se siente mejor, pero que le recomendaron reposo.

—Esas son buenas noticias, ¿no?

—Eso creo. Pronto me dejarán hablar por teléfono con ella.

—Dale saludos de mi parte.

—Siempre lo hago —Beca me codea con un gesto amistoso—. ¿Y cómo va la tarea de Español?

¿En serio quiere hablar de eso? Es raro porque ni siquiera está en mi salón. —¿Bien? No lo sé. Apenas vamos empezando.

—¿Y... todo está bien? ¿Andrea está bien?

—Ella es muy graciosa —digo, con una sonrisa estúpida en mi cara, y de inmediato advierto que esa no es la respuesta que Beca esperaba. *Mierda*—. Y sí, ella... Andrea está bien.

Caminamos un poco más, pero sin decir nada. Esto es incómodo. ¿En qué momento debemos despedirnos? ¿Piensa acompañarme hasta mi casa?

—Ahí está mamá —dice, señalando una camioneta gris—. Te veo mañana —se despide con un abrazo y sube a la camioneta.

La mamá de Beca me saluda con un toque de bocina y les digo adiós a las dos.

No sé. Díganme tonto por no saber por qué, pero *esto* se sintió incómodo.

Querido Diario,

Algo pasó.

Algo pasó, que algo ahora me está pasando a mí.

Algo que no quiero que pase.

De hecho tengo miedo de hablarte de ese algo.

Porque si lo digo. Porque si incluso pienso en eso... será verdad. Será mi realidad y no puedo permitirme eso.

Pero también pienso en que si no hablo sobre eso, de eso que está pasando justo ahora, voy a explotar.

Cuando estoy con Oliver me siento cómoda siendo yo misma. Y siento la necesidad de hablarle sobre algunas cosas buenas que hay dentro de mí, y... no sé, que él me mire así, aún sabiendo lo que los demás dicen de mí, me hace sentir feliz. Quiero agradecerle ¿Eso estará bien para él? Quiero decirle que a pesar de no ser la chica más inteligente o lo más linda, soy buena y

-

~~*Porque quiero ser su amiga. Quiero merecer su amistad.*~~

-

~~*Oliver es bueno*~~

¿Quiero ser su amiga? ¿Eso es lo que quiero?

No estoy diciéndote toda la verdad, y lo sabes.

Tengo miedo de expresar lo que en verdad estoy sintiendo, porque eso no está bien.

Me siento tan confundida ahora mismo.

Esto es ese ALGO que pasó:

Cuando salí de la Prepa hoy, vi a Oliver caminar junto a Beca Curly. No iban de la mano, pero me afectó.

No me afectó de esa forma que se siente como traición. ¿Sabes a qué me refiero? No fueron celos. No esos celos que son fuego. Se sintió como hielo. Es como si... ¿Te has sentido culpable de querer algo que no te pertenece? Pero al mismo tiempo sabes que eso es así, y está bien que sea así. Es como tener miedo de alterar el rumbo correcto... No. No. No es así.

La verdad es que lo vi con ella y sentí ganas de llorar. Eso es. Sentí ganas de ser ella. ¿Estoy explicándome mejor ahora? Pero yo no soy ella porque yo soy algo peor. Algo que no puede ser eso que ella es.

YO SOY BASURA.

¿De qué manera es más fácil explicarlo?

Me gustaría tener la oportunidad que tiene ella. ¿Me entiendes ahora? Me gustaría ser ella para poder abrazar a Oliver sin temor a ser juzgada.

Andrea.

Querido Diario:

¡Hoy pasó algo MUUUUY divertido!

Estoy empapada de agua de lluvia y río como tonta.

¡Tiene que ver con Oliver!

Te contaré:

Hoy por la tarde cuando trabajábamos en la mierda de vida que tuvo Cleopatra, a Oliver y a mí nos dio hambre y... Dios, pensar en ello es asqueroso, pero es divertido también ¡Espera a que te diga por qué!

Verás, nos dio hambre. Pero ya dije eso. Sigo... Fue entonces cuando él me preguntó qué me gustaba comer, y yo dije ¡Cheetos! Pero como él no tenía Cheetos en su despensa, le prestó el coche a su tío Byron y fuimos al supermercado.

Aquí viene lo divertido:

Cogimos dos carretillas para jugar competencia de carreras por los corredores. ¡A lo Diddy Kong Racing! Una dependiente malhumorada y un policía molesto nos detuvieron y nos preguntaron qué demonios estábamos haciendo.

Oliver: Vinimos a comprar Cheetos.

Policía: ¿Y para eso necesitan dos carretillas?

Pero no íbamos a permitir que ellos ganaran :p

“De hecho sí” les dijo Oliver con una sonrisa en su rostro, y los hizo acompañarnos a la estantería donde están todos los snacks. Allí Oliver y yo empezamos a llenar ambas carretillas con bolsas de Cheetos. ¡Dios! ¡La cara de la dependiente y la del policía no tenían precio!

Oliver: Somos adictos a los Cheetos.

Ellos nos miraron inquietos.

Yo: Pero no se preocupen, ambos ya estamos en tratamiento.

Dependiente: ¿Hay adictos a los Cheetos?

Oliver: Oh, sí. Hay clínica de rehabilitación y todo.

Yo fingí estar desesperada y abracé una de las bolsas hasta casi hacerla explotar.

Oliver me consoló: Tranquila, en cuanto la paguemos podrás abrirla.

Terminamos de llenar ambas carretillas mientras la dependienta, el policía y otros clientes de la tienda, nos miraban mal. Después fuimos a pagar. Y como el dinero que ambos llevábamos no era suficiente, Oliver sacó la tarjeta de crédito que su mamá le dio para emergencias, y lo pagó todo.

Importante: Afuera empezó a llover.

Yo abrí una de las bolsas de Cheetos y empecé a tragar todo como desquiciada. La gente a nuestro alrededor me miró con cara de asco, pero la dependienta les intentó explicar “Los dos son adictos a los Cheetos”. Jajajaja. Oliver me siguió el juego y pronto nos terminamos una bolsa completa. Al mismo tiempo se acercó a nosotros otro dependiente, alguien con la actitud “Yo soy el jefe de los dependientes.”

Dependiente jefe: No pueden comer aquí.

Oliver: ¿Por qué?

Dependiente jefe: Política de la empresa.

¿Te acuerdas que mencioné que empezó a llover?

Yo: Pero afuera está lloviendo. No podemos irnos y necesitamos más Cheetos.

El policía que nos vigiló en los corredores se acercó.

Policía: Sos adictos.

Dependiente jefe: Pero no pueden comer aquí.

Otros dependientes y demás clientes en el supermercado nos miraban preocupados.

Entonces me volví hacia Oliver con cara de desesperación: “Necesito más” dije, y empecé a lamer mis dedos (completamente anaranjados por los Cheetos)

Oliver al dependiente jefe: La terapia ha resultado mejor para mí, pero ella todavía tiene crisis.

Cuando terminé de lamer mis dedos empecé con los de Oliver.

Dependiente: Jesucristo, ella de verdad está mal.

Oliver tampoco podía creer lo que veía, e intentó en vano ahogar una risa: “Eh... Si... Como dije, su caso es grave”. Fue en ese momento cuando se dieron cuenta de que les estábamos tomando el pelo.

Dependiente jefe: ¡Largo de aquí!

Y nos echó a los dos L

Y salimos del supermercado empujando cada uno una carretilla llena de Cheetos,

mojándonos con la lluvia y riendo.

El mejor día de mi vida sin duda alguna.

Andrea X

8

Ver la cara de Byron cuando llegué a casa cargando tantas bolsas de Cheetos fue lo mejor. Tardé unos cinco minutos en explicarle lo sucedido. Al final se echó a reír tanto o más que nosotros dos. Pero, aún mejor, fue la cara de Andrea al llegar a su banco al día siguiente y ver sobre este una bolsa de Cheetos. Eso no tiene precio.

Me gusta verla así de feliz.

—¿A qué están jugando ustedes dos? —nos pregunta Joseline, mirando celosa la bolsa de snack.

Otras chicas en el salón también tienen cara de estarse preguntando lo mismo. Andrea y yo intercambiamos una mirada cómplice. Eso parece enfurecer a Joseline, que empieza a cuchichear con Melanie y Karla. Ahora ellas tres también intercambian una mirada cómplice.

—*I made it throught the wilderness... Somehow I made it through...* —empieza a cantar Melanie, y pronto la sonrisa de Andrea desaparece de su rostro; y, sin verme a los ojos, me da la espalda. Después se sienta en su banco.

¿Qué diablos?

Ahora casi todos en el salón, salvo nosotros dos, ríen.

—¿No te gusta esa canción, Oliver? —me pregunta Chris.

—*Like a virgin... Touched for the very first time!* —sigue cantando Melanie.

—No sé de quién es —dudo.

—Madonna —me dice, con ganas de seguirme explicando—. Deberías pedirle a Andrea que te la cante. Estoy seguro de que *ella* la conoce bien.

—Bastante bien —dice Karla.

Las risas siguen lloviendo, y yo sigo sin entender qué sucede.

Chris se pone de pío y hace su camino hasta el frente del salón, y, agitando sus manos, pide:

—¡Canten todos con Melanie y conmigo! *Like a virgin... Touched for the very first time!*

Andrea se levanta de un salto de su banco y huye de aquí.

—¡Andrea! —intento detenerla, pero no vuelve atrás.

—¿En serio este pobre chico no conoce la historia de esa canción? —pregunta Joseline al grupo, señalándome.

Me pongo de pie. Tengo que ver si Andrea está bien.

—Seguro no ha visto el video —escucho decir a Fredo.

—¿No has visto el video de Andrea, Oliver? —se carcajea Melanie, mirándome—. ¡Dios, tú debes ser el único!

Los ignoro y salgo del salón antes de que llegue la profesora de álgebra.

• • •

No encuentro a Andrea por ningún lado, y cuando regreso al salón, me doy cuenta de que no regresó. ¿En dónde se habrá metido? Necesito saber si está bien.

—¿En dónde estaba que llegó tarde, señor Odom? —me pregunta la profesora de álgebra.

—Yo...

—Estaba con Andrea e-Bitch —gorjea Joseline.

—Nuestro pequeño Oliver ya creció, profesora —le sigue Chris.

Escucho a alguien silbar y risas... más risas. Todo parece estar a punto de explotar en mi cara.

Tengo que parar esto.

• • •

—Chris —digo detrás de él a la salida del colegio.

Me siento afortunado de encontrarlo solo.

—No quiero hablar del señor Jesucristo—dice, ignorándome.

Y dale con lo de vendedor de biblias. El apodo empezó desde que me puse intenso con el del tema de la eutanasia en un seminario aquí en la Prepa.

—Perfecto. Yo quiero hablar de Andrea.

Esto definitivamente capta su atención: se vuelve a mí, sus ojos brillando con emoción y su boca torcida en una enorme O. Me toma del brazo y me arrastra con él a una esquina.—¿Ya follaste con ella, cierto? —me pregunta como si fuera mi cómplice en eso.

—¡Por Dios, no! —me apresuro a decir. Me siento ofendido. *¿Por qué todos creen que...*

Él rueda los ojos y repentinamente parece aburrido.

Lo busqué con la intención de parar los comentarios sobre Andrea y yo. Ya que estoy seguro de que él está detrás. Él, Joseline, Karla, Melanie, Fredo... Está bien, son todos ellos. Pero empezamos por confrontar a Chris.

—Para ya con todo eso de que Andrea y yo tenemos algo —digo, intentando sonar molesto y acusador, pero soy patético. En realidad sueno como si le estuviera pidiendo un favor. Todo mal hago—. No hay nada entre nosotros, ¿de acuerdo? Es sólo mi compañera en Español.

—No es lo que dice ella.

—¿Qué?

Esto definitivamente me sorprende.

—Le gustas, Oliver. Se lo ha dicho a todos —me guiña un ojo y me da un puñetazo amistoso en el hombro, a modo de felicitarme.

No puede ser. —Me estás jodiendo.

—¿Yo? —se muestra ofendido de que yo dude de su credibilidad. *Já*—. No, hermano. Aunque algo si te digo: No te sientas *tan* especial. En algún momento a Andrea le gustó alguno de nosotros, y... ya sabes.

—¿Qué sé?

—¿Has visto a todos los que le ruegan salir con ella?

Si. No. Sé que es popular, y yo mismo he visto a tipos rogándole salir, pero...

—¿Qué con eso?

—Todos terminan mal —su cara se retuerce en una mueca de preocupación. *Que no me joda*—. Fóllala, pero no te enamores de ella. ¿De acuerdo? —Ah, me está dando un consejo.

—Pero yo no...

Chris me toma por lo hombros y pega su frente a la mía. Esto paso de ser incómodo a *muy* incómodo. —Anda, ve por ella y hazme sentir orgulloso —me alienta y regresa con su grupo de amigos.

Yo continúo mi camino sin poder decir alguna palabra, porque lo que Chris me acaba de decir en definitiva me sobrepasa. ¿Será cierto? Cuando lo miro de nuevo me doy cuenta de que sus amigos lo están felicitando.

Él también me mira y me guiña un ojo. —Ya lo dije, chicos, nuestro muchacho está creciendo —le escucho decir a todos.

Soy su burla. Por eso sé que no debo creer nada de lo que él diga.

Me dispongo a caminar hacia la salida de la Prepa cuando me topo con Andrea al final del

corredor. Ella está, no sé ¿esperándome? Y mira a Chris como si deseara asesinarlo. Supongo que sabe sobre qué estábamos hablando.

—¿Dónde estabas? —le pregunto, preocupado—. Te estuve buscando.

Ella me mira a la defensiva y no responde. Parece esperar a que yo diga algo. *¿Y yo qué hice?* No digo nada. Más bien espero a que *ella* diga algo. *¿Qué le sucede?* Puedo notar que estuvo llorando.

Pero ella no dice nada. Sus ojos brillan con suspicacia. *¿Qué pasa?*

—Entonces... —Si no quiere hablar me iré—, ¿te veo más tarde? —intento despedirme.

Ella se relaja un poco. —¿No me vas a pedir que... —intenta preguntar. Parece dolida y confundida.

—¿Qué cosa?

Ella duda. —Que te baile o que te cante —termina de decir.

Me río un poco. —Andrea, ya me bailaste y me cantaste —intento hacer dos pasos de la coreografía de YMCA.

Entonces ella ríe. Eso está mejor.

Caminamos juntos por el corredor.

—No sé qué te pasa —le digo, sintiéndome un poco molesto. *Dios, estoy intentando ayudarla y ella...*—. Sólo sé que si te pidiera que me bailes, o que me cantes, por lo menos te pediría una canción que yo *sí* conozca.

Ella juega con su cabello. —Así que no conoces a Madonna.

—No me gusta. La verdad prefiero a Freddie Mercury o a Michael Jackson.

Su cara se ilumina. —Buena elección, Oliver Odom —se despide y se va, dejándome solo y... más confundido.

¿Qué en el infierno acaba de pasar?

En seguida me doy cuenta de que Beca nos estaba mirando, y eso, no sé por qué, me hace sentir culpable. ¿Por qué me siento culpable? Ciertamente, ella me advirtió que no tontee con Andrea. Le sonrío, pero el semblante de Beca no cambia, está preocupada. ¿Preocupada por mí? *Jesús.*

Querido Diario:

Pasé casi toda la mañana escondida en la oficina de tía Di, llorando. Ella no puso objeción. Supongo que se imagina el por qué de mi invasión. Sólo me preguntó si podía hacer algo por mí, entonces le dije que sólo permitirme estar un rato más allí.

Después vi al imbécil de Chris hablando con Oliver. Oliver nunca habla con Chris o con alguien más además de Beca. Así que estúpidamente asumí que de pronto era parte de todo. Que ahora, al saber lo del vídeo, se uniría a sus burlas y todolo demás... y lo reté sin razón.

No sé qué pensar. Por un lado me alegra saber que no ha visto el video, pero por otro, siento miedo. Tengo miedo. No quiero perderlo. No quiero perderlo si es que acaso ya lo tengo... ¿Qué tan extraño es eso?

Andrea.

9

Escucho el timbre y agradezco que esta vez Andrea sea más puntual. Le abro la puerta a eso de las tres y diez e intento saludarla, pero una vez más está distraída mirando hacia la calle. Me pregunto si lo hace para asegurarse de que nadie la mire entrar a mi casa. Duele, pero decido fingir que no me importa. Lleva puestas unas botas, unos vaqueros, una camiseta blanca y, como siempre, sus lentes Ray-ban.

Se ve genial.

No es que me guste... Bueno, *sí*, me gusta. Mejor lo admito o pensarás que soy gay. No es que tenga algo en contra de los gais, pienso que ellos son buena gente. Freddie Mercury, por ejemplo, tenía una voz increíble y...

Ahora Andrea está mirándome.

—¿Qué hay? —saluda.

Niego con la cabeza, pero me rio en silencio. Ella me mira curiosa.

—Pasa —la deajo entrar.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta, riendo un poco conmigo.

Diablos, soy un libro abierto.

No puedo decirle que me estaba cuestionando si soy gay, pero tampoco le voy a mentir. — Estaba pensando en...

—¿En...

—Freddie Mercury. ¿Lo conoces, cierto? Porque hoy...

Su cara se ilumina una vez más. —No debiste recordarme que te debo eso, Oliver Odom —me advierte con una enorme sonrisa *¿Qué?*—. *I want to break free...* —empieza a cantar moviendo los hombros—. *I want to break free!*

¿Es en serio?

—Me pediste que bailara para ti una canción que si conoces, ¿no?

Okay, si, pero...

Andrea se quita los Ray-Ban y con un movimiento seductor me los coloca a mí, y baila, baila moviendo sus caderas y también sigue cantando.

Jesús. Baila jo-di-da-men-te bien.

Caray.

—Sé que tienes una aspiradora —me acusa. Sus ojos brillan divertidos ahora—. La tenías contigo la primera vez que vine —me recuerda y camina hacia la portezuela debajo de la escalera.

Oh no... Diablos, no.

—Andrea —intento detenerla pero, *rayos*, quiero ver esto.

—Tú déjame a mí —insiste.

Estoy siendo sobrepasado por los acontecimientos, y no me importa. Estoy sonriendo como un idiota, divirtiéndome, y ella disfruta eso.

Me obliga a echarme hacia atrás para no entorpecer su plan, y me siento en un sofá a esperar, mientras ella retoma su camino hacia la aspiradora.

Okay, ya veo que no habrá manera de detenerla.

—No te muevas y no mires hacia acá —me advierte.

No iba a hacerlo.

—No tienes la canción —le recuerdo.

Tal vez debería ponerla. Yo tengo la canción.

Segundos después escucho la jodida canción. El *tannnnn tannnnn...* ¿De dónde salió? ¿Traía un iPod con ella?

Y ahí está. Andrea sale de la nada personificando el número más gay de Freddie Mercury. Tengo que reírme. *I want to break free, I want to break free ...* Ella se mueve junto con la aspiradora, y, sin un atisbo de timidez, se deja llevar por la música. Los gestos, la actitud de diva... todo es perfecto. Hasta el movimiento final de pierna y trasero le sale genial.

God knows! God knows I want to break free...!

Jesús, tengo un show privado en mi sala. No me quejo. Esto es aún mejor que lo de los patos o la pornográfica imitación de la señora Pratt.

Me quito su Ray-ban para verla mejor, y saca una camiseta, a manera de simular un plumero, detrás de ella. *Tan Freddie*. Después me guiña ojo y sigue moviéndose al ritmo de la canción. Le aplaudo y sube el volumen (sí trae un iPod con ella) y cuando se dispone a hacer el gran final (la parte en la que Freddie sube por las escaleras), recuerdo a papá.

Oh, no.

Mierda. Tanto ruido y carcajadas. Debimos haberlo asustado. De un salto me levanto del sofá y la sonrisa de Andrea cambia a un gesto serio, preocupado, y baja el volumen del iPod.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Papá —digo a modo de explicación y subo corriendo las escaleras.

Papá sigue dormido. No tengo que explicarle nada. *Virgen santa, gracias*. Aun así, no me tranquilizo. ¿Cómo pude olvidar a papá? *Estabas embobado viendo bailar a Andrea*, me recuerdo. Todo mal hago. Un momento. ¿Me siento culpable de haberme estado divirtiéndome? Esto está mal. Y Andrea no tiene la culpa, así que cuando regreso a la sala le hago ver que todo marcha bien.

—Lo siento —se disculpa por nada.

Está avergonzada y ni siquiera tiene claro por qué. Tal vez no debería exagerar. Me preocupo demasiado por papá.

—No pasa nada. No lo despertamos —la tranquilizo y pronto se siente aliviada.

Andrea no hace preguntas sobre papá y agradezco eso. Quizá debería ser más agradecido.

—Gracias.

—¿Por qué?

Por todo.

—No lo sé —*Si lo sé*—. No hay día que no me sorprendas —*de repente haces todo más divertido*—. Cada noche me pregunto qué harás mañana para superar lo que hiciste hoy.

—Me gusta... —dice, un poco tímida *¿Te gusta qué, Andrea?*—. Me gusta hacerte reír.

—Gracias —ahora me siento un poco tímido.

Guardo la aspiradora y vamos juntos a la cocina.

Andrea está jugando con sus dedos, notablemente nerviosa. Tal vez todavía se sienta incómoda. *Soy un idiota.* Le sirvo un pedazo de pie de manzana y le entrego una Coca cola. Haré que otra vez se sienta cómoda.

¿Qué tal una broma?

—¿Debo agregar a mi borrador del ensayo tu talento con la aspiradora? —pregunto y ella se atraganta con la Coca cola.

Venganza.

Ríe y golpea mi hombro con su puño. —Claro que no —resopla—. Dudo que “labores domésticas” sea algo que la faraona y yo tengamos en común.

—No, pero lo puedo plantear de otra manera.

—¡Oliver! —me reprende, pero yo río.

Yo también puedo hacerla reír. *¡Bien!* Mi pecho se hincha por el orgullo.

—Entonces sigamos hablando de Cleopatra.

—¡No, que aburrido! —se queja.

—Pero es tu personaje.

—Pero ya me aburrió —hace un lloriqueo—. Mejor hablemos del tuyo.

Me encojo de hombros. —Aún no tengo uno. ¿Todavía quieres elegir por mí?

Porque ya lo pensé bien y creo que sí te dejaría.

Ella lo piensa un segundo.— Ahora estoy confundida. Siempre te vi como una especie de Batman, pero ahora que te conozco...

—¿Batman? —la interrumpo. Me está jodiendo.

—Sí.

—Andrea...

—¿Qué? Batman es genial. Aunque el Joker lo es aún más.

Pero. Pero...

—Primero, Batman no es un personaje histórico —objeto—. Segundo, ¿Batman? ¿Yo? ¿En serio?

No puede estar hablando en serio.

—Creo que deberías buscar la definición de *histórico* en un diccionario, porque Batman sí lo es. Segundo, estoy de acuerdo, *no* eres Batman.

—Claro que no lo soy. Yo...

—Eres Superman.

¿Qué?

Me sonrojo. Lo voy a tomar a broma. —¿Y tú eres la Mujer maravilla?

—No —hace un gesto pensativo—. Yo soy Lex Luthor.

—¿Qué?

—Soy el antagonico.

—Tonterías.

—Pero ese no es el punto. Yo estaba segura de que tú eres Batman. Ya sabes, por tu halo de misterio, pero...

—¿Pero? —quiero escuchar esto.

—Superman es un boy scout, siempre salva el día y tiene un estricto código moral.

Me abochorno más. —Creo que tienes una opinión demasiado buena sobre mí —*Y gracias por eso*—. Pero no soy más fuerte que una bala, o más poderoso que una locomotora, o soy capaz de...

—No literalmente, pero eres increíble.

—Es que...

Arquea una ceja. —Y no voy a permitir que quieras cambiar mi opinión sobre ti.

Ella es tan... Afortunadamente el tema de conversación cambia.

Llevamos dos horas en esta posición: Andrea lee en voz alta la información que encontró sobre Cleopatra, comenta algo sobre sí misma y yo hago anotaciones.

Hasta el momento descubrí que...

1. Andrea nació el ocho de noviembre.
2. Tiene diecisiete años.
3. Tiene un hermano mayor que es un asno (Palabras de ella)
4. Vive con su mamá, que trabaja organizando eventos (Bodas, en especial)
5. A Andrea le gustan las bodas.
6. Su color favorito es el blanco.

Le intenté explicar que el blanco más bien es la ausencia de color, pero eso me llevó a descubrir otra cosa:

7. Andrea no pierde. Ella *siempre* tiene que tener la razón.

Pero no se pone intensa con eso. En realidad, es algo interesante y divertido de escuchar y ver.

8. Tiene una pijama de Winnie Pooh.
9. Adora la comida china.
10. Su única mascota es Donatello. Tuvo un hámster cuando tenía once años, pero este huyó (Aún no supera eso)
11. Cree en los ovnis.
12. Nunca ha visto un ovni.
13. También cree en Dios (Me dio un sermón sobre ser ateo)
14. Su película favorita es *Orgullo y prejuicio* con Keira Knightley y Matthew Macfadyen (¿Con qué se come eso?)
15. También le gusta la Coca cola (Me enseñó cómo hacer para que el gas me salga por la nariz)
16. Su programa favorito es *Friends*. Y su personaje favorito de esa serie es Rachel.
17. Pero su personaje favorito de todos los tiempos es Lisa de *Girl Interrupted* (dice que tengo que ver esa película porque Angelina Jolie ganó un Oscar gracias a ella. ¿Quién diablos es

Angelina Jolie?)

18. Su canción favorita es *Let it be* de The Beatles.
19. No le gusta ningún tipo de música después del año 2000.
20. Su libro favorito es *El principito*.
21. No le gusta el olor del desinfectante.
22. Le encantan las manzanas, sobre todo las verdes.
23. Y le gusta comer Cheetos (Puedo dar fe de eso)
24. Su estación favorita del año es el invierno.
25. Le gusta caminar o correr bajo la lluvia.
26. Le tiene miedo a los payasos (Culpa de esto a *It*)
27. Come en McDonald's por lo menos un día a la semana. (algo tiene que ver con las papas y los sundaes)
28. Su día favorito de la semana es el sábado.
29. Sabe al menos diez maneras diferentes de evitar que Jack muera en el Titanic.
30. Considera que Scar debió morir a manos de Simba porque de esa manera se vengaría apropiadamente la muerte de Mufasa (Diablos, estoy de acuerdo con eso)
31. Siempre llora cuando Nemo y su papá se reencuentran.
32. Si pudiera elegir una forma de morir sería a manos de un vampiro (No encuentro lógica en eso)
33. Su superhéroe favorito de Marvel es Loki. (Le intenté explicar que en ese cómic el héroe es Thor, pero no debo olvidar que ella siempre insiste en tener la razón)
34. No tiene coche porque preferiría tener una motocicleta.
35. No la dejan tener motocicleta.
36. Ni siquiera sabe conducir una motocicleta.
37. Tampoco sabe conducir un coche.
38. No es que siquiera estén pensando en comprarle algún vehículo.
39. Entre dormir y comer Andrea prefiere comer, salvo cuando tiene sueño (¿Me están tomando el pelo?)

Y nada de eso es algo que tenga en común con Cleopatra.

—¿Se casó con su hermano?

—Sí.

—¡PUAJ!

—No la juzgues sin conocer el por qué —me debate—. Eso era normal en aquel entonces.

Ambos estaban intentando proteger sus intereses.

—Dios santo, tienes cara de que *eso* es algo que tú y ella tienen en común.

Se echa a reír. —Oye, yo asesinaría a mi hermano de verme obligada a casarme con él.

Pero como me prometí no preguntarle nada a menos que ella de señales de querer contarme, me callo. Quizá debería hablar de mí.

—Yo soy hijo único. Aunque...—Ella tampoco me presiona. *Bien*. Hablaré de esto porque quiero—Tengo dos hermanos, creo. O hermanas. No lo sé.

Porque no me gusta que mamá hable de eso.

Andrea me mira comprensiva y no pregunta nada. *Perfecto*. Seguimos aplicando la misma regla de no preguntar nada y esperar a ver si el otro quiere hablar de ello.

—Los hermanos apestan —agrega, dando otro sorbo a su Coca cola—. Desde que mamá y yo vivimos solas tengo más privacidad.

Espero a que me diga más, pero no lo hace. *Bien*. Cambio de tema.

—¿Quién de las dos cocina?

Esa pregunta parece estar bien.

—Ella —lo dice como si confesara un secreto—. Yo soy un asco en la cocina —Cubre sus ojos con sus manos—. Cuando mamá no está como yogurt y cereal. Anda, anota eso.

En el borrador de mi ensayo escribo:

40. Andrea no sabe cocinar.

—Ven a comer aquí cuando quieras —la invito y me mira como si le estuviera gastando una broma. *¿Qué estoy haciendo?*—. Si quieres, claro.

¿Qué haces, estúpido?, me reprendo. *Cierra el pico. No le digas que tú cocinas. Pensará que... No sé, que eres raro.*

—¿Sabes cocinar?

—Algo así —siento como si estuviera confesando que a veces veo pornografía. *Bebé Jesús*.

La boca de Andrea se abre ligeramente y su cara se ilumina. —¿Puedo quedarme a cenar?

Me encojo de hombros. —Si quieres.

Quiere quedarse. Me siento bien con eso. Demasiado bien, tal vez.

—Voy a portarme bien, lo prometo —dice entrelazando sus dedos y apoyando su barbilla sobre ellos. Se ve tierna cuando hace eso.

—Te creo.

—¿Cenamos ya?

¿Ya?

—Apenas son las cinco de la tarde.

—Está bien —dice ligeramente decepcionada. No puedo evitar sentirme un poco halagado—. Pero promete que cenaremos temprano.

—Sólo dediquemos una hora más a esto.

Ella asiente con la cabeza y continuamos hablando de Cleopatra. Porque aunque yo no he elegido al personaje histórico con el que trabajaré —y porque no permitiré que sea Superman—, con Cleopatra tenemos mucho material.

Eso me da tiempo para pensar en con quién me quiero comparar.

Andrea insiste tanto en verme cocinar, que a las cinco y media guardamos todo y enciendo el horno. Voy a preparar una lasaña.

—Impresionante —dice, viéndome rebanar queso.

—Es sólo queso.

—Es más que eso —declara.

Ella está sentada frente a mí, mirándome maravillada, como si en vez de cocinar estuviera

haciendo algún truco de magia.

—¿Quién te enseñó a cocinar?

—Programas de televisión.

—Wow.

—No es gran cosa.

—Sí lo es. Yo veo CSI y aún no he resuelto qué sucedió con mi hámster.

Les dije que aún no supera eso.

—Tal vez fue a buscar alguna aventura.

—Pequeño traidor egoísta.

—Señor, Odom —nos interrumpe el enfermero de papá. Mi cuerpo se tensa—. Necesito un poco de ayuda con su padre.

Algo va mal. —En seguida regreso —le digo a Andrea y sigo a Paulo.

Prácticamente subo corriendo las escaleras.

—¿Qué va mal? —pregunto.

—No quiere comer.

Cuando entro a la habitación de papá, él tiene sus ojos abiertos y está mirando hacia el techo. Casi siempre hace eso.

Byron también está aquí.

—Oye —saludo a papá—. ¿Qué va mal? —le pregunto—. Dice Paulo que no quieres comer.

—No quería decirte —dice Byron—, pero ha resentido que ya no vengas a pasar las tardes con él.

Oh, no.

Paulo visita a papá para ayudarnos con su fisioterapia. Él incluso tiene su llave para entrar a la casa, puesto que, más que un enfermero, Paulo ya es amigo nuestro. Pero esa confianza no basta. Papá me extraña.

—Lo siento —le digo buscando su mirada.

—No permitiré que hagas sentir mal a Oliver, Héctor —lo regaña Byron—. Sí él últimamente te ha dejado solo por las tardes es porque ahora tiene una chica.

Papá parpadea y poco a poco su mirada se vuelve a mí. Wow, lo he impresionado. Me sonrojo y miro a Byron haciéndolo sentir culpable de mi bochorno. Estoy a punto de aclararle a papá que Andrea no es *mi chica* cuando...

—Decirle eso funcionará —añade Byron.

Paulo ofrece una cucharada de sopa a papá y esta vez él sí come.

—Te lo dije —señala Byron, orgulloso—. Héctor jamás me arruinó una conquista. Mucho menos lo haría contigo, su propio hijo.

Ignoro el ardor en mis mejillas y me dirijo a papá: —Prometo venir más tarde.

Cuando bajo las escaleras Andrea está ahí, esperándome.

—Terminé con el queso y metí la lasaña al horno —dice como si confesara que rompió una reliquia familiar de valor incalculable—. Espero esté bien.

Le sonrío agradecido. —Gracias por la ayuda.

Esta es la primera vez que Andrea se va *tan* tarde (incluyendo la noche de Diddy Kong Racing) Así que le pido prestadas las llaves del coche a Byron y la llevo en coche a su casa. Creo que lo

haré hasta que terminemos el trabajo de Español, porque otra cosa no sería caballerosa de mi parte, más cuando halagó un centenar de veces la cena que preparé para ella.

—Me preguntaba si podría tener tu número de teléfono —pregunto, un poco tímido—. Es que ayer te quise llamar, pero...

—¡Me encantaría que tuvieras mi número de teléfono! —dice como si fuera la mejor idea del mundo.

Le entrego mi teléfono móvil y ella guarda en este su número. Espero a que me pida el mío, pero no lo hace.

—Cuando me envíes un mensaje o me llames, tendré tu número ¿De acuerdo? —dice, despidiéndose, y me da un beso en la mejilla antes de bajar del coche—. Hasta luego, Oli, y una vez más gracias por permitirme quedarme a cenar.

• • •

Aunque ya es tarde, estoy recostado en mi cama jugando con mi teléfono, buscando entre mis contactos el número de Andrea, pero no lo encuentro. ¿No debería ser uno de los primeros? Su nombre empieza con la letra A. No es que esté pensando en llamarla. Yo sólo quería ver si... no está. Reviso una vez más *todo* mi listado de contactos y todos parecen estar aquí salvo Andrea. ¿Por qué... ¿Lex Luthor? Me incorporo de inmediato. ¿Qué hace Lex Luthor entre mis contactos? Oh, claro. Sonrío y cambio mi nombre y mi foto para ahora ser Superman.

Superman:

¿Ideando algún nuevo plan para destruirme?

Lex Luthor:

*Siempre *cara maquiavélica**

Superman:

¿Me siento a esperar? ;)

Lex Luthor:

No me subestimes >:/ Hoy casi te seduzco ;)

Superman:

:O Eres un hijo de...

Lex Luthor:

*¿Te gustó el baile privado que te hice? *lame sus labios* Fue parte de mi nuevo plan para encontrarte un punto débil.*

Superman:

*Entonces bravo *aplaude triste* Encontraste algo que funciona mejor que la KriptonitaL*

Lex Luthor:

10

Ayer Andrea dejó un poco de cereal sobre mi escritorio, y al día siguiente yo dejé un sudae para ella. Le diré que me gustan los dinosaurios para ponerla en aprietos. Ñaca, ñaca, ñaca... Si, ambos seguimos con ese juego.

Ya es hora de salida, pero Beca me pidió que la acompañe a comprar un regalo para la señora Pratt, por lo que iremos en transporte colectivo al centro de la ciudad. Hay un nuevo centro comercial que tiene de todo un poco, así que iremos para conocerlo y comprar nuestros obsequios. Y no afectará mi tiempo con Andrea porque cálculo que estaremos de vuelta a las dos y media.

—¿Pensaste en algún obsequio en especial? —pregunto a Beca.

—Un libro.

—Sí, un libro es buena idea.

En la librería escogemos una novela y pedimos que la empaquen para regalo. El tío de Beca le visitará mañana, así que ella le entregará nuestros obsequios para que él se los lleve a la señora Pratt.

—Eso fue rápido —me dice Beca cuando salimos de la librería.

Es cierto, tardamos menos tiempo del que pensé.

—Eres buena escogiendo libros.

—Conozco los gustos de mi abuela —dice, modesta—. Oye, aún nos queda tiempo antes de que mamá venga —me mira esperanzada—. ¿Vamos a ver una película?

Sería poco caballeroso de mi parte rechazarla, pero tampoco está bien dejar plantada a Andrea.

—Tengo algo que hacer esta tarde —digo, un poco culpable—, pero podemos comer un helado.

Beca no parece decepcionada, por lo que me siento aliviado. Igual esto es... extraño. No estoy acostumbrado a estar a solas con ella.

Llegamos a la heladería y buscamos una mesa.

—Yo invito —dice.

—De ninguna manera.

—Anda, déjame escoger el sabor de tu helado.

Vacilo un poco. —Está bien, pero te lo debo.

Ella me guiña un ojo y se a hacer fila frente a la caja.

Y espero a que regrese. Y espero... Hay mucha gente en el lugar. Veo mi reloj. 2:01. Sigo esperando cuando unas manos con olor a miel cubren repentinamente mis ojos.

—Adivina quién soy —pregunta la voz del Pato Donald.

—Podría pasar el resto de la tarde intentando adivinar y no acertar jamás —bromeo.

Andrea me da un beso en la mejilla y se sienta en la silla a mi lado.

—Es genial encontrarte aquí —aplaude feliz, y quiero decirle que a mí también me da gusto verla. *Ella aquí*—. Hay una exposición de pintura abstracta en el piso de abajo. Se ve aburrida, pero están regalando gaseosas y panecillos.

—Suenan genial —sonrío.

Ella se acomoda sus Ray-Ban sobre el cabello para poder verme a los ojos: —Podríamos fingir que somos reporteros de un periódico —salta.

—Pero no tenemos una identificación o cámaras —Genial, ahora soy su cómplice.

—Es cierto —se encoge de hombros—. ¡Ya sé! —sus ojos brillan—. Seré tu prima esquizofrénica que se pone histérica al ver el color rojo.

—Andrea... —Ella está encantada.

—Enloquecerán —insiste—. La exposición se llama La sangre que emana. ¡Hay rojo por todos lados!

Paso una mano por mi cabello. —Cielo santo.

Entrecierra sus ojos. —Al ver una de las pinturas puedo intentar arrancar mi cabello y después gritar *¡Matar, matar...!*

De pronto, Andrea se queda de piedra, tal como si la hubieran puesto pausa, y mira sobre mi hombro boquiabierto. Me vuelvo para ver qué pasa y ahí está Beca, sosteniendo nuestros helados.

Beca coloca los helados sobre la mesa.

Andrea casi tira todo cuando se pone de pie de un salto.

—Lo siento—dice, apenada, mirando de Beca a mí, preocupada—. Yo pensé que Oliver... Lo siento. Pero enseguida me voy.

Andrea tropieza con sus pies cuando intenta alejarse, y eso me da tiempo para detenerla. *No quiero que se vaya.*

—Espera, no hay problema —la tomo del hombro—. Puedes quedarte con nosotros. Iré por un helado para ti.

Andrea mira a Beca y después me mira a mí, parece angustiada.

—Lo siento, pero no puedo. Mamá me está esperando.

—Pero hace un momento dijiste que...

—Oliver —Ahora me está regañando—, la próxima vez que nos veamos te hablaré sobre mujeres, ¿de acuerdo?

—¿Mujeres?

—Sí. Mujeres —enfatisa, y otra vez mira hacia donde está Beca—, y su reacción cuando se sienten invadidas por otras mujeres.

Y prácticamente se va corriendo.

—¿Te veo más tarde? —pregunto, levantando mi voz, esperando que me escuche.

—¡No puedo llegar hoy! —se despide y pronto la pierdo de vista.

Vuelvo con Beca apenas siendo consciente de lo incómodo que esto debió ser para ella. Yo estoy pensando en Andrea. *¿Por qué se fue?*

—Es una lástima que se fuera —escucho decir a Beca, pero su tono de voz es un tanto acusador.

—Sí —tomo asiento.

—¿No vas a probar tu helado?

—¿Qué?

¿De qué estamos hablando?

—Tu helado —me señala la copa frente a mí—. Es de Chocolate y menta.

Pruebo el helado.

Se supone que la mamá de Andrea no regresará a la ciudad hasta el domingo. Ella me lo dijo ayer. No es posible que la estuviera esperando afuera. ¿Qué la hizo huir? Todo iba bien hasta que vio a... Beca.

Miro a Beca intentando encontrar una respuesta, pero no tengo nada claro. En cambio ella está mirándome como si... Como si yo le estuviera haciendo daño. No entiendo.

—¿Te gusta? —me pregunta.

¿Qué? —¿Andrea?

—El *helado*, Oliver —me corrige molesta y se levanta de un salto de su silla, y se va antes de que intente detenerla.

Ahora estoy solo en una mesa con un helado de chocolate con menta y uno de fresa. Si, definitivamente necesito una charla sobre mujeres.

Querido Diario:

¿Adivina quién estropeo todo otra vez? Si, adivinas bien.

YO

Beca debe estar odiándome en serio. Quizá debería hablarle y aclararle que no represento un peligro para ella. Porque mírala, ella es bella. Su cabello es largo, castaño y ondulado, y tiene unos ojos verdes preciosos. ¿Por qué debería temerme? Ella tiene muchas cosas que yo no tengo: Buena reputación, por ejemplo. ¡Oliver es suyo! Él sólo es amable conmigo porque es bueno y atento, pero la quiere a ella. Es decir, ahora casi siempre está con ella. Porque cuando él no está solo, está con ella. HELLO, BECA.

Aunque eso rompe tanto mi corazón...

Estoy llorando...

¡SI, ESTOY LLORANDO!

Estoy feliz por Oliver, pero... O sea... Yo soy nada comparada con ella. ¿Por qué debería temerme ella?

¿Por qué me temes, Beca? Es tan obvio que tú si tienes la oportunidad que yo no tengo. TÚ SÍ LO MERECE.

Maldita sea, no debería estar llorando...

Él acaba de enviarme un mensaje, pero no quiero verlo.

Yo dije estar dispuesta a ser su amiga porque no quiero que se sienta solo. Pero temo estarle... (tengo miedo de escribir la palabra que empieza con A)

No. No. No. Él no está solo, la tiene a ella. Y yo debería alejarme por bien de él y de ella.

Yo soy destrucción. YO SOY BASURA. Yo soy LO PEOR.

No quiero ver su mensaje, y al mismo tiempo no hay otra cosa que quiera ver. ¿Por qué?

Andrea

Superman:

¿Qué hay?

¿Estás bien?

Ella no responde de inmediato. Espero al menos dos horas.

Lex Luthor:

¿Qué hay? ;)

¿Cómo te fue con Beca?

¿Es en serio? No quiero hablar de eso.

Superman:

No estoy seguro.

Lex Luthor:

¿?

¿Qué sucedió cuando me fui?

Superman:

Ella se fue un minuto después.

Lex Luthor:

¡¿Sola?! ¿Enojada? ¿No iban a ir al cine o algo?

Superman:

No. Yo le dije que estaría ocupado esta tarde.

Lex Luthor:

¿No le dijiste que se cancelaron tus planes?

Superman:

No tuve tiempo.

Lex Luthor:

¿Se fue molesta?

Superman:

Eso creo.

Lex Luthor:

L

Mierda.

Llámalas e inventa una excusa para hablarle mal de mí.

Eso funcionará.

Superman:

¿Qué?

Lex Luthor:

Dile que te sientes obligado a ser mi compañero en Español.

Dile que me odias.

Superman:

No.

Lex Luthor:

No va a perdonarte si no haces eso.

Superman:

¡Yo no voy a perdonarme si hago eso!

No te preocupes, Andrea. Todo estará bien. Mañana hablo con ella.

Lex Luthor:

Anda, dile eso. No te detengas por mí ;)

Y yo le puedo pedir a Derek que me asigne con alguien más. Prometo convencerlo.

Superman:

Oye, detente.

Lex Luthor:

Llama a Beca.

Superman:

Detente.

Lex Luthor:

Y mañana llévale flores. De preferencia rosas rojas y cómprale un osito de peluche. Esos detalles funcionan con chicas románticas, como ella.

Superman:

¡Andrea!

Lex Luthor:

¡Oh, espera! Me estoy acordando... Yo tengo un osito muy lindo. Puedo llevarlo mañana a la Prepa y dártelo sin que ella se dé cuenta. O puedo enviártelo con Aaron.

Superman:

¡ANDREA!

Lex Luthor:

¿Qué?

Superman:

Creo que me perdí.

Lex Luthor:

¿¿??

Superman:

¿Tú piensas que Beca es mi novia?

Lex Luthor:

No. Pero estaban en una cita, ¿cierto? (?)

¿No estaban en una cita?

Superman:

Diablos, no.

Fuimos a comprar un obsequio para la señora Pratt y después de eso ella me invitó a comer un helado.

Lex Luthor:

Okay, lo tengo.

Pero... ¿no te has puesto a pensar en por qué ella se fue molesta?

Sí.

Superman:

Oye...

Déjame resolver ese asunto a mí, ¿de acuerdo?

Y sin que necesite hablarle mal de ti.

Lex Luthor:

J

11

No me considero un tipo atractivo. Mamá dice que lo soy, pero eso no cuenta. Para ser sincero nunca antes me había importado; pero, como cosa rara, esta mañana decidí peinar mi cabello de forma diferente.

Ya no quiero parecer el cuarto integrante de los Jonas Brothers.

Me miro en el espejo y me evalúo de forma crítica: Mi cabello es castaño y tiende a ser rebelde por estar un poco crespo, a veces incluso tengo que apartarlo de mi cara. Mierda, ¿estoy más greñado que Chewbacca? Debería recortar un poco mi cabello. No, al diablo con eso, me gusta mi cabello. Tampoco tengo mucho musculo, pero no importa, no soy *ese* tipo de chico. Ya saben, el tipo que hace deportes. Yo más bien soy del tipo que aspira ser candidato para Presidente de la clase, pero no, soy demasiado tímido para eso. El verdadero problema son mis brackets. Si, mis brackets. ¿No lo había mencionado? Bueno, no es que vaya por la vida diciendo “Hey, miren tengo brackets”. Los miro en el espejo. *Mierda*, tengo boca de Transformer. Por lo menos espero parecer un Autobot y no un Deceptico. Já, ¿debería decir que vengo de Cybertron?

Arreglaré una cita con el dentista para que me quite estos malditos brackets. En cuanto a mi cabello, espero que un poco de gel ayude a mejorarlo un poco...

Querido Diario,

Lee este poema:

Indolencia.

*A pesar de mí misma te amo; eres tan vano como hermoso, y me dice, vigilante, el orgullo:
“¿Para esto elegías? Gusto bajo es el tuyo; no te vendas a nada, ni a un perfil romano.*

*Y me dicta el deseo, tenebroso y pagano, de abrirte un ancho tajo por donde tú murmullo
vital fuera colado... Sólo muerto mi arrullo más dulce te envolviera, buscando tu boca y mano.*

¿Salomé rediviva? Son más pobres mis gestos.

Ya para cosas trágicas malos tiempos son éstos.

Yo soy la que incompleta vive siempre su vida.

*Pues no pierde su línea por una fiesta griega y al acaso indeciso, ondulante, se pliega con
los ojos lejanos y el alma distraída.”*

~~Andrea Evich.~~

Broma... :p

Lo escribió Alfonsina Storni.

Andrea X

Lo del gel fue la idea más estúpida que he tenido en toda mi vida. Mi cabello es un asco. Parezco un chico punk que fue arrollado por una podadora. Ya me veo recibiendo el premio al imbécil del año. Y lo peor es que me di cuenta ya que estoy en la Preparatoria. Pero al diablo con eso. No es como si mi popularidad fuera a verse afectada por esto.

Aaron y su grupo de amigos se abren paso al final del corredor. *Oh, no...* Mejor abandonar la idea de ser ateo. *Dios, necesito un poco de ayuda ahora*, rezo. También debo prepararme psicológicamente.

Hazte pequeño, Oliver. Ignóralos y no te notaran...

Ignóralos y no te notaran...

Ignóralos y no te notaran...

Es mi nuevo mantra.

Ignóralos y no te notaran...

Ignóralos y no te notaran...

MIERDA. Ya me notaron.

—¡Odom! —grita Aaron cuando me ve y, un segundo después, se interpone en mi camino.

Aaron es algo así como una cría de Godzilla, además de ser intocable por ser hijo de la directora.

Intento huir por el otro lado, pero sus dos secuaces se apresuran a plantarse a mi lado. Estoy encerrado entre músculos malogrados.

Aaron apretuja mis mejillas. —¿Qué vaca te relamió la cabeza, criatura? —se burla, riendo como el idiota que es.

—¿Quién lo metería de cabeza en el váter? —pregunta Brandon.

Ahora escucho risas que vienen de todos lados. Genial, otro *hermoso* día en la Preparatoria.

—Me tengo que ir —musito, un poco acobardado y otra vez intento huir, pero, ¿a quién engaño? esto va para largo.

—¿Por qué quieres abandonarme tan pronto, Odom? —Aaron hace un ridículo mohín, se coloca a mi lado y acomoda su brazo sobre mi hombro. Eso me obliga a caminar con él—. ¿Acaso no somos amigos?

No. Definitivamente no.

¿Alguna vez les ha pasado que *todo* su día va mal y les es difícil creer que haya algo que lo pueda empeorar? Si la respuesta es *sí*, ya saben que *si* es posible. Todavía te puedes hundir más y más...

Ese es mi caso.

Andrea se acerca a nosotros y, cuando me ve, inclina su cabeza hacia un lado, observándome curiosa. Se está riendo ahora. Dios, esto es *tan* humillante.

—¿Qué hay? —me saluda.

Me encojo de hombros. —¿Qué hay?

Ella se vuelve a Aaron y a sus secuaces. —Venga ya, déjenlo en paz.

—¿Puedo divertirme cinco minutos más? —ruega él haciendo otro ridículo mohín, como si fueran madre e hijo.

Eso hace reír a Andrea. Oh, cierto, olvidaba que estos gorilas son sus amigos.

—No a costa de Oliver, grandote. Déjalo ya.

—Pero, Andrea... —se queja también Isaac, con otro mohín digno de un niño de tres años.

—Dije que no —les amonesta Andrea, siguiéndoles el juego—. Les prohíbo volver a molestar a Oliver, ¿de acuerdo?

Aaron revuelve mi cabello con la intención de empeorarlo más. —Ya escuchaste a la jefa, Odom. Pero eso no quiere decir que no te tendremos vigilado.

Y además me amenaza.

—Aaron, basta —lo regaña otra vez Andrea.

Finalmente los tres gorilas se van.

El timbre suena, y en cuestión de minutos Andrea y yo nos quedamos a solas en el corredor.

—No digas nada —digo, mirando el piso, avergonzado. No quiero verla reírse de mí.

Porque se está riendo de mí. *Diablos*. ¿En serio va a humillarme?

—Tienes que admitir que te ves gracioso —dice—. Pero voy a ayudarte. Vamos.

Me hace un gesto para que la siga y me guía hacia el baño de chicas.

—Oh no. Olvídalo.

Ella se vuelve a mí, pareciendo decidida a no dejarme salirme con la mía:

—Oliver, no te van a dejar en paz en todo el jodido día si no hacemos algo con esto —sujeta un mechón de mi cabello con la punta de sus dedos—. Necesitamos agua.

—O una tijera.

—No seas exagerado. Venga ya. Entra —me ánima y la sigo.

¿Por qué siempre le hago caso?

Dentro del baño abre el grifo de un lavamanos y me pide inclinarme sobre este. Lo hago y de inmediato siento agua caer sobre mi frente.

—No quiero mojar tu camisa. Quítatela.

¿*QUÉ?* Me incorporo y la miro con mi mejor cara de *¿Estás hablando en serio?*

—Está bien, no lo hagas —hace una mueca—, déjatala puesta. Pero te advierto de que pasarás un laaargo rato mojado.

Bien, puedo vivir con eso.

Me vuelvo a inclinar sobre el lavamanos mientras Andrea empieza el incómodo proceso de enjuagar mi cabellera. El agua escurre a chorros por mi cuello y cara... *Dios, esto es tan humillante. Ojalá pudiera ahogarme en este charquito de agua.*

Mierda. Ella tenía razón, estoy mojando mi camisa.

—Tú ganas. Me la voy a quitar —me rindo.

—Oh, gracias al cielo, porque *muero* por ver tu pecho —se burla.

Me sonrojo. —Cierra la boca —digo, evitando mirarla a los ojos.

Adiós camisa.

Andrea gime exageradamente y, cuando me vuelvo a ella, noto que me está viendo de pies a cabeza, como si quisiera comerme. *Me quiero matar.*

—Eres cruel —digo, indignado, y sintiéndome más humillado.

—No estoy fingiendo del todo —ríe—. Eres lindo.

—Basta ya —gruño.

Oh, vamos. Estoy de acuerdo en que esta situación sería Wow si no me sintiera tan avergonzado ahora; pero, soy yo, Oliver Odom y *San Juan Bautista, mártir entre los mártires*, estoy semidesnudo en un baño con Andrea Evich, y ella está mirando mi torso. Ni hablar. Afortunadamente, tiene la delicadeza de por fin cerrar la boca.

Vuelvo a inclinarme sobre el lavamanos, sujetándome de las esquinas de este. Ella continua enjuagando mi pelo.

—¿Cuántos frascos de gel hay aquí? —pregunta, preocupada.

Humillado, ya lo dije. *Muy humillado.* —No preguntes más.

Cuando termina de enjuagarlo todo, lo escurre con sus manos; lo que me hace recordar: Ninguna chica me había tocado tanto antes. Incluso si sólo se trata de mi cabeza. Vaya, por lo menos

ya no soy virgen del cuello para arriba. *¡Muy bien, Oliver!* Me doy una palmadita imaginaria en la espalda y después una patada por meterme en esta situación.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Andrea.

Me estoy riendo como si tuviera retraso mental. Igual no voy a descartar que así sea.

Andrea me da una palmadita en la cabeza para indicarme que estoy listo, y me apresuro a recuperar mi camisa.

Ojalá tuviera un mejor amigo al cual contarle esto y recibir un poco de apoyo moral.

—¿Qué es tan gracioso? —insiste ella.

Mientras abotono mi camisa, ella peina con su mano mi cabello. Tengo inclinarme porque soy un poco más alto que ella.

Me gusta que Andrea me toque. No sé, se siente bien.

—Péinalo hacia un lado —dice jugueteando con mis rizos mojados—. Mojado se verá mejor así.

Lo haré.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta el señor Roy, de pie en la puerta.

Ambos nos quedamos de piedra, mirándonos, y evitando decir algo que después pueda ser usado en contra nuestra. El señor Roy es el prefecto de la Prepa. Estamos en problemas.

—Odom, termina de vestirte —dice—. Y tú y Evich —la mira a ella con mayor molestia—, síganme —exige.

Andrea se coloca sus lentes Ray-Ban en lo que yo termino de abotonar mi camisa. Después tomamos nuestras cosas y hacemos lo que el Señor Roy nos pidió.

Mierda. ¿Qué pensará que estábamos haciendo?

En el corredor nos encontramos con un grupo de chicas. *Oh no...* Ya me escucho en las noticias de Radio-pasillo. Andrea parece estar pensando lo mismo. Insisto, ¿qué en el infierno pensarán que estábamos haciendo? No es como si no lo dedujera yo mismo, pero es ridículo. O sea, nosotros no... ya saben, pero ¿cómo probarlo?

El señor Roy nos deja a Andrea y a mí frente a la oficina de la directora mientras él entra a dar la queja.

Ahora estamos a solas con la secretaria

—Lo siento tanto —susurra Andrea, viéndome de reojo. Está afligida. Incluso está más preocupada que yo.

—Sólo intentabas ayudar.

Esto no es culpa de Andrea. Fuimos yo y mi frasco de gel. Pero ella continua asumiendo *toda* la culpa.

—Jamás debí... Oliver, yo... Perdóname.

El señor Roy sale de la oficina de la directora y la secretaria nos hace pasar de inmediato a nosotros.

He estado sólo una vez en la oficina de la directora. Fue un día después de que ningún adulto pudo venir por mí a la reunión de padres. Mamá estaba ocupada esa mañana y Byron no escuchó el reloj despertador. En esa ocasión expliqué mi situación a la señora Di. Desde entonces, mi opinión sobre ella es que es una mujer comprensiva.

—Señora Di —la saludo tímido. ¿Qué estará pensando de mí?

Andrea prefiere guardar silencio.

La señora Di está cómodamente sentada en una silla que hace juego con su escritorio de madera de caoba. Y aunque sé que ya tiene más de cuarenta, siempre me ha parecido una mujer atractiva a pesar de su edad: cuerpo esbelto, hermoso cabello y piernas largas. *Oh, genial* ¿ahora me atrae una mujer mayor? Mis hormonas deben estar a full por pasar tanto tiempo con Andrea.

—Siéntense los dos —pide, señalándonos las dos sillas frente a su escritorio—. El señor Roy me dijo lo que vio —nos mira sin perder la calma—, pero también quiero escucharlos a ustedes ¿Quién de los dos hablará primero?

Andrea se quita los lentes, pero no dice nada. Yo me muevo incómodo en mi asiento...

Bien, empezaré yo.

—Andrea me estaba ayudando —intento aclarar—. Esta mañana me excedí con el gel y vine a la Prepa hecho un desastre —la señora Di entrelaza sus manos y coloca su barbilla sobre estas, como a veces lo hace Andrea—. Andrea lavó mi cabello. —*¿Qué más digo?* Estoy hablando por partes—. Tuve que quitarme la camisa para no mojarla... —estoy nervioso—. No sé qué le dijo el señor Roy, señora directora, pero puedo explicarlo todo a detalle si hace falta... Y si eso está bien para usted.

—¿Andrea? —pregunta la señora Di, a la espera de que Andrea también diga algo.

—Lo que... lo que Oliver dijo —dice ella, temerosa. Está mirando a la señora Di con... ¿miedo?

La señora Di también está mirando a Andrea, y aunque Andrea no parece querer decir más, la señora Di no le quita los ojos de encima, y eso pone más nerviosa a Andrea; porque, como si eso no bastara, ella le mira como si... Bueno, como si le tuviera lastima.

—Puedes irte, Oliver —dice por fin la señora Di, su atención todavía en Andrea.

¿QUÉ?, ¿Irme?, ¿Sólo así?, ¿No hay castigo o reprimenda para mí? Confuso tomo mi mochila y me pongo de pío.

—¿Andrea? —pregunto, porque tengo saber. ¿Por qué yo me puedo ir y ella todavía no?

—La señorita Evich se quedará a platicar conmigo, Oliver. Tú ve a tu salón, por favor.

¿Qué? ¡No! ¿La señora Di pensará que Andrea es más responsable que yo en esto?

—Señora Di —empiezo—. Lo que pasó fue *mi* culpa. Andrea no debería estar aquí. Ella sólo quiso ayudar. Yo...

—Te creo, Oliver. Y no me levantes la voz —me regaña, aunque sin perder la calma. ¿Le levante la voz? *Diablos*. No me di cuenta—. Tengo una opinión demasiado buena de ti. No lo estropees, por favor. Ahora déjame a solas con Andrea.

Los ojos de la señora Di —tristes y preocupados— vuelven a Andrea, consiguiendo con eso que mi compañera se desarme; lágrimas empiezan a brotar de sus ojos avellana. Mi corazón quiere saltar de mi pecho. Dejo caer al piso mi mochila e intento consolar a Andrea.

—*Adiós*, Oliver —me presiona la señora Di. Y esta vez hay una advertencia en su tono de voz. Se agotó su paciencia.

Si no le hago caso, tal vez se moleste conmigo y me pida quedarme, y de esa manera podré escuchar lo que le quiere decir a Andrea. O tal vez no. Tal vez sólo empeoré las cosas para Andrea.

—Oliver —insiste la señora Di.

Cuarta vez que me echa y aún no me voy. Nunca antes había sentido tan rebelde. *Tengo una opinión demasiado buena de ti. No lo estropees*. Será mejor no complicar más esto por el bien de Andrea. Recojo mi mochila y, molesto, hago mi camino hacia la salida. ¿Por qué mierda la señora Di mira a Andrea de esa manera?

Abro la puerta y salgo, pero un segundo antes de cerrarla...

—Tía Di, por favor... —escucho llorar a Andrea.

—No digas nada. No antes de que yo hable primero.

Y la puerta se cierra, silenciando cualquier sonido detrás de ella.

¿Tía Di?

12

Andrea no regresó a clases esa mañana, por lo que me tocó soportar solo las habladurías de Radio-pasillo. Ya saben, el cuchicheo entre grupitos del tipo *Escucharon que Andrea Evich y Oliver Odom bla bla bla...*

Mientras los chicos me felicitan, las chicas me están odiando. Pero aquí lo importante es: ¿No es increíble lo fácil que se difunde un rumor? Siento asco por estas personas.

Pero todo es soportable hasta que me encuentro con Beca. Ella está cuchicheando con su grupo de amigas, pero cuando advierte mi presencia, me ignora, obligándome a notar su molestia y quizá su decepción.

Al menos a ella siento que sí le debo una explicación.

—No le hables —la aconseja una de sus amigas.

¿Qué? ¿Por qué?

—Lárgate, Odom —me corre otra.

¿WTF?

—Beca... —empiezo.

—¿Por qué mejor no te vas a buscar a la zorra de e-Bitch? —atacan.

—Sí, vete con esa perra y deja en paz a Beca

Suficiente.

Les doy una de mis mejores miradas del tipo *cállense ya*, y eso las frena. Puedo soportar que a mí me hablen mal, pero nadie va a ofender a Andrea en mi presencia.

—Está bien, chicas, hablaré con él —les dice Beca.

Nos alejamos unos metros de esas pirañas a las que llama amigas.

—¿Qué quieres, Oliver? —pregunta, herida.

Díganme que soy un cretino, pero siento que está exagerando. No es como si fuera su novio infiel. Aunque no sería caballeroso de mi parte hacerle ver eso. Lo que me recuerda que también tenemos que hablar sobre lo que sucedió ayer en la heladería. *Jesús*, ¿en qué momento me metí en

tanto lío?

—Siento que te debo una explicación —*Porque creo que eres mi amiga y te aprecio, pero sólo eso* ¿Debería agregar eso?—. Nada ocurrió entre Andrea y yo. Todo es un mal entendido.

Beca se muestra aliviada.

—Tuve un problema con mi cabello —sigo—. Andrea me estaba ayudando a lavarlo cuando el señor Roy nos encontró y pensó mal.

¿Suficiente explicación?

—Yo sabía que tú no caíste —dice Beca al borde de las lágrimas y me abraza. *Jesús*—. Es que tú no eres como los otros chicos, Oliver. Ella necesitará más que su cara bonita para impresionarte. ¿A que sí?

Dios. —Rebeca...

—Te amo, Oliver.

¿*Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Cielo santo*. Nuestra última conversación me dio en qué pensar, pero jamás imaginé que...

—Te amo mucho antes de que Andrea Evich, o que cualquier otra chica te notara —llora sobre mi hombro—. Te amo tanto.

Sí, ya lo dijo, pero...

En vez de sentirme halagado, me siento avergonzado. Me siento como todo un ingrato. No puede ser. ¿Qué debo hacer? Busco en mi interior una respuesta, y de antemano me digo que yo no me siento de esa manera por ella. Pero no quiero lastimarla.

—Beca...

Me da un beso en la mejilla y poco a poco sus labios recorren el camino hacia mis labios. Aire vital escapa de mis pulmones y me alejo de ella buscando un poco más de espacio.

De inmediato me doy cuenta de que con eso la he lastimado aún más. Ahora Beca me mira avergonzada. Dios, no fue mi intención. Debo pedirle perdón.

—Beca, yo...

—¿Te gusta?

Yo. Eh... —¿El helado?

—¡Andrea! —me grita, indignada. Y corre hacia su grupo de amigas buscando consuelo.

Soy un cretino y ellas lo saben. Todas me miran como si quisieran despellejarme vivo. *Jesucristo*. Ni cómo explicarles que no fue mi intención. Realmente no fue mi intención. ¿Qué más puedo hacer o decir? La respuesta es nada.

Elijo alejarme para no empeorar todo.

Querido Diario,

~~Oliver y yo estábamos~~

~~Hoy cuando me encontré con Oliver~~

Ni siquiera puedo escribir lo que sucedió. Hay mucho ruido en mi mente ahora mismo. ¿Sabes cómo es eso?

¿Cómo es posible que alguien pueda sentirse tan feliz y un segundo después se sienta tan infeliz?

Estoy llorando, y si no me detengo ahora arruinaré tus hojas.

A veces olvido que debo tener cuidado. Intenté explicarle todo a tía Di, pero no conseguí que me comprendiera. Cuando estoy con Oliver olvido cuanto asco doy y me siento como una nueva yo. Eso es todo lo que sé decirte porque yo también me siento CONFUNDIDA y... quiero morir. Necesito estar fuera de todo.

No puedo más. Arruiné la vida de papá. Arruiné la vida de mi hermano. Por mi culpa ambos perdieron a sus amigos y perdieron a mamá. TAMBIÉN ARRUINÉ A MAMÁ. A ella la arrastré al infierno conmigo. Y no quiero ver a la abuela, ni a tía Su. NO QUIERO VER A NADIE. Porque no quiero que me hagan preguntas, para, después darme cuenta, de que también se sientan decepcionados de mí. Porque ahora también decepcioné a tía Di. Tía Di ya no cree en mí.

Soy una mierda. Soy lo peor que pudo sucederles a todos. Soy destrucción.

SOY UNA PUTA CUALQUIERA.

Me repito que ya pasó, que debo tranquilizarme, que todo estará bien. Pero sé que no es así. Mañana cuando regrese a la Preparatoria me espera más de lo mismo. Ni siquiera han pasado veinticuatro horas y ya un grupo de chicas me escupieron toda y me siguieron hasta mi casa. Las amigas de Rebeca Curly. Y ya tengo veinte mensajes de odio en mi teléfono móvil. Y sé que Joseline ya lo difundió en Facebook. Esto es sólo el comienzo. OTRA VEZ. Y NO QUIERO VOLVER.

NO QUIERO VOLVER.

NO QUIERO VOLVER.

Quiero morir.

Ahora mismo.

Andrea.

13

—¿Por qué las mujeres son tan confusas?

Byron y yo estamos en la cocina comiendo pastel de carne.

—Porque son mujeres.

—¿Por qué no dicen nada y al mismo tiempo lo dicen todo?

—Porque son mujeres.

—No me estás diciendo nada.

—Exacto —me señala con su dedo indicie, cual maestro instruyendo a su alumno más asno—. Ese es el meollo del asunto.

Cálmate, maldito sabelotodo. Pongo los ojos en blanco.

—Es más fácil de lo que parece y a la vez no lo es.

—Tienes que explicarte mejor.

—Nunca vas a entender a las mujeres, Oliver. Simplemente —se encoge de hombros y sacude las migas que cayeron sobre su camisa—, escoges una o una te escoge a ti e intentan que funcione. Y ya.

¿Y ya? Pienso en Andrea...

—Eso no tiene sentido.

¿Por qué estoy pensando en Andrea?, ¿Acaso quiero que...

—Por fin me estás entendiendo.

Al diablo con él.

—¿En serio lo hago? —pregunto sarcástico y me sirvo más pastel.

El timbre suena y dejo caer mi tenedor. De inmediato corro a ver quién es.

—¿Andrea? —pregunta Byron.

—Eso creo —digo, no tan seguro. Pero, ¿quién más puede ser?

Miro el reloj de la sala y me percato de que apenas son las dos de la tarde. ¿Andrea aquí tan temprano? No quise enviarle un mensaje porque no sé si eso hubiera estado bien. Entiéndame, apenas estoy intentando entender a las mujeres.

Abro la puerta y si, es Andrea, pero está caminando hacia la calle... yéndose.

—¿Andrea?

Se detiene, y lentamente se vuelve cuando corro hacía ella.

—Abriste —dice.

Sus ojos color avellana están hinchados. Otra vez ha estado llorando.

—Si... —digo, pensando en qué pudo haber ido mal—. Usualmente cuando alguien toca la puerta, abres.

Ella sonrío a pesar de que mi intento de broma apestó.

—A menos que no quieras tener cerca a esa persona.

Sí, pero ¿por qué no te querría tener cerca a ti?

—¿Qué va mal?

Ella no dice nada, simplemente se queda de pie frente a mí, en apariencia arruinada.

Apoyo mi mano sobre su espalda. —Ven —caminamos de vuelta a mi casa.

Ya dentro, la guio hacía un sofá en mi sala. Ella se sienta apoyando su cabeza en el respaldo, como si quisiese dormir. Parece perdida. Nunca la había visto así.

Tengo que hacer algo. ¿Voy por agua? ¿Voy por un médico? Tengo que hacer algo además de quedarme de pie frente a ella sólo viendo.

—Quiero morir, Oliver —dice.

—No digas eso.

—¿Sabes lo que se siente vivir teniendo a todo el mundo en tu contra?

—Andrea...

—Que nadie confíe en ti. Que todos crean saber quién eres...

—Espérame aquí —le pido.

Al llegar a mi habitación busco los discos que Byron me regaló. Cuando regreso a la sala conecto la DVD, y cuando todo está listo me siento junto a ella.

Espero a que empiece el video.

—Eres tú —dice cuando ve al niño de siete años frente al enorme pastel de cumpleaños.

—Sí.

En el video papá entrega la cámara a Byron y este se vuelve para filmar como él me levanta en brazos, acomodándome después sobre sus hombros. La familia de mamá y la de papá, y amigos míos y de ellos, están rodeando el pastel. Todos se sienten felices por estar con nosotros, y juntos empiezan a cantarme Feliz cumpleaños.

Mamá está feliz. Yo estoy feliz. Eso fue meses antes de que papá enfermara.

La mano de Andrea limpia las lágrimas que brotan de mis ojos. No me había dado cuenta de que estoy llorando.

Bajo la mirada, avergonzado.

—No pasa nada —susurra, y apoya su mano sobre la mía.

Mi idea no es mostrarle esto para llorar juntos. Lo que quiero es que ella sienta la confianza de compartir sus problemas conmigo. Quiero cambiar la regla de no preguntar algo a menos que el otro quiera hablar sobre eso... porque quiero ayudarla.

—Papá tiene hemiplejía y afasia —digo, mirando el video, porque no puedo verla a los ojos mientras digo esto. Es la primera vez que hablo de papá con alguien que no sea mamá o Byron—. Es así desde que yo tengo siete y... ahora Byron y yo lo cuidamos —cojo un poco de aire—. Él podría recuperarse, pero está deprimido y se niega a ser un poco más responsable de sí mismo.

Andrea aprieta mi mano, mostrándome con ese gesto su apoyo. Ahora ella también está llorando. Me acerco a su cara y limpio sus lágrimas.

—No fue mi intención hacerte llorar —digo en voz baja. Ella niega con la cabeza y sonrío, restándose importancia—. Mira. Ahora viene la parte divertida.

Los dos ponemos atención al video: Hay una guerra de pastel. Yo ataco a papá y él a mamá, y Byron a todos. Un poco de crema cubre mis ojos y tropiezo, cayendo completo sobre el pastel.

—Nadie comió pastel ese día —digo, recordando todo con nostalgia—. Si creías que esta mañana habías visto mi momento más vergonzoso, estabas equivocada. Te faltaba ver este.

—Esto sin duda es peor que lo del gel —sonríe Andrea, con un brillo nuevo en sus ojos.

Después de un rato termino convenciéndola de que se quede el resto de la tarde para ver más videos y también una película.

• • •

Papá está despierto cuando entro a su habitación. Pero esta vez no llevo un libro conmigo. Necesito hablar con él, aunque él sólo me escuche. Así que me siento en el sofá al lado de su cama y espero a que me note.

La enfermedad de papá no ha sido fácil de sobrellevar. Sé que debe ser demasiado difícil para él, pero tampoco nos lo ha puesto fácil a nosotros. No le gustan las terapias, y tras dos intentos de suicidio, tuvimos que buscarle ayuda psiquiátrica. Su rehabilitación iría mejor si él pusiera de su parte, pero no. A veces me siento enfadado con él por rendirse rápido. Pero al final del día, lo único que puedo sentir por él, es lástima. Es difícil admitirlo, créanme. Y con esto no quiero decir que lo amo menos. Es mi padre y lo amo, pero a veces siento que tanto él como mamá me abandonaron. Esa es la verdad, aunque duela. Pero lo amo. El cielo sabe que lo amo.

Gime cuando me ve.

—Hola, hombre —lo saludo. Él sonrío.

Byron me contó que los primeros días de su enfermedad, papá no reconocía a nadie; y que la primera palabra que pronunció, después de casi dos meses de terapia, fue *Oliver*. Trato de recordar eso cuando me siento abatido.

No obstante, ahora papá prefiere no intentar hablar. Y tampoco ayuda que todo el tiempo esté deprimido.

—Quería contarte algo —digo. *¿Cómo empiezo?*—. Hay una chica —eso llama su atención—. Tío Byron te habló de ella el otro día. ¿Te acuerdas que la mencionó? La conocí en la Preparatorio. De hecho, acaba de irse... —papá sonrío—. Estábamos viendo una película.

Yo también sonrío, aunque, *diablos*, me siento abochornado. Es decir, ¡le estoy hablando de una chica a papá!

Los ojos de papá se entrecierran, curiosos.

—Se llama Andrea —continuo—, y es hermosa, papá. Es jodidamente hermosa. Es sólo que —miro mis manos, sintiéndome un poco desanimado—, creo que tiene problemas con su familia, o con sus amigos, qué se yo. Y... ya sabes, me siento culpable por estar pensando en ella *de esa manera* —levanto mis cejas como si eso explicara todo—, cuando ella lo que en realidad necesita es un amigo. No es que no quiera ser su amigo. Es sólo que... tú me entiendes —¿Me entiende?—. ¿Es correcto? —le pregunto—. ¿Será oportuno o correcto decirle lo que siento?

A eso agreguemos que ni siquiera sé cómo decirle a Andrea lo que siento. “*Oye, Andrea, te quería decir algo...*” Cuando llego a esa parte me imagino atragantándome con mis palabras y muriendo asfixiado. Mi espina dorsal hormiguea sólo de imaginarme frente a ella. ¿Y si le da risa lo que digo? Tal vez. No lo sé, ya saben cómo soy de negativo. Tal vez debería quedarme callado. *Jesús*, no sé qué hacer ¿Y qué hago aquí hablándole de esto a mi padre? Tampoco lo sé. Quizá simplemente quiero hablar de esto.

—Quizá debería esperar —continuo. Aunque esta vez estoy hablando conmigo mismo—. No sé qué me pasa. Pudiera ser que sólo esté confundido. Además está Beca —agrego, preocupado, y miro a mi padre, pero él está sonriendo. En su cara hay una sonrisa malhecha, pero es una sonrisa ¿Qué es tan gracioso, hombre? Sí, tu hijo tiene un lío de faldas, búrlate—. Pero a Beca sólo la quiero como amiga.

Papá suspira y mira el techo, pensativo.

—Oliver... —susurra acentuando la L y R, debido a su problema de afasia. Ahora me mira—. Amorr...

Amor. Papá lo entiende bien. Estoy enamorado de Andrea.

—Eso parece —sonríó.

Vaya, es la primera vez que al estar con él me siento como su hijo y no como su enfermero.

—Anreeea —pronuncia, en un intento fallido de decir Andrea, y sus ojos se tornan tristes cuando se da cuenta de que no puede decirlo correctamente.

—Está bien, papá —lo tranquilizo—. Sé que estás conmigo en esto —lo animo. Tomo su mano entre las mías y entrelazamos nuestros dedos.

Querido Diario,

Si él no hubiera abierto la puerta, en este momento estaría muerta.

Andrea.

14

Andrea no se aparta un segundo de Aaron, Isaac y Brandon desde que llegó hoy a la Prepa. Incluso camina en medio de ellos. Hoy no los veo como sus amigos, sino como sus guardaespaldas. Son como tres enormes rothweilers que la cuidan a donde quiera que vaya.

Intento acercarme a ella en el receso, pero la veo negar con la cabeza, y eso me obliga a retroceder. No quiere que me acerque a ella. *Ouch*. Por lo menos gesticula un *Lo siento* antes de alejarse acompañada de esos tres. Sin embargo, me siento tan herido, que no intento hablarle en clase. Bien. Si prefiere la compañía de esos tres gorilas, bien por ella.

Pero duele.

Si. Estoy celoso y es un sentimiento que apenas conozco, y, por lo tanto, no sé manejarlo. Siento como si algo me quemara por dentro.

Estoy listo para irme a casa cuando la encuentro a la salida.

—Oye, lo siento —dice cuando me ve.

Dejando salir estúpidamente los instintos cavernícolas dentro de mí, intento ignorarla. No quiero hablar con ella. *Estoy celoso, Andrea, y no quiero que te des cuenta. Déjame solo.*

—Lo hice por tu bien —intenta explicarme, alentándome.

¡¿Qué?!

—¿Por mi bien? —suelto, volviéndome a ella—. ¿Es en serio? —Ella parece decidida a hacerme entender. ¿De qué me perdí ahora?—. Aunque en realidad no sé por qué me molesto. Nunca te ha gustado que nos miren juntos.

¿De dónde salió mi valentía para decir eso? Lárgate, hombre. Huye y salva tu dignidad.

—No es así, Oliver —dice, herida.

—¿Entonces cómo es, Andrea? —Estoy levantando mi voz. Nunca le había hablado así. Supongo que ella puede sacar lo mejor y lo peor de mí.

Ella me evalúa antes de responder. —Pensé que era a ti al que no le gustaría que le vieran conmigo.

¿Qué?

—Dame un motivo para que *yo* no quiera que te miren conmigo.

Me mira como si no pudiera dar crédito a lo que estoy diciendo. —¿Hablas en serio?

—Sí, carajo.

Bien, ahora estoy maldiciendo. ¿Quién este que está aquí y qué hizo con Oliver Odom? Andrea Evich me ha enloquecido.

Intento irme. Necesito tiempo para pensar, pero ella se interpone en mi camino. Ella quiere hablar.

—Oliver, escúchame —insiste, con actitud suplicante—, no quiero arrastrarte a mi mierda, ¿de acuerdo? —Yo niego con la cabeza. ¿Quién cuida de quién aquí?—. ¿No has escuchado todo lo que dicen de mí?

—¡Me importa una mierda lo que digan de ti!

Entonces escucho risas. Busco con la mirada el lugar del que vienen y veo a Joseline, a Karla y a Melanie, riéndose... de nosotros.

—¿*La está botando?*—se secretean.

Aunque lo hacen lo suficientemente alto para que las escuchemos.

—¿*Cuánto a que le ruega que no la deje?*

—¿*Tiene tan poca dignidad!*

Se están burlando de Andrea. Lo que sea que hayan escuchado de nuestra discusión debió hacerles creer que estoy terminando con ella.

Más personas se acercan, todos miran de mí a Andrea, sacando conclusiones erróneas de lo que ven. Trago saliva. Hace una semana les era indiferente a estas personas y ahora soy el hombre del momento en Radio-pasillo.

Me vuelvo a Andrea y me doy cuenta de que ella no está mirando a estas personas, está mirándome a mí, y puedo ver que está preocupada.

—Seguiremos esta conversación después —dice, en un hilo de voz.

Puedo ver su dolor y humillación. ¿Esto tiene que soportar todos los días? Ahora comprendo a qué se refiere al decir *Pensé que era a ti al que no le gustaría que le vieran conmigo*. Está intentando protegerme de Radio-pasillo ¿Por qué son tan crueles con ella? Y ella ahora teme que el acoso también me afecte. Y yo, por mi parte, no quiero que piense que no puedo manejar esto.

Andrea da media vuelta decidida a huir, pero en un acto de valentía o completa estupidez (depende de la perspectiva), la cojo por el brazo y prácticamente la obligo a volverse a mí. Hago caso omiso a su confusión y la abrazo. Así la protegeré de todos.

No voy a permitir que se burlen de ella.

—¿Qué haces? —susurra Andrea a mi oído, sin dar crédito a lo que estoy haciendo.

Voy a enfrentar esto contigo, Andrea.

—Mostrándoles que no estoy botándote.

Andrea toma aire, o valor, no lo sé, y busca mi mirada.

—Entonces hazlo bien —dice, contemplándome como al héroe que aparentemente cree que soy, y me besa.

¡Me besa!

Me besa. Wow...

Y ya no escucho más risas. Es como si todo hubiera dejado de existir a nuestro alrededor y estuviésemos en un espacio vacío, un espacio en el que sólo existimos nosotros.

Ella se cuelga de mi cuello mientras yo la sostengo, sintiéndome posesivo. Insisto en saber *¿Quién es este y qué hizo con Oliver Odom?* Le permito a Andrea acariciar mis labios con sus labios, y sonrío feliz. Me siento ligeramente embriagado. Y quiero más. Soy adicto a ella ahora. Nunca antes había besado, y ahora siento la necesidad de no hacer otra cosa.

15

Andrea no fue a su casa después del colegio, esta vez ambos vinimos directo a la mía. En el vestíbulo el beso continúa. *Wow*, quiero hacer esto hasta que se me hinchen las pelotas. Me convertí en el Schumacher ^[2] de los besos en sólo una hora.

—¿Y la tarea de Español? —pregunta cuando le doy un respiro.

—Al diablo con eso —la beso otra vez.

—Oliver —se separa de mí. *Ouch*, yo pensé que también me quería besar—. Necesitamos hablar.

—¿Sobre Cleopatra?

Pone los ojos en blanco, pero está sonriendo. —Sobre nosotros. Necesito que sepas en qué te estás metiendo —luce seria.

—Puedo manejarlo.

—Hay cosas que necesitas saber de mí.

—No voy a permitir que me hables mal de ti —intento besarla otra vez, pero ella me detiene.

—Oli, *tienes* que saberlo.

¿Por qué cuando recién estoy descubriendo lo bien que sabes?

—Está bien —cedo, recordándome que debo ser caballeroso—. Hablemos.

Nos sentamos en mi sofá y espero obediente a que ella hable.

—Hay un video... —Puedo ver en su rostro lo difícil que es para ella decir esto—... en el que yo... —cierra sus ojos—. Oliver, hay un video en el que yo bailo... —y empieza a llorar.

No quiero verla llorar. —Andrea, detente. No tenemos que hablar de eso ahora.

—Es importante —solloza, pero al menos me deja secar sus lágrimas—. Tengo mala reputación, Oliver.

Lo sé y no me importa.

—No me interesa lo que los demás piensen de ti. Para mí tú eres lo que *yo* he visto de ti. Y esa es la única opinión que debe importarte. ¿De acuerdo?

—No te dejarán en paz —insiste—. Te acosarán. Te hablarán mal de mí...

—Déjame manejar eso a mí. Yo puedo con esto, Andrea.

—Oliver...

—Andrea —la interrumpo, decidido a no alejarla de mí—, no te daré otra razón más para quedarte, que la promesa de que yo te amaré a pesar de que tú misma te menosprecies a veces.

—Menospreciarme...

—Como lo estás haciendo ahora.

Me abraza. —Oliver, no hables de promesas....

—Si no te gusta esa promesa tengo otras.

—Oliver...

—Déjame abrazarte, protegerte... —suelto todo lo que sale de mi pecho. Ahora soy Romeo—. Déjame demostrarte que puedo con esto.

O eso es lo que quiero pensar. ¿Puedo con esto? De momento quiero pensar que sí, y también quiero besarla otra vez. Y eso es lo que hago.

Querido Diario:

Somos como dos niños en una dulcería.

Oliver y yo fuimos al cine y después a una floristería J Ahí compramos flores para el Sr. Odom, para mamá y para mí. Oliver escogió unas peonias blancas para mí.

Fue maravilloso.

Y antes de traerme a casa caminamos por un bosque. Ahí nos escondimos entre dos árboles y él me abrazó, mientras yo acariciaba su cabello con mis peonias.

Oliver Odom es el chico más maravilloso que he conocido, pero ahora que lo tengo conmigo, vivo con el miedo de perderlo... como he perdido todo lo demás.

Andrea.

16

Convencí a Byron de que me permita usar su coche a tiempo completo. Vamos, él casi nunca lo usa y ahora tengo novia. *Wow*, que bien se siente decir eso. *Tengo novia*. Byron me felicitó por las buenas nuevas, y, bendita mi suerte, no puso reparos en darme las llaves del coche.

Pasé por Andrea y desayunamos en IHOP. Todo iba bien hasta que llegamos a la Preparatoria e intenté sostener su mano.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Me desanimó, pero me volví a armar de valor. —No si tú no quieres. ¿No quieres?

Sé que aún está preocupada por mí, pero yo-puedo-con-esto.

—Sí quiero —dijo, después de pensarlo unos segundos y me dio su mano.

No quería creer que Andrea tenía razón al pensar que habría algo de qué preocuparse, pero... *diablos*, tenía razón. En los corredores de la Preparatoria muchos nos miran curiosos. Sin embargo, no es ese tipo de curiosidad que agradeces, como cuando te sorprendes de que dos buenos amigos se quieran como algo más que amigos y hasta les pides que te cuenten cómo pasó todo. Aquí nos miran como si estuviesen esperando que tropecemos. Como si no nos mereciéramos esto.

En menos de cincuenta metros escuché más *No puedo creerlo* de los que he escuchado jamás. *Ouch*. ¿Por qué nadie puede creer que yo esté con Andrea? Al principio creí que se debe a que todos piensan que ella es demasiado linda para mí, pero ella dice que en lo que realidad piensan es que yo soy demasiado bueno para ella. Lo cual no es cierto.

Últimas noticias en Radio-pasillo:

“*Ya le clavó los colmillos*”

“*No puedo creerlo.*”

“*¡La muy perra!*”

“*No puedo creerlo.*”

“*Pobre idiota.*”

“*¡No puedo creerlo!*”

“*Eso no va a durar.*”

“No puedo creerlo.”

“¿Él es ciego o sordo, quizá?”

“No puedo creerlo.”

“¿Tan poca cosa se necesita ser para acostarse con ella?”

“No puedo creerlo.”

“Ellos dos no encajan.”

“No-puedo-creerlo.”

“¿Está loco?”

“No puedo creerlo.”

“Like a virgin... Touched for the very first time!”

“No puedo creerlo.”

“Menuda pareja”.

“No puedo creerlo.”

“Ya se han de haber acostado por lo menos cien veces.”

“No puedo creerlo.”

“Ese hijo de puta con suerte”

Decido sacar de mí todo lo que escuché, y sólo recordar la envidia que sintió ese chico de primer año cuando me vio con Andrea. ¿Hijo de puta con suerte? Diablos, sí.

—¿Estás bien? —me pregunta ella antes de que entremos a clases.

Le respondo con un beso en la mejilla y eso la tranquiliza. Quiero decirle que todo irá bien, pero temo que sepa a mentira. Esto no va a ser fácil, ahora lo sé. ¿Pero qué en la vida es fácil?

—Soy muy afortunado.

Ella acaricia mi mejilla como gesto de agradecimiento. —Bien. Pero hazme saber si algo va mal, ¿de acuerdo?

—Estamos bien.

Nuestro día no mejoró. Las habladorías y malas miradas continuaron, pero no nos importó. Somos dos locos que se tienen el uno al otro.

• • •

—Quiero presentarte a alguien —Andrea prácticamente me arrastra hasta a Aaron.

Oh, voy a conocer a su amiguito Aaron, él que la abraza y besa frente a todos ¡Qué emoción!
Sí, eso es sarcasmo.

Aaron está acompañado de sus secuaces: Isaac y Brandon, quienes no tienen más ganas de verme que la que yo muestro al verlos a ellos. Tiene mucho que ver que me hayan acosado desde que llegué a la Prepa. Pero Andrea está entusiasmada.

—Aaron, él es Oliver —me presenta—. Oliver, él es mi primo Aaron.

Primo.

—¿Tú primo? —pregunto, boquiabierto.

—Sí, mi primo —sonríe Andrea, mirando con ojos de ternera al grandulón.

Oh... Claro. Ya dije que todos le temen a Aaron, y no sólo por ser un enorme gorila. También le tememos (sí, me incluyo) por ser el hijo de la directora: La señora Di, que al parecer es tía de Andrea. *Oh...* Poco a poco la comprensión viene a mí.

Un momento. —Eres hermano de Joseline —digo a Aaron, como si él no lo supiera.

—¿Si? —él se está burlando de mí.

Me vuelvo a Andrea —Eres prima de Joseline.

¿Por qué repito lo obvio? Es sólo que estoy sorprendido. Joseline es enemiga pública de Andrea y... son primas.

—Sí, Joseline es mi prima. Y no es que esté muy orgullosa de decirlo —dice ella.

De pronto recuerdo por qué estamos aquí. —Mucho gusto, Aaron —estrecho su mano, pero él toma la mía decidido a no dejarla ir sin antes fracturarla.

—Ten mucho cuidado de no lastimar a Andrea —me advierte.

—¡Aaron! —lo amonesta Andrea, pero él no suelta mi mano.

—Ay —gimo.

—Dilo. Di que cuidarás de Andrea y que no la lastimarás.

—Voy a cuidar a Andrea y no la voy a lastimar —casi lloro, preocupado por la fragilidad de mi mano. ¿Dónde está el gobierno y el ejército cuando Godzilla te está atacando?

Aaron por fin me suelta. —Te tendré vigilado, Odom —me amenaza una vez más.

Andrea se muestra preocupada por mi mano, pero finjo no darle importancia al dolor con tal de parecer fuerte y valiente frente a ella, aunque por dentro me sienta como una Magdalena. *¡Ay, mi mano! ¡Voy a morir!*

En parte me siento agradecido con Aaron por proteger a Andrea. Me alegra saber que ella cuenta con alguien más además de mí y su tía Di.

—Oliver, él es Isaac —continúa presentándome—, y él es Brandon. Ambos son buenos amigos míos y de Aaron.

Estrecho la mano de ambos (con la mano buena) y nos despedimos.

Esta vez es Andrea la que toma mi mano primero (la mala) Pero eso me hace sentir bien.

—Mamá también te quiere conocer —me advierte con una sonrisa traviesa.

17

Lo que más amo de ella son sus ataques de locura. Pero hay más.

Amo la forma en la que arruga su nariz cuando ríe. Pero hay más.

Amo la forma en la que me mira, como si me admirara. Eso me encanta.

Pero lo que más amo de ella, es, que sin importar dónde y con quién esté, siempre es ella misma. No tiene miedo de saltar, reír, bailar o decir lo primero que se le venga a la mente. Es como si tuviera una canción en Replay dentro de ella.

Por eso la amo. Por traer esa alegría que hacía falta a mi vida.

Su mamá nos está esperando.

Andrea la saluda. —Mamá, él es Oliver —le dice, mirándome con devoción, como si le presentara a la mejor persona que conocerá jamás.

Intento estrechar la mano de la señora Evich, pero ella la rechaza y en lugar de eso me abraza. Menos mal (por lo de la mano mala). También me da un beso en cada mejilla. *Wow*, ya veo de quién heredó Andrea tanta efusividad.

—Mucho gusto en conocerla, señora Evich.

—Oh no, no caigamos en formalidades. Dime Evelyn —sonríe.

Evelyn es increíblemente parecida a Andrea. *Ah no*, corrección: Andrea es increíblemente parecida a Evelyn. Tiene que ser así porque Evelyn es la mamá y Andrea es la hija y... Qué bien, una vez más haciendo notar lo obvio.

—Entonces... mucho gusto, Evelyn.

—Eso está mejor —Ella me mira como si yo fuera el yerno que siempre quiso tener. Vaya, estar aquí con ellas hace bien a mi autoestima—. Tenía tantas ganas de conocerte.

—No es cierto —me resto importancia.

—¡Lo juro! —insiste—. Lo único que hace Andrea es hablarme de ti.

—¡Mamá! —se sonroja Andrea.

—Dice que eres el mejor.

—¿El mejor?

Me vuelvo hacia Andrea buscando ayuda.

—Es la verdad —dice ella, mirándome, una vez más, como si me admirara.

Me hace sentir especial. Me vuelvo hacia la señora Evich. —Ella exagera, señora Evich — digo, como si me estuviera disculpando.

—Tonterías. ¿Te quedas a cenar?

—Me encantaría.

—Pero no he terminado de cocinar —lamenta, y de pronto me mira como si yo fuera la última esperanza en la faz de la tierra, cual Bruce Willis en la película Armagedón—. Quizá necesite un poco de ayuda.

Vacilo un poco. —Yo...

—Puede que tú sepas cocinar...

—¿No puedes ser más obvia? —masculla avergonzada Andrea, pero vamos, también le divierte esta situación.

—Andrea me dijo que eres chef —confiesa Evelyn.

¿Chef? *Jesús*.

—Dios, no, señora...

—Evelyn —me corrige.

—Evelyn, Andrea exagera una vez más. Yo simplemente...

—Te dije que es modesto, mamá —interrumpe Andrea.

—Y *tan* adorable —Evelyn apretuja mis mejillas—. Mira su carita de conmoción. Ya lo amo. Supongo que tendré que acostumbrarme a tantas muestras de afecto.

En la cocina preparo la salsa para la lasaña mientras Andrea y Evelyn se encargan del queso.

—Qué casualidad que tenía todo lo necesario para hacer una lasaña —dice Evelyn.

—Sí, *que* casualidad, mamá.

Evelyn le guiña un ojo a Andrea y ella le lanza un beso en respuesta. Obviamente comparten algún tipo de broma privada, y que tiene que ver conmigo. Intento cambiar de tema porque me sigue

abochornando ser el tema de conversación.

—Andrea me platicó que usted organiza eventos.

—Sí, algo así. Mi mamá, mi hermana Su y yo somos socias. Tenemos una empresa llamada El cisne.

—Pregúntale por qué se llama El cisne —me alienta Andrea.

—¿Por qué se llama El cisne?

—Déjame ver —Evelyn inclina su cabeza hacia un lado, fingiendo estar concentrada—. Porque los cisnes son bonitos —indica.

—Es gracioso porque tardaron meses en decidir eso —dice Andrea.

—Era El Cisne o Las tres Paggi —explica Evelyn—. Pero mamá odia su apellido de casada.

—La abuela es especial.

—Ella empezó la empresa después de divorciarse de mi papá —continúa Evelyn—. Su se unió cuando su esposo la dejó y yo le seguí por el mismo motivo. Somos mujeres progresistas que no quieren depender de ningún hombre —finaliza, orgullosa.

—¿No son geniales las tres? ¿La abuela, tía Su y ella? Son algo así como las tres mosqueteras.

—Lo son —conuerdo.

—Nos va bien —sonríe modesta Evelyn—. Lo complicado es que tengo que viajar durante toda la semana, pero Andrea tiene aquí a su tía Di.

Una vez la lasaña está dentro del horno, los tres nos sentamos a platicar. Andrea y yo intercambiamos una mirada cómplice de *Todo está saliendo bien*. Le caigo bien a su mamá. Ahora me toca presentarle a papá.

—Los dos son jóvenes y recién se hicieron novios —dice Evelyn—. Sé que quieren que me vaya a la sala o a mi habitación para así poder estar solos, pero entiéndanme: No paso demasiado tiempo contigo, Andrea, y también quiero conocerte a ti, Oli.

—Pienso que es genial que esté aquí, señora... Evelyn.

—Eres un tierno, Oli.

—La abuela y tía Su lo amarían en seguida —dice Andrea.

Evelyn me mira con ojos maternales —Sí. En cuanto a tu tía Di...

—Ni hablar, ella lo adora. Deberías escuchar cómo lo defiende.

—Me apuesto a que sí.

Mis orejas arden. Una vez más intento dejar de ser el tema de conversación.

—¿Su?, ¿Di?, ¿Son diminutivos?

—De Susie y Diana —dice Evelyn, como si recordara una anécdota graciosa—. Mi mamá es una mujer férrea que siempre trata de administrar bien su tiempo. Resumir el nombre de sus hijas está incluido en eso. A mí me dice Eve. Puedes llamarme así si quieres.

—No lo creo, mamá —Andrea apoya sus manos sobre la mesa y coloca su barbilla sobre ellas. Insisto en que se ve tierna cuando hace eso—. Apenas y puede manejar lo de no decirte señora Evich.

—Dale tiempo —me sonrío Evelyn.

Querido Diario,

Este día fue perfecto. Al llegar a la Preparatoria Oliver me tomó de la mano y no me soltó. No hizo caso a las burlas y no le avergonzó ser visto conmigo J

Le presenté a mamá y ella lo invitó a quedarse a cenar. Él cocino. Fue genial.

Perfecto. Perfecto. Perfecto ♥

Andrea X

18

Superman:

Voy camino al hospital, papá tiene una crisis.

Es la una de la mañana. Las calles de la ciudad están casi vacías y el frío de la noche me está congelando el cerebro.

No es la primera vez que papá tiene una crisis. Pero cada vez me da más miedo porque temo perderlo. A veces pienso, *¿Y si esta vez no lo logra?*

Cuando Byron y yo nos percatamos de algo iba mal, llamamos a una ambulancia. Los dos sabemos que nos corresponde hacer en estos casos: Mientras él llama al médico y le explica qué sucede con papá, yo preparo una maleta pequeña para ambos por si es necesario quedarnos en el hospital.

Hace media hora le envié un mensaje de texto a Andrea para avisarle, pero todavía no responde. Quizá esté dormida. A lo mejor llama por teléfono mañana temprano. Aunque, a decir verdad, me gustaría que estuviera aquí. Desde que estamos juntos tengo esa sensación de que ahora cuento con ella y... me gustaría que estuviera aquí.

Ingresan a papá a cuidados intensivos y su médico nos pide esperar. Esperar respuestas, y nada es peor que esperar respuestas en un hospital.

Byron va por un café y me quedo solo en la sala de espera. No lo admito en voz alta, pero me inquieta pensar que de la salud de papá depende mi futuro. ¿Qué si él muere? ¿Qué si no y debo cuidar de él para siempre? No quiero que él muera, pero el futuro me frustra. Me gustaría que él fuera un poco más responsable de sí mismo y pusiera de su parte en las terapias.

Miro llegar a Andrea y salto de mi asiento para abrazarla. *Ella está aquí...*

Ella acaricia mi espalda. —Vine lo más rápido que pude.

—¿Sola?

—Mamá me trajo. Tuvo que regresar a casa, pero dijo que la podemos llamar si necesitamos algo.

La abrazo como si de aferrarme a ella dependiera mi existencia. *Cuento con ella.*

—Gracias por estar aquí.

—Y me voy a quedar, si eso está bien para ti.

—Eso está *muy* bien para mí.

Las respuestas sobre la salud de papá llegan horas después. Los médicos consiguieron estabilizarlo, pero tendrá que quedarse en observación un par de días. Me lo esperaba. Siempre discuto con Byron sobre quién debe quedarse con él, pero nunca tengo la opción de ser yo. Soy menor de edad, así que únicamente puede quedarse él con papá.

Andrea me levanta el ánimo y llamamos a un taxi para regresar a casa. Eso fue más práctico que dar molestias a Evelyn.

• • •

En casa Andrea y yo desayunamos y esperamos. ¿Qué esperamos? Diablos, no lo sé. Simplemente esperamos. Mi vida siempre ha sido un constante vaivén de dificultades, y a veces eso me deprime. Me siento inseguro, siempre me he sentido así, porque no tengo nada que realmente sea mío. No cuento con papá, mamá me abandonó, y nadie, salvo Byron, se preocupa por mí; pero él algún día también se irá y formará un hogar. Por eso es inevitable que me sienta solo.

Por eso no sé cómo sobreviví tanto tiempo sin Andrea. Ella me consuela, y no me detiene cuando me muestro necesitado de ella. *Quiero todo de ti, Andrea*. Ella vino a mi vida a sacarme de mi soledad. En su compañía encuentro amor y seguridad. Con ella me siento amado.

—Siempre lloro en esta parte —dice, cuando Marlín se reencuentra con Nemo—. Nadaremos... Nadaremos... Nadaremos —canta, y eso me hace reír.

Los dos estamos acurrucados sobre mi sofá.

Yo no lloro con el final de *Buscando a Nemo*, pero sí me hace moquear un poco —justo hoy— ver la persistencia de ese pez payaso al intentar recuperar a su hijo. Una historia sobre la relación *Padre-hijo*. Quizá elegí mal la película.

—¿Todo bien? ¿Necesitas hablar? —Le agradezco a Andrea que sea comprensiva.

Sí, pero no. Su cercanía vuelve a mi cuerpo una bola de fuego, y no me apago... no me apago... Necesito más de ella. *Quiero todo de ti, Andrea*. Se lo digo con movimientos torpes y besos, como el estúpido principiante que soy; y ella no se aleja... no me detiene. Me besa y permite que mis manos recorran poco a poco su cuerpo.

—Puedo detenerme —digo, torpe.

—No —dice, acercando ella misma mi mano a su pecho—. Creo en ti. Confío en ti.

Imaginé tantas veces este momento y ahora está sucediendo. *Quiero todo de ti, Andrea*. Pero nada es como lo imaginé. Por mi inexperiencia pensé que me mostraría tímido, pero aquí la tímida es ella. Juego con su cabello, inhalo el aroma de su cuello, poco a poco desnudo su cuerpo, y en algún

momento de ese torbellino de emociones, pierdo la razón. Cada uno de mis músculos se deshace en agradables pulsaciones. Pero el único dedo de frente que me queda, me recuerda el condón que me regaló Byron. Corro a buscarlo.

—Regresa antes de que vuelva a perder la memoria Dory —bromea Andrea.

Le saco la lengua.

Fue revitalizante perderme dentro de ella. Le pregunto cien veces si está bien, si estoy lastimándola, pero ella me tranquiliza. Y me siento completo. Y también me siento feliz, porque Andrea es mía. *Es mía.*

Querido diario:

Ahora soy suya.

Desde la última vez que estuve con Sebastián sentí miedo de que alguien más me volviera a tocar, pues sentía asco de mi misma y vergüenza de tener que mostrarme delante de alguien más. Pero amo a Oliver y no me arrepiento de haberme entregado a él.

Ojalá hubiera esperado. Si pudiera volver el tiempo atrás no entregaría mi cuerpo a un idiota, esperaría a que fuera alguien especial.

Andrea X

19

Como hoy es mi turno de dejar un detalle sobre el escritorio de Andrea, me animo a más — porque ella sin duda lo merece— y dejo para ella un ramo de rosas rojas. Él más grande que encontré en la tienda. Cuando ella lo ve salta de felicidad. Y, sin importarle quiénes no están mirando, me abraza y llena de besos toda mi cara. Otras chicas la miran verdes de envidia. Algunas incluso codean a sus novios para reclamarles por qué no han recibido un detalle igual. Eso me hace sentir orgulloso. Quiero demostrar a todas que, aunque la critiquen y se burlen de ella, Andrea merece más, mucho más que todas ellas.

Andrea camina por la Preparatoria de mi mano y llevando con ella su ramo de rosas. Todos nos miran. La mayoría siguen apostando en nuestra contra y se muestran incrédulos, pero confío en que se acostumarán. Porque la verdad vamos por buen camino. Y porqué incluso Joseline no puede disimular cuánto le molesta vernos felices.

También llevo a Andrea a cenar y escribo notas de amor para ella. Aunque, a decir verdad, prefiere verme cocinar y que le diga de frente lo que siento por ella.

Cuando papá regresa a casa los presento.

—Oliver es buena persona, señor Odom —dice a papá, sentada a su lado y sosteniendo su mano—. Es el mejor alumno de la clase y todos lo aman.

Creo que dice eso porqué es ella la que me ama, pero no me quejo.

—Anreaaa —intenta decir papá.

Ella le sonrío y se muestra paciente con él. Todo el miedo que sentí por tener que presentarlos se esfuma de inmediato.

—No se preocupe por Oliver, señor Odom. Ahora yo cuido de él.

Los ojos de papá se llenan de lágrimas y se deja ir en un diluvio de emociones. Nos mira y sonrío. Nos mira y llora. Me alegra darme cuenta de que se siente feliz por mí.

—Admite que es demasiado bonita para él, Héctor —escucho decir a Byron a modo de broma. Él está apoyado en el marco de la puerta, viéndonos a los tres.

Papá le hace gesto negativo.

—No le puedes decir eso a papá cuando yo me parezco a él —nos defiendo.

Al final Andrea me ayuda a acomodar las almohadas de papá. Y antes de irnos me sorprende al verla despedirse de él con un beso en la frente.

Sin embargo, papá murió esa noche. Finalmente tomó la última decisión de su vida y... se quitó la vida.

20

—¿En dónde me deja a mí la muerte de papá?

—Él sabía que podía irse tranquilo después de verte hacerte cargo de tu vida.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué? —estoy llorando.

Byron coloca una mano sobre mi hombro —Él no quería estar atado a ti, y tampoco quería que te sintieras atado a él.

—¡Pero no fue así!

—Si lo fue, Oliver, no te mientas a ti mismo —Sé que Byron está conteniendo las ganas de llorar—. Yo sé que estabas dispuesto a entregarle tu vida, pero él, evidentemente, no lo quería así; y tú, en el fondo de tu corazón, tampoco.

—Hablas como si yo hubiera querido que... —Ni siquiera puedo decirlo.

—No seas idiota. Él fue quien lo quiso así. Yo sólo no quiero que te sientas culpable.

Y me siento aliviado de no sentirme culpable, pero también me siento culpable por sentirme aliviado de no sentirme culpable. Es complicado.

Sólo Byron, Andrea y yo estuvimos en el sepelio de papá. No quise avisar a nadie. Si a nadie le importó papá en vida, si nadie nos ayudó a Byron y a mí a cuidarlo, ¿por qué he de permitir que le lloren falsamente y vengan a decirme que lo sienten? Al diablo con todo ese espectáculo.

Los tres caminamos de regreso al coche después de dar el último adiós a papá.

—Hola, Magda —saluda Byron a un árbol.

Magda.

Miro de Byron al árbol y miro a mamá intentando esconderse detrás.

—¿Mamá?

Andrea me mira confusa.

Mamá finalmente sale de su escondite y camina hacia nosotros. Viste un vestido color negro. Debe ser Armani, Dior, Chanel, o algo... ¿Qué finge al venir aquí?

—Pudieron haberme avisado con tiempo —dice, dolida.

—No pensamos que te importaría —digo, molesto—. ¿Por qué habría de importarte en realidad? —Andrea me coge del brazo para tranquilizarme.

Byron no me reclama el tener tan poco tacto al tratar a mamá. Supongo que también hay cierto resentimiento de él hacia ella.

—No digas eso, Oliver —dice mamá, apenada—. Siempre me importó tu padre.

—Ve y díselo a su tumba, quizá aún te escuche —continuo mi camino.

A eso me refiero. ¿Qué caso tiene lamentarse ahora? Era en vida, mamá. *En vida.*

—Espera, Oliver —me pide y me vuelvo, por demás cansado.

Ella me mira como si la hubiera abofeteado. —Estás siendo demasiado severo conmigo.

—Deja en paz al muchacho, Magda —dice Byron, también cansado. En serio no queremos ver a nadie ahora—. Hoy no, por favor.

¡Vete!

—Quiero estar cerca de mi hijo —dice mamá, mirándome con ojos de dolor.

—¿Para qué, mamá? —*¡Estoy tan molesto!*—. ¿Para qué? Explícamelo porque no entiendo. Porque la verdad, no es diferente para mí que tú o papá estén o no estén cerca de mí —*Tan jodidamente molesto*—. Porque desde hace mucho tiempo yo no cuento con ustedes. ¿Cuál es la maldita diferencia ahora?

No escucho su respuesta. Me largo de ahí dejándola hablando sola.

21

No me ausento del instituto para guardar luto. Siempre he odiado que la gente sienta lastima por mí, así que trato de demostrar que estoy bien, aunque no esté del todo bien.

Lo peor no fue ver muerto a papá o sepultarle, lo peor fue volver a casa e intentar acostumbrarme a la vida sin él. Durante años mi rutina se acomodó a sus necesidades. ¿Ahora qué? Andrea está a mi lado, ayudándome a alejar a personas indiscretas. Acepté el pésame de la señora Di y el de Beca, pero no más. No más. No puedo evitar estar a la defensiva. Inconscientemente aún trato de que la gente no juzgue a papá.

—No puedo comprender cómo te sientes —Andrea está regañándome por ser tan duro con mamá—. Pero hay algo que tengo muy claro: Siempre tienes que contar con alguien. Y mejor si es uno de tus padres.

—*Ese* es precisamente el problema. ¿Por qué contar con ella justo ahora? Nunca ha estado conmigo. Huyó cuando más la necesité.

—Deja que ella cargue con esa culpa.

—Lo hago —Sigo tan jodidamente molesto.

—Pero no tienes derecho a juzgarla.

—¿Ah no? —Hago una mueca de dolor. ¿Quién si no yo para decidir eso?

Andrea trata de elegir bien sus palabras. —Ni siquiera le diste la oportunidad de explicarte.

Paso ambas manos por mi cabello. Cansado, ya lo dije. Me siento muy cansado.

—Hoy estoy a la defensiva, Andrea —la detengo, intentando ser paciente. En serio, no quiero hablar sobre mamá—. Cambiemos de tema, ¿quieres? No hablemos sobre mis padres.

—Bien.

—Bien.

Le doy un beso en la mejilla para hacerle ver que todo está bien entre nosotros. No voy a permitir que toda mi mierda arruine lo que tenemos.

—¿Oliver Odom? —me pregunta un chico de primer año, sosteniendo un pedazo de papel frente a mi cara.

—Si —digo y tomo el papel. Él se va de inmediato, sin esperar a que yo diga algo.

—¿Qué es? —pregunta Andrea.

—Averigüémoslo —digo, desdoblado el papel.

Te espero en cinco minutos en el salón de computación.

No está firmado.

—Quizá es de Beca —dice Andrea, observando la fina caligrafía en el papel—. La letra es de mujer.

En lo último estoy de acuerdo con ella.

—Pero, ¿por qué me querrá ver a solas?

Andrea bufá. —Sí, porque eso es tan raro en ella, siendo nosotras taaaaan buenas amigas.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a doblar la hoja de papel. —No me interesa. No quiero hablar con nadie.

—Ve —me pide Andrea—. ¿Qué te acabo de decir sobre siempre contar con alguien? No te alejes de tus amigos por mí o por tus padres.

Porque tiene razón acepto ir a encontrarme con Rebeca. Aunque, sin muchas ganas.

Hago mi camino hacia el salón de computación. Lo que es raro es que Beca, conociéndola, hubiera elegido un lugar más formal para reunirnos. Algo como la biblioteca.

En la puerta del salón de computación está Chris. Trato de ignorarlo, pero él obstaculiza mi camino.

—Viniste —me saluda.

—¿La nota era tuya? —arrugo mi frente.

—Y de Fredo. Queremos mostrarte algo.

Abre la puerta del salón de computación y prácticamente me empuja dentro. Después cierra la puerta detrás de nosotros. Me siento tenso. Hoy no estoy de ánimo para las estupideces de nadie. Tendrá que ser claro para decirme qué quiere, porque ni él ni Fredo son merecedores de mi tiempo.

—¿Qué quieren mostrarme?

—Paciencia, campeón. Antes es importante ponerte en antecedentes.

No puede ser. —Chris, estoy ocupado —miro de él a la puerta. En serio quiero irme—, y aún si no estuviera ocupado...

—Cierra la boca, Odom. Sólo quiero que veas una cosa —Sus ojos brillan con anticipación. Maliciosa anticipación.

—¿Qué?

—Ves que quieres a Andrea a tal punto de regalarle rosas y dejar que te vean en público con ella...

Me doy la vuelta dispuesto a irme.

—¡Oyeee! —se queja, obstaculizando otra vez mi camino.

—No voy a hablar de Andrea contigo o con Fredo —espeto, y aunque otra vez intento irme, Chris me sujeta por el hombro.

El salón de computación es grande, pero Fredo está sentado frente a un ordenador a poca distancia de nosotros. En el monitor del ordenador hay un vídeo en pausa.

No confío en ellos.

—Quiero ayudarte, Oliver —esta vez el tono de Chris es conciliador—. Quiero ayudarte porque creo que tienes una idea demasiado vaga sobre quién es Andrea Evich.

—*Eso* es asunto mio.

—Venga. Sólo te estoy pidiendo ver un video.

Mi frente se arruga otra vez. ¿Qué tipo de video podrían ellos... *El video de Andrea*. El entendimiento llega a mí como una bola demoledora. Tengo que largarme de aquí.

—Chris —Intentaré salir de esto sin afectar a Andrea con otro escándalo—, a mí sólo me importa la opinión que *yo* tengo sobre Andrea, ¿de acuerdo?

Él no se da por vencido. Le indica a Fredo dar *Play* al video.

—¿Por qué eliges ir por el mundo a ciegas, Odom? ¿Tanto miedo te da la verdad? —Chris mira hacia donde está Fredo, y después me mira a mí, retándome—. Fredo ya lo tiene listo para ti. Sólo son cinco minutos.

No, no quiero ver ese video. Me niego a ser parte de la basura que todos los días cae sobre Andrea.

Retrocedo dos pasos, dispuesto a largarme ya, pero me detengo cuando escucho la voz de Andrea.

—“*Dime qué quieres que haga y lo haré para ti*” —dice, y, boquiabierto, me vuelvo hacia el ordenador de Fredo.

Y ahí está ella, mi Andrea, vistiendo únicamente unos vaqueros y un sostén. *No puede ser*. El lugar en el que está es una habitación apenas iluminada, y está acompañada de alguien. Por la voz advierto que es un chico. Ella está de pie frente a él, mientras él la filma con una videocámara.

Siento nauseas.

—“*Desnúdate para mí, Didi*” —le pide él.

Ella mira hacia la cámara con actitud coqueta y lentamente se quita los vaqueros, quedándose únicamente en bragas.

No.

Andrea no está borracha o drogada, o al menos no parece estarlo. No hay manera de justificar lo que está haciendo.

Empiezo a hundirme lentamente...

—“*Aún hay demasiada ropa sobre ti, nena*” —dice el tipo.

Sebastián, recuerdo. Una vez escuché que él se llama Sebastián.

—“*No voy a seguir a menos que pongas un poco de música*” —se queja Andrea con un mohín ridículo. Uno de esos mohines aññados que yo conozco, y amo.

—“*Ya lo tengo*” —dice él, y al instante, de fondo, se escucha *Like a Virgin* de Madonna.

Oh, no...

Y ahí está Andrea. *Mi Andrea*, bailando... bailando casi de la misma forma que bailó *I want to break free* para mí...

No puedo apartar los ojos de ella. Estoy intentando reconocerla. Esa chica en el video es casi la misma Andrea que me tomó de la mano hace unos minutos. Lo único diferente, es su cabello. En el video Andrea luce una larga cabellera rubia, no el estilo Bob despreocupado de ahora. Y siento asco.

Estoy intentando pensar en algún motivo que la haya obligado a hacer eso, pero no encuentro nada. *¿Por qué, Andrea?*

Siento el apretón amistoso de una mano sobre mi hombro, pero la repelo. No quiero la compasión de nadie. Apenas puedo respirar y lágrimas que lastiman empiezan a saltar de mis ojos al suelo. *Soy un imbécil*. Quiero desmayarme, dormirme o morir aquí. No me importa, lo que sea para ya no sentir.

Andrea finalmente se quita el sostén y las bragas, y de forma provocativa camina hacia Sebastián para instalarse sobre él y la cámara.

—“*¿Ya viste lo duro que me tienes?*” —le pregunta él, acariciándola.

Me repugnan.

—“*Quiero besarte completo*” —gorjea ella de manera ridícula y besa la cámara, después besa el pecho de él...

Es suficiente.

Consigo darme la vuelta para ya no ver el video. No obstante, me doy cuenta de que Fredo, Chris y yo ya no somos los únicos dentro de la sala de computación.

—Lo siento, Oliver —dice Joseline, acompañada de Karla y Melanie. Las tres me miran con lastima—. Pero no podemos permitir que Andrea te engañe.

Escucho a Sebastián gemir a causa del placer que le está dando Andrea y mi mundo termina de colapsar. Caigo de rodillas sintiéndome miserable. Totalmente destruido. Como Chris y Joseline querían verme.

—Andrea no te merece, Oliver. Ella es sucia, barata y mezquina —Tapo mis oídos para ya no escuchar los gemidos de Sebastián y el parloteo de Joseline—. Entre más alejado estés de ella más a salvo estarás.

Joseline extiende su mano hacia mí esperando que yo la tome, pero la repelo una vez más. No quiero su lástima. No quiero la lástima de nadie. Sólo quiero hundirme en mi miseria.

—¡Oliver! —escucho gritar a Andrea. Incluso parece estar pateando la puerta del salón de computación, pero esta no cede—. ¡Oliver, abre por favor!

—¡Abran la maldita puerta! —grita también Aaron y continúan las patadas.

Lentamente me pongo de pie e intento hacer mi camino hacia la puerta, rechazando una vez más la mano traidora de Joseline. Voy a abrir la puerta y voy a enfrentar a Andrea. Quiero saber por qué. Simplemente quiero saber *por qué*.

—Oliver —me intenta detener Joseline, con la misma actitud de falsa consideración hacia mí—. Bótala como la basura que es.

La puerta finalmente cede y Aaron y Andrea entran. Ella corre hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupada, acariciando con ternura mi cara. *No. Quiero morirme*. Y ahora que la tengo frente a mí, no quiero verla. Me repugna verla—. Oli, mírame —ruega, llorando.

Ella sabe cuánto odio verla llorar, pero justo ahora yo también estoy roto por dentro.

Finalmente los gemidos de Sebastián captan su atención y sus ojos van de mí al video en el ordenador, y del video a Joseline. En ese momento Andrea me libera y camina furiosa hacia Joseline.

—¡TÚ, MALDITA PERRA EGOÍSTA! —grita, su voz es un grito de guerra, y se lanza sobre Joseline, cogiéndola del pelo.

Los gritos de Joseline me sacan de mi estupor y corro.

Salgo huyendo del salón de computación. Huyo de todos ellos. Decido esconderme en el baño de chicos situado a pocos metros del salón de computación. Estando ahí busco el tercer cubículo, me meto dentro y me dejo caer en el piso. Estoy llorando. Siento un dolor tan grande y desgastante que creo no lo soportaré demasiado tiempo dentro de mí. Mi alma no soporta más. Papá, mamá... y ahora Andrea. Estoy temblando. Estoy colapsando. Estoy gritando. Me falta el aire. Puedo morir aquí y no

me importa. Es lo que quiero. Estoy deseando morir justo en este momento. ¿Qué me queda?

Levanto mi mirada pidiendo piedad al Dios en el que no creo y la veo, veo en la puerta la leyenda *Andrea eBitch folló aquí*, y eso es todo. No puedo más. Golpeo con mis puños la puerta y enloquezco.

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué todo tiene que irse a la mierda al mismo tiempo?

¿Por qué, Andrea? Mi amor. Mi vida. ¿Por qué?

Y la escucho gritar.

“¡Estoy tan harta de ti y de tus estúpidas amigas!”

“¡A la mierda contigo!”

“¡No te vas a ninguna parte!”

“¡Te mataré! ¡Te mataré aquí mismo!”

Al mismo tiempo, escucho también a otras personas gritar. El caos allá afuera va en aumento.

“¡Te lo haré pagar! ¡Te advertí que lo dejarás en paz!”

Algo sobre escuchar a Andrea enfrentando sola esta situación me obliga a anteponer su dolor a mi dolor. ¿No debería estar ahí para ella? ¿Cuántas veces le dije que no me importaba lo que Joseline o Chris dijeran sobre ella? ¿Cuántas veces no le prometí que no me importaba el video o los grupos de Facebook? Estoy siendo un cobarde ahora. Andrea está sola en medio de todos ellos, como ayer, como siempre; mientras yo estoy aquí, encerrado, y dispuesto a morir para aliviar mi pena, pero no dispuesto a vivir para aliviar la de ella. ¿Cuán cobarde puedo ser por hacerle eso, después de decirle tantas veces cuánto la amo? *No*.

Golpeo mi cabeza contra la puerta y me pongo de pie. Tengo que ir. No puedo abandonarla ahora. No puedo hacer lo que todos hacen: decepcionarme de ella y botarla. No sé a qué Andrea Evich vi en ese video, pero la que yo me amo me necesita en este momento.

En el estado lamentable en el que me encuentro abro la puerta del tercer cubículo y lentamente salgo del baño de chicos.

En el corredor frente a la sala de computación hay un pandemónium. Un grupo estudiantes histéricos rodean a Andrea y a Joseline, entre ellos Aaron, Fredo y Chris. Andrea está completamente fuera de sí.

—¡ALÉJATE DE MÍ! —aúlla Joseline, mientras las uñas de Andrea se clavan en su cara. Andrea la tiene sujeta del pelo.

—¡TE HARÉ PAGAR ESTO! ¡TE MATARÉ! ¡TE MATARÉEEEE! —grita.

Fredo corre al verme. Chris también intenta huir, pero Aaron lo coge por los hombros y lo aprisiona entre sus enormes brazos de Godzilla.

Intento decidir qué hacer. Todo esto es como estar dentro de una pesadilla.

—¡Ya viene la señora Di! —grita alguien al final del corredor.

Reacciono. Tengo que alejar a Andrea de Joseline. Esto no va a terminar bien para ella si su tía la encuentra en ese estado de histeria.

Me abro paso entre la pared humana que rodea a Andrea y a Joseline y sujeto a Andrea por la cintura.

—¡Basta ya! —intento decirle—. ¡Detente! ¡No quiero que te metas en más problemas!

Cuando ella se da cuenta de que soy yo quien la sostiene, se vuelve a mí, llorando.

—Oliver, perdóname. Perdóname. Yo...—exclama, recorriendo con su mirada mi cara. Yo intento sonreír para calmarla, pero mi semblante no debe ser mejor que el de ella. Ahora los dos estamos rotos—. Perdóname, Olí —suplica.

—No llores —le pido, aunque yo también estoy llorando—. Todo estará bien, lo prometo. No llores.

Limpio sus lágrimas y la atrapo entre mis brazos. *En este momento me duele tanto amarte, Andrea. Pero estoy aquí. Y siempre estaré aquí para ti.*

Y ahí estamos, frente a todos, abrazados, tal como la primera vez que nos besamos. Una vez más estoy frente ellos demostrándoles que no voy a botarla. No voy a botarla. No voy a botarla a pesar de todo. Ahora lo sé ¿Y qué me hace estar tan seguro de ello? El amor que siento por ella. Un amor que cuesta caro, pero que bien vale la pena pagar el precio por lo que somos cuando estamos juntos.

—Deberías ponerle un bozal a tu perra —escucho murmurar a Chris, y sé que no voy a tolerar más de su mierda.

Le doy un beso en la frente a Andrea —Dame un minuto, sólo tengo que arreglar algo—. Despacio me alejo de ella y camino hacia Chris.

—Oliver... —ella intenta detenerme, pero soy puro instinto asesino.

Chris intenta retroceder cuando me ve hacer mi camino hacia él, pero Aaron lo empuja y en seguida quedamos frente a frente. Lo cojo del cuello y, acto seguido, lo sacudo hacia la pared. El caos va en aumento otra vez.

—¡La señora Di! —vuelve a gritar alguien y todos corren por sus vidas.

Todos, excepto Andrea, Aaron, Joseline, que es un mar de lágrimas, y Chris, que sigue en mi poder

—Andrea no existe para ti a partir de ahora, ¿me escuchas? —lo amenazo, enfermo de rabia y

apretando con mi brazo su tráquea. Estoy fuera de mí. —. Si vuelvo a escucharte a ti o a alguno de tus estúpidos amigos hablar mal de ella, los mataré. Los mataré a todos porque, ¿sabes qué? no tengo *nada* que perder, y porque lo disfrutaré.

Chris se está poniendo morado.

—¡Señor Odom! —escucho gritar al final del corredor a la señora Di.

Y es ahí cuando sé que todos, en especial yo, estamos hasta la mierda de problemas.

22

Nos ganamos una suspensión de tres días y un castigo ejemplar. Chris, Aaron y yo limpiaremos los baños durante un mes, y Andrea y Joseline la cocina de la cafetería. No fuera gran cosa si la Preparatoria en el que estamos no fuera tan burgués, pero lo es. La buena noticia es que, a diferente de Chris y Joseline, Andrea, Aaron y yo no tenemos una reputación que cuidar.

Andrea me platicó que además de tener problemas en el instituto, a ella y Joseline las confrontarán en una reunión familiar; por lo que la señora Di se quedó a solas con ellas y Aaron en su oficina, y nos dejó ir a Chris y a mí. Eso sí, uno de nuestros padres tuvo que venir por nosotros. Aunque en mi caso...

—En serio pensé que nunca tendría que pasar por esto —Byron niega con la cabeza, pero hay un poco de admiración en sus palabras—. Tú un chico problema.

Aparcamos el coche frente a la casa, pero nos quedamos un rato más dentro para platicar.

—Lo hice por Andrea.

—Está bien que defiendas a tu novia, pero...

Yo tampoco puedo creer que Chris tendrá que usar un collarín por mi culpa.

—Es que no lo puedo creer —Byron me mira admirado—. ¿En serio golpeaste a ese chico tú solo?

Rasco mi frente. Me duele la cabeza. —¿No deberías estarme regañando?

De pronto, Byron se pone serio —Tienes razón. Yo soy el adulto aquí —Se aclara la garganta—. Oliver, no lo vuelvas a hacer —ríe por lo bajo y salimos del coche—. Oye, ya en serio, tienes que enseñarme a hacer eso.

El resto del día no miro a Andrea. Como su mamá no está en la ciudad le tocó recibir una dosis personal de más regaño por parte de su tía Di, y también pasó la noche en casa de ella.

Pero al día siguiente.

Lex Luthor:

¡Soy libre! Ya estoy en casa J

Superman:

¿Voy o vienes?

Lex Luthor:

Ven tú. Si tía Di llama y no estoy aquí tendré más problemas.

Superman:

Estaré ahí en diez minutos.

Lex Luthor:

J

—¡Estaré en casa de Andrea! —aviso a Byron y tomo las llaves de su coche.

—¿No se supone que estás castigado?

Mierda. —Eh...

—Anda. Vete.

—Gracias, Byron.

Lo primero que hago cuando estoy frente a Andrea es abrazarla. Quiero reconocer cada parte de su cuerpo y exigir mi derecho sobre este. Porque me gusta esta sensación de pertenencia a ella.

—¿Todavía me quieres? —pregunta. Puedo percibir en su voz que teme mi respuesta.

—Soy completamente tuyo —le digo, porque es la verdad.

—¿Estás seguro?

—Del amor que siento por ti es de lo único que puedo estar seguro. Créeme.

—Te amo —llora, aliviada. Y es todo lo que necesito escuchar.

—Yo también te amo —digo, sin dudar.

• • •

Pasamos el resto del día jugando a la casita. Yo le ayudo a limpiar y ella me ayuda a cocinar. Y no me voy esa noche, ni la siguiente, ni la siguiente...

—Lo estuvo pensando y —Esto será difícil— creo que tienes razón sobre mi madre.

—No quiero tener razón. Sólo quiero que hagas lo correcto. Llámala, Oliver.

Suspiro. —Lo haré.

No tengo claro qué me obligó a recapacitar, pero lo voy a intentar. Hablaré con mamá.

—Este ha sido el mejor castigo que he tenido.

—Cállate —sonríe ella—. Aunque yo tampoco quiero que termine la suspensión. Al volver no

sólo tendré que encerrarme en una cocina con Joseline, también tendré que soportar a Derek.

—¿Por qué?

Andrea hace una mueca. —Le dijo a tía Di que le preocupa lo mal que voy en las clases, y se ofreció para darme tutorías. Tendré que quedarme en el colegio los martes y jueves dos horas más que el resto.

—¿Con el idiota de Derek? —Siento un poco de compasión por ella.

—Sí —suspira, resignada—. Creo que prefiero ahogarme en cloro que escucharlo hablar dos horas más. Pero tía Di sospecha que, como él ya da por muerta a la señora Pratt, quiere hacer puntos para quedarse con su puesto de manera definitiva.

No, no quiero que la señora Pratt se muera.

Esa noche cenamos juntos, pero regreso a casa antes de la media noche, porque para entonces Evelyn estará de regreso. Y se supone que Andrea está castigada. Y se supone que yo no debería estar con ella a solas en su casa.

Ya noche llamo a mamá.

—Quiero disculparme por lo del otro día.

—No. Estuvo bien que me dijeras eso. No cómo lo dijiste, pero me hizo bien saber cómo te sientes.

Vaya, eso no me lo esperaba. Me relajo y decido ceder un poco. —Quizá podemos vernos.

La escucho jadear emocionada y me doy una palmadita imaginaria en la espalda.

—¿Quieres venir a cenar?

—¿A tu casa? —Otra vez estoy lejos de mi zona de confort. Mujer, vamos despacio.

—Por favor.

Lo pienso unos segundos. *¿Por qué no?* Estoy en un momento de cambios y esto es algo que tarde o temprano tendré que hacer. —Bien. Ahí estaré.

—¡Gracias, bebé! —Casi la escucho aplaudir—. Anota mi dirección. Te espero aquí mañana.

¿Tan pronto?

• • •

La señora Di nos ordenó a mí, a Aaron y a Chris comprar pintura blanca y pintura azul para utilizarla durante nuestro castigo. Tendremos que pintar los baños de los chicos. Blanca para las paredes y azul para las puertas de los cubículos. Decidí comprar pintura azul marino para que me

resulte más fácil borrar todo los garabatos que ridiculizan a Andrea, y también evitar que escriban algo más en un futuro cercano. Ni siquiera me molestaría hacer el trabajo yo solo, me resulta terapéutico cubrir yo mismo los oprobios hacia mi chica.

Querido Diario,

Hoy empecé a pasar dos horas con Derek después de clases (Derek es el profesor sustituto de Español) Pero... ya no quiero. No sé a quién decir esto, pero él me incómoda. Porque no debería verme como me ve.

Le tengo miedo.

Quisiera decirle a tía Di, a mamá o a Oliver esto, pero no quiero dar más problemas. Intentaré ponerle un alto a Derek yo sola.

Andrea.

23

Llego a la casa de mamá a eso de las siete de la noche. Me invitó a cenar y en agradecimiento traje el postre. Y para verme lo más presentable posible, desempolvé mi mejor traje y afeité mi insipiente barba. Aunque debo admitir que no estoy del todo seguro sobre esto, pero voy a intentarlo. *Voy a intentarlo.* Hay dos mujeres en mi vida ahora, y quiero que todo marche bien con ambas.

La casa de mamá es un poco más grande que la nuestra, y por fuera se ve mucho más elegante. Eso me hace sentir incómodo. ¿Por qué me hace sentir incómodo? No lo sé. No sé qué nombre poner a lo que estoy sintiendo justo en este momento.

Toco el timbre y casi al instante se entreabre la puerta de madera con perilla de latón.

—Hola, ¿quién eres? —me saluda una niña pequeña. Ella tiene una tierna sonrisa en su rostro.

—Oliver Odom.

—¡Mamá, es mi hermano! —grita sobre su hombro y, al instante, escucho la voz de mi mamá.

Esa niña acaba de llamar mamá a mi mamá.

—Déjalo entrar, Lucy —le pide ella, y la niña me permite pasar.

Lucy. Tengo una hermana pequeña llamada Lucy. Siento un agujero en el estómago, pero decido ignorarlo. En el camino imaginé todo lo que humanamente posible podría salir mal y creo estar preparado para esto y más.

—Hola, cariño —me da un beso en la frente mamá. En sus brazos sosteniendo a un niño de unos cuatro años.

Otro hermano.

—Traje el postre —digo, y trato de poner un poco de distancia entre nosotros—. ¿Está bien? —murmuro, nervioso.

—Mejor que bien. No había preparado postre —sonríe ella. Se ve hermosa. Incluso más joven. Nunca la había visto tan contenta—. ¿Te presento? —asiento con la cabeza—. Ella es Lucy —miro a la niña, que ahora me mira con inquieta curiosidad—. Él es Douglas —presenta al niño pequeño—. Y a mi espalda está Néstor.

Miro sobre el hombro de mamá y ahí está él.

Néstor era amigo de mamá cuando ella aún estaba con papá. Una amiga de ambos los presentó en una fiesta navideña y desde entonces —en palabras de la amiga de mamá— se volvieron inseparables. Me consta. Néstor ayudó a mamá facilitándole la vida: hacía las compras de la semana, pagaba facturas, estaba pendiente de mis notas en la escuela. Él alivió la carga que significaba papá en la vida de ella, tanto que la separó de este.

Néstor se acerca a mí y me extiende su mano con un gesto amistoso. La tomo con prudencia. Más que un saludo, esto parece un acuerdo de paz.

—Bienvenido, Oliver —dice, y él y mamá me invitan a pasar del vestíbulo.

—¿Ya quieres cenar? ¿Tienes hambre? —pregunta mamá.

—Si —miento. La verdad es que quiero que esto termine cuanto antes. Ya me empecé a cuestionar por qué vine y eso no es bueno—. ¿Qué hay de cenar?

—Ensalada cesar. Néstor la preparó —dice orgullosa y le dedica una sonrisa orgullosa a él.

Néstor hace una mueca de falsa modestia. —Yo no cocino tan bien como tu madre —dice travieso, abrazando a mamá por la cintura—, pero saco la tarea.

—Lo haces bien —lo corrige ella con actitud condescendiente.

Bien. Ya me quedó claro que se aman.

Yo sonrío, pero admito que me duele hacerlo. Saco mi teléfono móvil de mi bolsillo y me lío con él para no tener que verlos.

Tengo un mensaje de Andrea.

Lex Luthor:

¿Cómo va todo?

Te amo XXXXXXXX

Sonrío, y esta vez no duele.

Superman:

No debí venir.

Ella no tarda en responder.

Lex Luthor:

¿Por qué? ¿Qué va mal?

—Acompáñanos a la mesa, cariño —me pide mamá y la sigo a Néstor y a ella.

La mesa ya está puesta. Espero a que cada uno tome su asiento y me acomodo en uno de los cuatro espacios que no están ocupados.

—Mis padres y mi hermana también van a cenar con nosotros —me informa Néstor sin dar mucha importancia—. Vinieron de visita el fin de semana pasado y aún no conseguimos que se vayan. ¿Puedes creerlo? —bromea.

Ja. Ja.

Mamá le sigue la broma, y al mismo tiempo coloca un babero a Douglas

—No le hagas caso a Néstor, cariño —dice—. Él está feliz de que su familia esté aquí. A pesar de que consientan horrores a tus hermanos.

Tus hermanos. Jadeo buscando aire. Mamá estudia mi reacción, pero antes de que diga algo, vuelvo a ocuparme en mi teléfono.

Benditos sean los teléfonos móviles por ayudarnos a librar momentos incómodos.

Superman:

No sé qué decir.

Lex Luthor:

¿Cómo te sientes? Dime lo primero que se te venga a la mente.

¿Cómo me siento? Pienso en eso, pero en realidad ahora mismo soy un pandemónium de emociones. ¿Por dónde empiezo? Primero, me siento un intruso. Me siento celoso de la vida perfecta que ellos dos tienen ahora. Me siento enojado de que se amen. Me siento...

—¿Oliver? —me llama mamá.

—¿Sí?

—Te pregunté si quieres un vaso de agua o si prefieres una copa de vino.

—¿Tienes Coca cola?

—No bebemos bebidas azucaradas aquí, cariño —me explica con la misma actitud condescendiente que me está enfermado—. Es dañino para la salud. Tú tampoco deberías beber eso.

Otra vez vuelvo los ojos al mensaje de Andrea. Lo leo una y otra vez.

Lex Luthor:

¿Cómo te sientes? Dime lo primero que se te venga a la mente.

—Puedo ir al supermercado a traerte una gaseosa si así lo prefieres, Oliver —escucho decir a Néstor.

Oh, Néstor salvando otra vez el día. *¡No, maldita sea! ¡Deja de ponerle las cosas fáciles a ella!*

Así me siento. ¿Cómo se lo explico a Andrea?

—Estoy bien —digo sin levantar la vista de mi teléfono, y sonando tan patético como me siento.

—Oliver... —empieza mamá, pero el *tac tac* de unos tacos altos la interrumpe.

Es la familia de Néstor. Los suegros de mamá no son tan ancianos como los imaginé, ellos entran al área del comedor y me saludan educadamente, y después toman asiento en silencio.

—¿Llegamos a tiempo? ¿Ya serviste la cena, Magda? —pregunta la que asumo es la hermana de Néstor. Ella es alta y rubia y, en un salto, ocupa el último asiento vacío en la mesa.

Los recién llegados desentonan en el cuadro, pues, a diferencia del resto de nosotros, se ven entusiasmados. *Bienvenidos a lo que sea esto.*

—¿Nos perdimos de algo? —pregunta la suegra de mamá al percatarse de que está tenso el ambiente.

Mamá ignora su pregunta.

—Christa, Edgar, Dina, él es mi hijo —me presenta mimosa—. Se llama Oliver —mira de ellos a mí—. Oliver, ellos son Christa —señala a su suegra—. Edgar —el viejo me mira enarcando una ceja—. Y Dina, la hermana menor de Néstor.

Silencio incómodo porque yo no digo nada.

Mamá ya no luce tan radiante a comparación de cómo estaba cuando llegué. Ahora se ve preocupada. ¿Querrá que me vaya?

—Mucho gusto, Oliver —me saluda Dina, que, para mi buena suerte, al igual que sus padres, guarda su distancia. Agradezco eso.

Asiento con la cabeza porque no sé qué decir. *¿En serio tengo que decir algo?*

Tanto los padres de Néstor como su hermana lucen jóvenes. No es de extrañarse, pues Néstor también lo es. Mamá le lleva siete años a él.

Cada uno se sirve un poco de ensalada y empezamos a comer en silencio. Sin cháchara. Perfecto.

—¿Todos tienen portavasos? —pregunta mamá ligeramente preocupada. Todos asentimos con la cabeza—. No quiero que se moje la mesa.

—Tengo un disfraz de hada —me informa Lucy, rompiendo el silencio—. Mamá me lo hizo.

La miro con la boca entreabierta. *¿Qué debo responder a eso?* Vamos, soy una persona de pocas palabras.

—¿Felicidades?

—¿Tú tienes disfraces?

—Cuando Oliver era pequeño —responde mamá por mí, dirigiéndose a todos en la mesa—, también le confeccionaba disfraces. En su primer cumpleaños lo vestí de vaquero, en el segundo de astronauta —intenta hacer memoria—. También le hice uno de pirata. ¿Cuáles otros disfraces te hice,

cariño? Ayúdame con esto.

Todos me miran ahora.

—En mi primer cumpleaños me vestiste del vaquero Woody —asiento con la cabeza de acuerdo con ella—. En el segundo de Buzz Lightyear. En el tercero del zorro. En el cuarto de vampiro. En el quinto de rey...

—Sí, ese fue el mejor —ríe mamá—. Tuvimos que darle todos los regalos que quería. ¡Todos!

Si, ese fue bueno.

—En el sexto me disfrazaste de diablito. En el séptimo de pirata... —pienso bien mis palabras y busco la mirada de mamá—. Y después de eso enfermó papá.

Sutil. Directo.

La sonrisa en el rostro de mamá se borra lentamente y, nerviosa, coloca un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—¿Y cuál de todos esos te gustó más, Oliver? —me pregunta Néstor.

¿Otra vez salvando el día, Néstor? Que te den.

—El último, supongo. De todos es el que más recuerdo.

—También tengo un disfraz de conejita —nos informa Lucy a todos.

—Todavía te puedo hacer disfraces, cariño —me dice mamá, limpiando su nariz, y parpadeando varias veces para alejar las lágrimas.

Néstor toma su mano.

—Uno de enfermero me vendría bien —contesto, poniéndome de pie—. ¿Puedo usar el baño?

El ambiente se hunde lentamente.

—Llegas a la sala y lo encuentras en el corredor a mano izquierda. Es la última puerta —me indica Christa.

No miro a mamá después de lo que dije. Me arrepentí de mi insolencia un segundo después de que las palabras salieron de mi boca, pero ya es tarde. Lo dije y nada va a cambiar eso.

Encerrado en el baño me recuesto sobre la puerta y, en voz baja, me reclamo haber sido tan cretino.

¿Por qué le dije eso?

¿Por qué, no? Se lo merecía, ¿no?

No. No estuvo bien. Debería disculparme con ella.

Busco mi teléfono móvil y una vez más leo el mensaje de Andrea.

Lex Luthor:

¿Cómo te sientes? Dime lo primero que se te venga a la mente.

Superman:

Quiero llorar

Menos mal ella no tarda en responder.

Lex Luthor:

¿Por qué?

:(

Superman:

La odio, Andrea. La odio por abandonarnos cuando más la necesitábamos, y la odié todavía más al darme cuenta de que tomó la decisión correcta. Ahora es feliz... sin anclas. Tiene una mejor casa. Tiene un esposo que la ama y que no es una carga. Me siento como si yo no hubiera sido más que un error en su vida.

Limpio de mi cara un par de lágrimas y espero la respuesta de Andrea.

Lex Luthor:

¿Eso fuiste, no? Un error. Asímelo y déjala ser feliz. Tú no vales nada. Vuelve a tu vida y no estorbes más en la de ella.

¿Qué? ¿A eso llama palabras de apoyo?

Superman:

¿Estás hablando en serio?

Lex Luthor:

Por supuesto que no, tonto X

Sólo quiero que te des cuenta de que tú tampoco te crees que ella sea tan mala persona L

Superman:

Lo arruiné. Le dije algo que la hirió.

Lex Luthor:

¿1 – 1? También se vale que sepa cómo te sientes.

Superman:

¿Sí?

Lex Luthor:

Pero pídele una disculpa.

Superman

Lex Luthor:

Ño :3 Así se quedan.

En el corredor, al salir del cuarto de baño, camino tres pasos y me topo con Néstor.

—Oliver, puedo darme cuenta de que no te agrado —dice. *Wow, que genio e inteligente eres, Néstor*— y créeme que entiendo perfectamente por qué. Pero antes de que regreses a la mesa, quiero pedirte algo —me dice, con cara de preocupación.

¿Y ahora qué? —Me lavé las manos, lo prometo.

Él se relaja un poco.

—Me da gusto que estés de mejor humor —*Si, yo puedo bromear, Néstor*—. Lo que te quiero pedir, es que comprendas a tu mamá —*¿Perdón?*—. Ella sufrió mucho a causa del accidente de tu papá —*Ja. Ja*—. No me lo estás preguntando, pero incluso contempló el suicidio como un escape —*¿Ella también?*—. Ella lloraba por las noches...

—*¿Estás hablando en serio?* —lo interrumpo molesto.

—A veces, después de hablar por teléfono contigo, se rompe a llorar...

—Oh, claro —Me muevo de un lado al otro, indignado—. *¿De eso se trata, no? Todos tenemos que hacer la vida de mamá más fácil porque ella es incapaz de enfrentar todo sola* —exploto.

—No...

—*¿Por qué no me preguntas a mí cuán difícil fue ver inválido a mi padre? Tener que cuidarlo a él cuando él debía estar cuidando de mí. Mamá no es la única que ha sufrido, Néstor. Ella perdió un esposo, ¡yo perdí a dos padres!* —*estoy fuera de control*—. *¡Pero yo no huí!* —Ahora estoy gritando todo lo que he reprimido tantos años—. *¡Yo no me largué a la primera oportunidad que tuve!* *¿Quieres que comprenda a mi madre? ¡Bien, lo haré!* *¡Pero háganme el favor de comprenderme a mí también!*

—Oliver...

—*¡Me largo!* —No me voy a quedar a cenar.

—Oliver, es tu madre.

—*¡No la defiendas! ¡Deja de una buena puta vez de facilitar las cosas para ella! ¡La vida no es fácil, Néstor! ¡Que alguien se lo diga! ¡Porque hay problemas más graves que sodas azucaradas y que falten portavasos en una mesa!*

Hago a un lado a Néstor y camino hacia la sala buscando la puerta de salida. *Tengo que largarme de aquí.* Pero no lo tengo fácil. Mamá está ahí, sentada en un sofá de la sala, y también está esperándome.

Es imposible que no me haya escuchado.

—¿Ya te vas, Oliver? —me pregunta, cabizbaja.

—Nunca debí venir.

—¿Por qué dices eso? —rompe a llorar.

—Sólo mírame, mamá —Ella me mira. Sus ojos marrones están llenos de lágrimas—, arruiné tu cena, y traje lo malo de nuevo a tu vida.

—No digas eso, Oliver —suplica.

“... *pídele una disculpa.*” No, no quiero verme hipócrita.

—Mejor sigamos comunicándonos por teléfono —digo antes de abrir la puerta e irme.

24

—Se supone que era una cena para conocer a *su* familia, pero ahí también estaba la hermana y los padres de su esposo. Fue incómodo.

Estoy sentado en la sala de Andrea con la cara entre las manos, sintiéndome jodidamente mal.

—Te entiendo.

—Pero no debí decir las cosas que dije.

—Ya has dicho veinte veces eso —ella coloca su mano sobre mi espalda—. Pero no lamente haberles dicho cómo te sientes. Tarde o temprano ibas a mostrar tu resentimiento, y aunque eso no es bueno, es mejor que lo hicieras hoy, con palabras, y no más adelante, hiriéndola con desaires o... qué se yo...

—Me siento tan... No la odio. No es como si quisiera que les suceda algo malo. Pero me siento tan...

—¿Traicionado?

—No es justo, Andrea. ¿Por la vida de otras personas parece ser perfecta en comparación a mía?

—Lo mismo podrían decir otras personas al compararse contigo. No te juzgues tan mal —me abraza—. Si lo que quieres es una familia y alguien con quien contar... —toma mi mano para sostenerla entre las suyas—. Cuenta conmigo ahora.

• • •

En la Preparatoria ya no somos tema de conversación porque hay un nuevo escándalo. Al parecer el ex novio de Karla filtró en Facebook fotos de ella. Fotos de ella... desnuda.

Eso tiene mal a Andrea.

—Pobre Karla.

—Ella te acosa —estoy molesto de que sienta pena por ella.

—Porque Joseline le pide que lo haga.

Andrea está segura de que Joseline es quién está detrás del acoso que ella recibe vía redes sociales y aquí en el instituto, pero no quiere acusarla con la señora Di (que además de ser la directora es mamá de Joseline), porque no quiere dar más problemas y, además, no tiene pruebas. Sólo acepto como justificación lo de las pruebas.

—¿Podemos visitar a Karla?

—Andrea... —No puedo creer que me esté pidiendo esto.

—Por favor.

Karla no vino ni ayer ni hoy al instituto, pero Andrea una vez más me sorprende al pedirme que la visitemos.

Sin embargo, en casa de Karla, su mamá se muestra molesta y no nos permite entrar:

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta a la defensiva.

—Los dos somos compañeros de Karla en la Preparatoria.

—Lárguense. Ella no quiere ver a nadie.

—¿*Quién es, mamá?* —escuchamos que pregunta la voz llorosa de Karla.

—Díganme sus nombres —nos pide la señora Sainz.

—Andrea Evich y Oliver Odom.

Después de eso la señora Sainz nos cierra la puerta en la cara.

—Suficiente. Vámonos —apremio a Andrea. Estoy molesto por ese recibimiento.

—No, esperemos un poco más.

La señora Sainz no tarda en volver a abrir la puerta. —Pide que sólo entre Andrea —informa.

Andrea me mira y le hago un gesto indicándole que estaré bien. La verdad es mejor que sólo entre ella.

Espero dos horas afuera hasta que Andrea me indica que también puedo entrar.

—Está un poco sensible. Por favor tenle paciencia —me pide.

¡Já! Ella no tuvo consideración de mi cuando me encerraron en el Salón de computación.

Karla está recostada sobre su cama, viste una enorme y desusada pijama, y tiene los ojos cerrados. Tiene el semblante de una persona que ha estado llorando un largo rato.

—Hola, Karla —saludo, prudente.

Despacio abre sus ojos. —Gracias por venir, Oliver —dice.

Así no das tanto miedo.

—El tiempo que he estado hablando con Karla —dice Andrea, preocupada— me platicó que Joseline tiene un nuevo plan para hacernos daño.

Bien, de acuerdo, pero estoy cabreado ahora.

—¿Y ella sólo te lo platicó porque viniste a visitarla y no le quedó otra opción? —digo, señalando a Karla.

—Oliver...

—No, Andrea. ¿Qué si no le hubiera pasado *esto*? ¿Ella hubiera dejado que te sigan haciendo daño otra vez? ¡Sí! Porque, por lo escucho, era parte del complot.

—Oliver, por favor...

—Déjalo que siga, Andrea —solloza Karla—. Él tiene razón.

—Karla...

—Pero te juro que lo lamento tanto —Karla llora ahora.

Andrea coloca su mano sobre la mano de ella. *Okay, me siento un poco canalla ahora.*

—Todo va a estar bien —intenta consolarla.

—Quiero morir.

—Yo sé que es difícil, pero vas a salir adelante. Lo prometo.

—No, no puedo.

—Yo te voy a ayudar.

Siento la necesidad de disculparme: —En verdad lamento lo que te pasó, Karla. Lamento hablarte así. Pero si lo hice fue porque tengo que ver por el bienestar de Andrea.

—No. No. Está bien, Oliver. Me lo merezco. Yo no sabía —dice—. Yo no me daba cuenta del mal que estaba haciendo. Por eso quiero que sepan que Joseline está detrás de todo.

Andrea también llora ahora. ¿Qué hacer ahora?

—Ella siempre le ha tenido envidia a Andrea —dice Karla, refiriéndose también a Joseline—. Nos contó del escándalo del video recién sucedió, cuando Andrea todavía no se había mudado aquí.

—Yo antes vivía al otro lado del país —me aclara Andrea.

—Pero cuando se enteró que Andrea se mudaría aquí, se puso histérica —continúa Karla—. Ella odia vivir bajo la sombra de Andrea. Le enloquece que cuando venía a visitar a la señora Di, los chicos que ella quería, invitaban a salir a Andrea a salir. Por eso cuando Andrea se mudó, contactó a Sebastián.

—¿Qué? —No puedo creerlo.

—Y no permitió que Andrea encontrara paz al mudarse a este lugar.

—Eso fue hace un año —dice Andrea.

—¿Joseline está en contacto con el idiota que te hizo esto? —pregunto a Andrea.

Ella se encoge de hombros. —Eso creo.

—Son amigos en Facebook —dice Karla, como si le acuchillaran. Supongo que para ella también debe ser difícil confesar esto—. Joseline le informa todo lo que hace Andrea.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tampoco lo entiendo —dice Andrea—. Terminé con él hace casi dos años. Él se encabronó, y por eso divulgó el video —solloza—. Él antes dijo que lo había borrado.

—Andrea...

—Oliver, te juro que no sé por qué lo hice...

—Porque lo amabas y confiabas en él —termina por ella Karla.

Otra vez me siento enfermo. Pese a que me prometí apoyar a Andrea, me cuesta. También debo aprender a vivir en medio de esto.

Andrea abraza a Karla —Te prometo que todo va estar bien.

—He recibido mensajes de odio en mi teléfono. Mis vecinos me miran mal.

Sé que Andrea habla con la voz de la experiencia. —Ya pasará.

—Sospecho de Joseline, Andrea —lamenta Karla—. Ella es muy amiga de mi ex. Y estaba molesta conmigo porque no me alejé de un chico que a ella le gusta.

—No puede ser tan cruel —Andrea no lo puede creer.

Yo sí. Mi opinión de Joseline es que es algo así como la versión femenina de Freddy Krueger.

—Puede. Y seguirá haciendo daño porque ahora tiene claro que para una persona la reputación lo es todo. Ella primero te destruyó a ti. Ahora a mí. ¿Quién sigue? ¿En qué momento va a parar? ¿Ahora qué hará? ¿Estafar? ¿Robar? ¿Matar?

—Hay que detenerla —digo.

—Pero no tenemos pruebas.

—Por eso le pedí a Andrea hablar de algo más contigo, Oliver —dice Karla—. Tú tienes que ayudarla.

Andrea esconde de mí su cara ahora.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupado.

—Cuéntale, Andrea.

—¿Qué me tiene que contar? —pregunto, un poco alarmado.

—Es que... —dice prudente Andrea.

—¿Qué? —insisto.

—Dile, Andrea.

—Derek me está acosando.

25

Andrea tuvo que rodearme para que no fuera a coger del cuello a Derek, y ahora Karla insiste en que debemos esperar.

El plan de Joseline inició pidiéndole a Chris mostrarle el video de Andrea a Derek, que resultó ser un cerdo pervertido y se hizo amigo de Chris.

Después, Derek ofreció a la señora Di estar pendiente de Andrea, e incluso, por el bien de ella, sugirió apoyarle dos horas después de clases los martes y jueves. Pero no tardó en empezar el acoso. A este punto Derek ya le insinuó a Andrea que quiere ser amigo de ella.

El propósito de Joseline es simple, porque ella ni siquiera está de parte de Derek: Ella quiere un nuevo escándalo, para que Andrea se vuelva a mudar.

—Joseline está enferma de odio —dice Karla—. Ella piensa que Derek logrará persuadir a Andrea de enredarse con él, si él la chantajea con distribuir el video en más sitios en la red. Joseline quiere grabarlos cuando estén en algún motel, y hacer llegar el video a la televisión local para que la noticia se distribuya tipo: *Profesor se enreda con una alumna*. No le importa Derek. Sólo quiere que Andrea no pueda con la presión y se vaya a otro lugar.

¿Con qué tipo de psicópatas comparto el salón de clases?

—Está loca —digo, apretando los dientes.

—Pero tenemos que ir un paso adelante de ella. Grabemos a Derek acosando a Andrea.

—¡De ninguna manera! —exploto.

—Oliver, por favor escucha Karla —me pide Andrea. Pero estoy cabreado con ella por decirme esto hasta hoy.

—Oliver, pero necesitamos pruebas —insiste Karla.

—¿Para también hacerlas llegar a la televisión local?

—No. A la señora Di y a la policía. De lo contrario nadie nos creerá.

Camino de un lado al otro. —No.

—Entonces, ¿qué hacemos, Oliver? —pregunta Karla.

—No volverás a reunirte con Derek —digo a Andrea.

—Pero de esa forma no vamos a detener a Joseline —dice Karla—. Y nadie nos va a creer lo cerdo que es Derek.

—¿Tu Di no te creería?

—Ella tal vez sí —dice Andrea—, pero no la policía. Sería su palabra contra la mía. Ya viví eso con Sebastián.

Sebastián. Otro que también quiero matar.

—La señora Di lo hará echar —dice Karla—, pero no dudes de que se irá a hacer daño a otro lugar. Puede que incluso siga acosando a Andrea.

Paso ambas manos por mi cabello. —No puedo verlo hacerte eso.

—Sólo grabemos unos segundos —insiste Karla.

No sé si sus ansias de hacer esto se deben a que quiere ayudar a Andrea, o que quiere vengarse de Joseline. Igual no me importa. Yo sólo quiero proteger a Andrea. Pero, ¿no hay otra manera de detener a Derek?

—Está bien —cedo, después de pensarlo un largo rato—. Pero sólo vamos a grabar cinco segundos. Después lo mataré a patadas.

• • •

Después de organizarnos con Karla, llevo en coche a Andrea a su casa. Pero en todo el camino no le dirijo la palabra. ¿Por qué no me dijo? Su justificación es que no quería preocuparme cuando ya tenía encima el luto por la muerte de papá y los problemas con mamá. Pero me siento engañado y frustrado.

—No te enojés conmigo, Oli —me pide.

—¿Qué si Karla no te hubiera dicho que Joseline está detrás de lo que está haciendo Derek? ¿Qué si él te hubiera hecho daño ya?

Andrea limpia ella sola sus lágrimas. —No te quería preocupar más.

—También quiero saber dónde vive Sebastián.

—No. Él es malo.

—¡Pues cuando se trata de defenderte yo soy peor!

—No, por favor —dice, rogando.

Estaciono el coche a un lado de la calle para no discutir mientras conduzco

. —Yo sólo quiero que dejen de hacerte daño, Andrea —digo, molesto—. Pero no puedo hacer nada si no hablas de esto conmigo. ¿Hay alguna otra cosa que no sepa?

—Es que...

Hay más.

—Andrea...

—Yo preferiría que...

—¡Dime!

Ella se encoge de hombros. —Las amigas de Rebeca Curly me envían mensajes ofensivos, y ya me agredieron físicamente dos veces.

Golpeo con mis puños el timón del coche. —¿Y cuándo pensabas decírmelo?!

—No quería que enojaras con Beca.

—¡Tú eres mi novia, no ella!

Andrea mira el suelo. Me he dado cuenta de que siempre hace eso cuando cree estoy enojado con ella. Y ahora deja que le grite. ¿Por qué deja que le grite? Esto no está bien.

—No llores —le pido—. Ven —la atraigo a mí para abrazarla.

—Sólo he traído más problemas a tu vida.

—Eso es bilateral —digo, rodando los ojos—. Yo también he traído más problemas a la tuya.

—Lo lamento tanto.

—Deja de disculparte, ¿quieres? Y no vuelvas a permitir que te grite.

—Me lo merezco.

—No.

—Eres tan bueno conmigo. Me abrazas. Me besas. Abres la puerta del coche para mí. Me regalas flores.

—Eso es lo que cualquier hombre debería hacer por ti.

—No, Oliver. Yo no merezco eso.

—Andrea —le pido que me mire a los ojos—, *todas* las mujeres merecen que un hombre haga eso por ellas.

—Pero yo...

—Sin excepción.

—Es que...

—Basta —No me había dado cuenta de cuan afectada está—. Aunque no quieras voy a hablar con tu mamá.

¿Andrea visitó alguna vez a algún psicólogo? A mí me obligaron a citarme con uno cuando recién sucedió lo de papá. En su momento me ayudó mucho.

Mi teléfono móvil vibra, pero lo ignoro. No quiero alejar ni un centímetro de mí a Andrea. No obstante, el teléfono no para de vibrar. Finalmente me obliga a dejar de ignorarle.

Es Byron.

—¿Qué pasó?

—Oliver —Por su tono sé que algo malo sucede—. Algo pasó. Necesito que vuelvas a casa cuanto antes.

Y una mierda. —Espera, no cuelgues. Dime ahora qué sucede ¿Dónde estás?

Lo escucho tragar saliva. —Por teléfono, no.

—¡Byron! —Andrea también se pone en alerta.

—Llamó el suegro de tu madre.

¿Qué?

—¿Y qué dijo? —Estoy asustado ahora—. ¿Byron?

—Néstor llevó a cenar a tu madre — *Que mamá esté bien, por favor*—. La hermana de él se quedó encargada de los niños, y para distraerlos cogió el coche y los llevó al centro de la ciudad. De regreso a casa el coche tuvo un accidente. Murió la hermana de Néstor y también la niña —dice, preocupado—. De verdad lo siento, Oliver.

Lucy.

26

Me está lloviendo sobre mojado.

Hay momentos en la vida en los que todo se complica. Y cuando crees que no te puedes hundir más ¡BAM! La vida te obliga a avanzar de rodillas.

¿Qué falta, Jesús? ¿Zeus? ¿Supremo Kaiosama? ¿Superman? Quién esté en el cielo mirándome.

—¿A qué está jugando Dios? —pregunto a Byron.

—Ajedrez, como siempre.

—¿Por qué permitió que Lucy muriera? —me siento cabreado con Dios. Aunque últimamente me siento cabreado con todos.

—Espera un segundo. ¿No eras ateo?

—Sí, pero no hay a quien más echarle la culpa de lo que sucedió.

—Oh. ¿Y sólo vas a responsabilizar a Dios de las cosas malas? —no quiero un sermón ahora.

—¿A quién si no?

—No eres justo.

—¿Qué no eras ateo tú también? —jaque.

—Ya no —dice Byron apenado—. No me gusta sentirme solo.

Porque creer alivia. Necesito una almohada para mis penas.

Esta es la conversación más extraña que hemos tenido en mucho tiempo Byron y yo. Los dos estamos en el funeral de Lucy. A mí además me tocó consolar durante toda la noche a mamá.

Si me veo como me siento, pronto también me van a tener que sepultar.

Mamá no regresó a su casa después del sepelio. Nos pidió a Byron y a mí quedarse algunos días en casa para alejarse un tiempo de Néstor, pues por alguna razón culpa a la familia de este de la muerte de Lucy. Byron y yo la aceptamos.

Mamá terminó de mudarse hoy por la tarde y trajo con ella a Douglas. Le presenté a Andrea y no tardaron en caerse bien. A mamá incluso la animó un poco mostrar a Andrea mis fotos cuando era bebé. Tuve que escucharlas cuchichear de lo hermoso que me veía gordito y rosadito. Después

continuaron con las fotos de mis primeros pasos, el pre-escolar, y así, hasta que acabaron con toda mi dignidad. Pero me dio gusto que Andrea me ayudara a animar a mamá.

Querido diario,

La mamá de Oliver me pidió que, por su bien, me aleje de él.

Andrea.

• • •

—¿Desde cuándo conoces a Andrea? —me pregunta mamá.

—Va a la Prepa conmigo.

En la voz de mamá hay un dejo de preocupación. —Helen Martín y Dina Curly me fueron a visitar el otro día.

—¿Helen Martín y Dina Curly?

La segunda es la mamá de Beca.

—Están en el consejo de padres de familia.

Me temo que ya sé sobre qué quiere hablar mamá. —Mamá...

—Me dijeron lo de Andrea.

—Ellas no tienes derecho a juzgar a Andrea. Nadie tiene derecho a juzgar a Andrea.

—Se que la quieres, hijo, pero...

—¿Pero? —Me pongo a la defensiva. *No peleemos otra vez, joder.*

—Tengo miedo de que te haga daño.

—Mamá, hace un rato conviviste con ella. ¿Qué más necesito hacer para mostrarte lo buena que es?

—Oliver...

—Dile a Helen Martín y a Dina Curly que husmeen dentro de su propio trasero.

Superman:

¿Qué hay?

Andrea tardó en contestar.

LexLuthor:

¿Qué hay?

Superman:

Gracias por animar a mamá.

LexLuthor:

J

Superman:

¿Todo bien?

¿Cómo estás?

LexLuthor:

Bien.

¿Por qué está tardando tanto en responder?

Superman:

¿Segura?

¿Desayunamos juntos mañana? Podemos ir otra vez a IHOP J

LexLuthor:

Desayunaré con mamá mañana.

Superman:

Ok...

Oye, mañana es jueves. Te toca tutoría con Derek.

Llamaré a Karla para ponernos de acuerdo y acabar con eso mañana mismo.

LexLuthor:

Ok.

Superman:

¿Segura de que estás bien?

LexLuthor:

Sí.

Querido Diario:

No quiero recordar, pero parece ser necesario para no repetir errores. CATARSIS. Al menos hoy.

Karla tuvo razón al decir que si acepté hacer lo que “hice”, fue por “amor” a Sebastián. Confiaba en Sebastián a pesar de que él no era del agrado de papá, mamá y mi hermano. Todos veían lo imbécil que es Sebastián. Todos, menos yo. ¿Por qué yo no? ¿Por amor? Pero, ¿qué es el amor? Hoy puedo asegurarte que lo que alguna vez sentí por Sebastián no fue amor. Fue capricho. De eso estoy segura ahora que conozco a Oliver.

Sebastián era el chico más popular. Yo era la chica más popular... y también la más idiota. Acosaba a otras chicas. Humillaba a algunos chicos. Muchos que hoy me recuerdan a Oliver. Porque la Andrea de antes jamás hubiera notado a un chico lindo como Oliver. La Andrea de antes quería al “mejor” según sus estándares. ESTÁNDARES. Me hacía sentir orgullosa que las chicas envidiaran mi larga cabellera, que junto a mí se sintieran feas...

Estoy llorando mientras escribo esto.

Yo era engreída, diario. Y elitista. Por eso y más, muchos y muchas, aplaudieron mi caída.

El día que supe que los alumnos de mi antiguo instituto se estaban reenviando un correo electrónico que tenía un enlace al vídeo que grabé con Sebastián, morí. Empezaron a acosarme. Me llamaron Perra, Zorra, Puta... Tuve que bloquear a más de mil “amigos” en Facebook y cerrar mi vieja cuenta. Me llamaban por teléfono. Me arrojaban cosas a la cara. Pintarrajearon con aerosol mi casa. Me golpearon, me ridiculizaron, me segregaron...

Pero lo peor fue la reacción de papá.

Cuando papá supo lo del vídeo entró a mi habitación fuera de sí y me cogió del cabello, y me golpeó. Mamá tuvo que intervenir para detenerle. Pero él me gritó “¡Eres una cualquiera, Andrea!” Y antes de irse me arrojó a la cara sus lentes, “No te los quites, no quiero que allá afuera te reconozcan”, dijo.

Después de eso yo misma me corté el cabello. Empecé a vestirme con ropa holgada... Incluso cuando había calor no me quitaba la cazadora.

Y me repetía que todo esto me lo merecía. Porque muchos me hicieron sentir que lo merezco.

Un día, de pie en la orilla de nuestra azotea, intenté enumerar al menos cinco razones para no arrojarme y seguir viviendo.

1. Con mi muerte le haría daño a mamá. Y ella no se merecía eso.

2. *Le haría daño a papá. Porque sé que a pesar de todo él me quiere.*
3. *Con mi muerte también le haría daño a mi hermano.*

Y no tenía más razones.

Pero me obligué a seguir.

Me encerré en mi habitación. No quería salir... Decidí enfrentar al mundo de esa manera.

Hasta que un día mamá me informó que nos iríamos lejos. Sentí un poco de esperanza.

Iba a iniciar una nueva vida.

Pero cuando vine, Joseline se encargó de que aquí me esperara otro infierno. No peor que el anterior, pero casi.

Lo soporto todo por mamá. No quiero tener que decirle que necesito mudarme otra vez.

No cuando ella dejó a papá por mí. Y también dejó a mi hermano, que dijo que no quería estar aquí porque se siente avergonzado de mí.

Por eso cuando digo que soy basura, lo digo en serio. Eso es lo que siento.

Pero todo es mejor con Oliver cerca.

No recordaba quién era yo hasta aquella tarde que sentí la necesidad de hacerlo feliz.

Porque él merece ser feliz. Sin embargo, su mamá considera que lo será más alejado de mí. Y yo quiero que él sea feliz.

Andrea

27

La palabra de seguridad es “pudding” (Idea de Karla)

No sé qué está pasando ahí dentro, pero me puedo dar una idea por lo que dice Andrea.

—¿Necesita otro lápiz, señorita Evich? —pregunta Derek.

—No, señor. Estoy bien con este.

—Dime Derek. ¿No les he dado la suficiente confianza para que me tuteen? —la voz de él tiene un dejo de complicidad.

Lo voy a matar.

—Pero no es correcto —Andrea se escucha nerviosa.

—Voy a entrar —le digo a Karla. Estoy desesperado.

—No, lo arruinarás —me amonesta ella—. Andrea todavía no ha dicho la palabra de seguridad. Todavía se siente capaz de manejar a Derek.

Los dos estamos escuchando detrás de la puerta del salón en el que Andrea está a solas con Derek.

—Tal vez está asustada —digo.

—Sólo un minuto más, Oliver.

—Me gusta tu cabello. ¿Ya te había dicho eso? —escucho ronronear a Derek.

Estoy decidido a entrar, pero Karla me detiene una vez más.

Ahora escucho besos. ¡Al diablo con esto!

—Sólo un poco más —intenta detenerme Karla, pero ya no puedo más.

—¡Basta! —escucho gritar a Andrea—. ¡Odio su olor a Pudding!

—¿Pudding? —pregunta Derek, sin entender.

¡La palabra de seguridad! Enfurecido abro la puerta. Derek está intentado besar a Andrea, pero se detiene al verme. Ahora se está cagando del miedo. Yo me apresuro a golpearlo.

—¡Oliver, no! —grita a Andrea, mientras Karla corre por la videocámara que ocultamos dentro del salón—. ¡Karla, llama a la policía! —pide.

Mi objeto es retener a Derek para que no escape del lugar, y vamos, ¿por qué no? también lo quiero golpear.

Y eso es lo que hago hasta que la señora Di nos encuentra forcejeando.

Querido diario,

Tía Di entregó a Derek a un inspector que prometió protegerme durante la investigación. Sin embargo, tuve que declarar y mamá presentar una acusación formal por acoso sexual.

Me siento mal por no haber dicho a nadie esto antes. Todos me están acusando de “dejarlo pasar”. ¿Por qué no comprenden que lo hice porque no quería dar más problemas? Y porque Derek me decía que me lo merecía, y que no era su culpa, porque yo lo provoqué.

No sé qué habló Oliver con mamá, porque cuando regresamos a casa ella platicó conmigo sobre que sería bueno ir a terapia.

¿Oliver piensa que estoy demente? L L L

Oliver es otro tema que me quita el sueño. No sé qué hacer. Magda no fue cruel conmigo, fue honesta. Dijo que él merece más que problemas. Mis problemas. No la juzgues porque ella me trató mejor de lo que merezco.

La relación de Oliver con su mamá es complicada ahora, por eso siento que si le digo lo que me pidió ella, se enojará. Y ¿quién soy yo para alejarlo más de su mamá?

No sé qué hacer... Quiero llorar.

Estoy luchando contra la necesidad de quedarme con él, y el sacrificio de irme lejos. Porque después de lo que sucedió con Derek, mamá se dio cuenta de que otra vez sufro acoso, y piensa que sería bueno irnos otra vez. Incluso ya habló con la abuela y tía Su para que nos permitan mudarnos con ellas a Ontiva.

¿Oliver me permitiría marcharme? No lo creo. Él siente que debe cuidarme. Es tan bueno. Cuidó durante años de su papá, y ahora está convencido de hacer lo mismo conmigo. ¿Eso es malo?

Yo me siento amada, necesitada y protegida cerca de él, pero eso es egoísta. Le hago daño.

¡NO SÉ QUÉ HACER!

Él no me permitirá alejarme, y yo no podré ver a los ojos a Magda si decido quedarme.

Andrea

Querido Diario,

Por ser fin de semana, Oliver me buscó para que salgamos, pero me negué. Él no insistió porque cree que se debe al shock por lo sucedido con Derek, y en parte tiene razón... Pero no del todo.

TENGO EL CORAZÓN ROTO. MUY ROTO. Las palabras de Magda dan vueltas en mi cabeza: "Por favor, aléjate de Oliver, Andrea. Él necesita recuperar su vida lejos de escándalos y problemas. Sé que eres una chica simpática y bella, pero si eres honesta, y tienes un poco de respeto hacia ti misma y hacia el amor que siente mi hijo por ti, aléjate."

No paro de llorar.

¿CÓMO?

¿Cómo me alejo de él?

¿Cómo lo alejo de mí?

¿Cómo sin dejar en el suelo dos corazones rotos?

Andrea.

Querido diario,

Karla está deprimida porque en el vídeo que está usando la policía como prueba del acoso de Derek, no inculpé a Chris y a Joseline; e insiste en que ella me puede ayudar a obtener alguna otra prueba en contra de ellos dos. El problema es que esta vez el plan incluye a Sebastián.

Karla dice que puede intentar acercarse otra vez a Joseline y “planear una nueva trampa” en mi contra, en la que atraerán a Sebastián para que nosotros hablemos. La conversación será grabada y posteriormente usada como prueba por Karla.

No lo sé. Simplemente no lo sé.

No quiero ver a Sebastián otra vez.

Andrea.

Querido diario,

Lo estuve pensando, y creo que ya sé cómo alejar a Oliver de mi lado. Puedo hacerle creer que volví con Sebastián y de esa manera conseguir que se decepcione de mí. Puedo hacer que me odie por eso.

He visto miles de veces que eso funciona. Porque en realidad no es nada nuevo. Es la artimaña que han utilizado durante generaciones otras mujeres con mejores o peores intenciones que yo.

Andrea.

Querido diario,

NO PUEDO. Estoy llorando.

No puedo hacerle eso a Oliver.

¿Cómo pude si quiera considerar romper su corazón? No es justo para él. Él es bueno. Él no merece eso.

Él abraza y besa mis heridas. PERO YO NO LO MEREZCO.

Si él se decepciona de mi lo lastimaré, y quizá hasta arruinaré la confianza que siente ahora en sí mismo.

Tengo que pensar en otra cosa.

Andrea.

Querido diario,

Le dije que sí a Karla. Ella se reunirá con Joseline para hablarle del nuevo plan.

Lo que no sé es si informar o no de esto a Oliver. No lo quiero lastimar, pero sé que él no me permitiría acercarme otra vez a Sebastián.

Andrea.

Querido diario,

Sebastián está estudiando en una universidad a 200 KM de aquí. Sin embargo, en contra de mi buen juicio, lo llamé y le insinué que quería que viniera... para “hacer las paces”. Y vino. El plan de Karla está funcionando.

Aunque yo, en el fondo, no quería que funcionara.

Sebastián me dijo al menos cien veces que se arrepiente, que me quiere. Quiere que lo perdone y que regrese con él. ¿Puedes creer eso? Pero yo le hablé de Oliver. Ahora está enojado con Oliver y lo quiere conocer.

A la mierda con Sebastián.

Porque perdonarlo no es una posibilidad. Eso lo tengo claro. Sólo hago esto como parte del plan. Incluso le dije a Karla que en nuestro próximo encuentro nos voy a grabar, porque ya NO MÁS. No quiero seguir planeando y planeando y encontrarme más veces innecesarias con Sebastián. Simplemente quiero acabar con esto ya.

Andrea.

28

—Por favor, dime qué te pasa.

Andrea no dice nada. Lleva dos semanas siendo cortante y distante. Al principio creí que se debía a lo que pasó con Derek, y hasta consideré la posibilidad de que él si le hubiera hecho algo o alguien cercano a él la estuviese chantajeando, pero no. Sé que hay algo que no me ha contado.

Ya hablé con Beca, y le exigí que sus amigas dejen en paz a Andrea. Sin embargo, ella negó que la estuvieran acosando. Beca nunca me ha mentado, pero supongo que siempre hay una primera vez, porque tampoco tengo motivos para dudar de Andrea.

—¿Qué pasa? —insisto.

Es viernes y otra vez Andrea se niega a que la lleve a su casa.

—Sólo quiero estar sola.

—¿Qué va mal? ¿Hice o dije algo que te molestara?

Ella niega con la cabeza. —Sólo necesito espacio.

Y se fue, dejándome hablando solo.

No contesta mis mensajes o mis llamadas, sólo parece querer alejarse de mí. ¿Por qué?

• • •

*Si vas hoy a las cinco de la tarde a casa de Andrea e-Bitch,
la encontrarás de zorra con su ex novio Sebastián.*

Recibí ese mensaje de texto de un número telefónico que desconozco. Y quise enviárselo de inmediato a Andrea, pero... No debería estar dudando de ella, pero que últimamente se esté comportando rara me pone en estado de alerta.

Estoy enfermo de celos ante la posibilidad de que Andrea se esté encontrando con Sebastián. No quiero creerlo. ¿Se está encontrando con Sebastián? Ahora, en parte, comprendo a esos hombres que al llegar a casa y encontrar con otro a la mujer a que aman, los asesinan a ambos. De acuerdo, estoy exagerando, pero de verdad me siento ENFERMO de celos. Siento asco y miedo.

¿Andrea me haría eso? ¿Sería capaz de traicionarme con Sebastián?

Sebastián = el idiota que arruinó su reputación.

Estoy dando vueltas por toda mi habitación... pensando. Voy a ir. Y si no hay nada, y si no pasa nada, simplemente voy a tomar esto como una mala broma, e intentaré hablar otra vez con Andrea para saber qué le pasa.

Querido diario,

Sebastián vendrá hoy. Con Karla preparamos un guión. Estas son las preguntas que debo hacerle:

- 1. ¿Por qué nunca borraste el video?*
- 2. ¿Por qué me intentaste chantajear con el vídeo y lo difundiste cuando terminamos?*

Y él debe aceptar que es culpable.

- 3. ¿Has obtenido dinero con el video?*
- 4. Necesito que me confirmes si Joseline fue, y si aún es tu cómplice.*
- 5. ¿Conoces a Chris Moran?*

Las preguntas no deben ser literales, las debo de mezclar entre promesas de que necesito su sinceridad para poder perdonarle.

P.D.

Mamá viene esta noche a casa, le diré que no soporto la presión por lo de Derek y que necesito mudarme otra vez.

Andrea.

• • •

Mi mano está temblando cuando toco el timbre de la puerta de la casa de Andrea. Ella se sorprende al verme, pero me deja pasar. Supongo que eso es buena señal. Son las cinco de la tarde, por lo que ya debería de estar dándome de golpes con Sebastián.

Me quedo en la sala a solas con ella, pero insiste en ser cortante y distante.

—Tienes qué decirme qué sucede.

—No sé a qué te refieres.

—¿Ya no me quieres?

No me está mirando a los ojos. —Es mucho más complicado que eso, Oliver.

—Explícame entonces.

Tarda un poco en responder. —Creo que necesito un nuevo comienzo.

Por alguna razón mi corazón empieza a desgarrarse cuando dice eso.

—¿Y no me incluyes a mí en tus planes?

—Eres demasiado bueno para eso —Sigue sin mirarme cuando habla.

—Haz el favor de si quiera mirarme, Andrea.

Lo hace.

—Quiero que terminemos.

Querido diario,

Karla tenía razón. Joseline advirtió a Oliver que Sebastián estaría a las cinco de la tarde en mi casa, por lo que fue astuto de nuestra parte citarle tres horas antes.

Hoy terminé con Oliver. Cuando se fue corrí a mi habitación y desde entonces he llorado a mares.

Andrea.

• • •

Terminó conmigo.

Y su única justificación fue que necesita tiempo y espacio. Ni siquiera quiero hablar de eso. Para mi es demasiado doloroso si quiera pensar en ello.

¿Por qué Andrea? Pensé que estábamos bien.

—Oliver, te buscan —toca a mi puerta mamá y me sorprende.

¿*Qué rayos?* —¿Quién?

—Una chica.

¿Será Andrea? Lo dudo. Porque si fuera ella mamá hubiera dicho *Oliver, te busca Andrea.*

Salgo de mi habitación acomodando el cuello de mi camisa.

En la sala me espera Beca.

—Murió —me dice sin preámbulos.

No tiene que aclararme quién.

—No puede ser —digo, sintiendo un golpe en mi pecho. Es sólo que no lo quiero creer.

No usted, señora Pratt. No usted. ¿*Por qué todos están muriendo?*

—Ella te amaba, Oliver —solloza Beca.

Me dejo caer en el sofá frente a ella y hundo mi cabeza entre mis manos. —Lo siento tanto, Beca. Yo...

—Intenté llamarte hace un rato —dice—, pero no entró la llamada y no tengo el número de teléfono de tu casa.

Es que apagué mi teléfono para no tener que hablar con nadie.

—Beca...

—No tienes que decir nada, Oliver —dice, con actitud distante—. Sé de buena fuente lo manipuladora que puede ser Andrea y...

—No voy a hablar de ella contigo —la interrumpo.

Esta molesta conmigo desde que acusé a sus amigas de acosar a Andrea.

Sus ojos verdes se tornan cristalinos. Mierda, quiere llorar. *No, no más lágrimas, por favor.*

—Que tengas buena noche, Oliver —se despide y huye de mí.

Bien. Eso lo mejor que puede hacer por los dos.

29

Observé de lejos el funeral de la señora Pratt, porque si me topaba con Dina Curly le reclamaría el meterse en mi vida al hablar mal de Andrea con mamá.

¿Por qué, señora Pratt? ¿Por qué su asignación de parejas para la clase de Español cambió tanto nuestras vidas? ¿Por qué tomó esa decisión? Nunca lo sabré.

Era mi mejor amiga. Fue por mucho tiempo la única amiga que tenía. Y ahora también se ha ido.

Cuando la tumba de la señora Pratt está sola me acerco a hablarle. Llevo en mis manos un ramo de rosas blancas.

Y manera de despedida, leo para ella *Quién muere* de Pablo Neruda, porque sé que amaba la literatura.

“Muere lentamente quien se transforma en esclavo del hábito, repitiendo todos los días los mismos trayectos, quien no cambia de marca, no arriesga vestir un color nuevo y no le habla a quien no conoce. ...”

• • •

Ahora todo parece más silencioso, triste y oscuro. Ya dije que Andrea era una canción en replay en mi vida, y ahora que se fue siento que ya no tengo ritmo.

La extraño tanto.

Hasta que estuve en una relación comprendí lo necesario que es contar con alguien. Y aunque todavía es difícil para mí, intento comprender por qué Néstor es importante.

Llegó la hora de enmendar eso.

Desde que mamá se mudó aquí la camioneta de Néstor aparca en la esquina de nuestra calle. Sin embargo, él no ha intentado acercarse a hablar conmigo o con mamá. Pero hoy decidí ir a hablarle.

—Sé que eres tú, Néstor —digo, dando golpecitos al vidrio de su coche.

Néstor duda, pero finalmente baja su ventana. —Hola, Oliver —dice, con un tono de voz derrotado.

—Así que estás vigilándonos.

—No quiero estar lejos de Magda y Douglas por si llegaran a necesitar algo.

Juro que me enferma la condescendencia de este tipo, pero he decidido callarme por el bien de mamá. *Oye, Néstor, tú eres el verdadero Superman.*

—¿Por qué no intentas hablar con ella?

—Me culpa indirectamente de la muerte de Lucy.

Aún no entiendo por qué. —Pero fue un accidente.

—Ella dice que esa noche pudimos llevar a los niños a cenar con nosotros.

Yo también pude haber estado toda la noche en vela junto a la cama de papá para vigilar que no se suicidara, pero las cosas simplemente pasan.

—Estoy seguro de que lo dijo porque no tenía a quien culpar —Como yo culpo a Dios o al resto del universo, a veces—. Pero vamos, tienen que hablar.

Néstor me dedica una sonrisa condescendiente. —No puedo creer que seas tú el que me esté diciendo eso.

—Supongo que... después de tantos años por fin nos entendemos.

¿Por fin nos entendemos?

Y bueno, después de una larga conversación, Néstor y mamá se reconciliaron.

Querido diario,

Estoy en un parque, sentada debajo de un árbol, viendo niños jugando. Hoy otra vez visité al psicólogo. Te alegrará saber que la terapia si me está ayudando.

Hace un par de sesiones me perdoné a mí misma por lo que pasó, y hoy perdoné a papá, a mi hermano, a mis amigos, a mis vecinos... a todos.

Me siento feliz. Y por alguna razón que no entiendo del todo estoy sonriendo. No sé, es como... sentirme libre. Siento que poco a poco vuelvo a ser yo. Incluso mejor. Ahora soy una mejor versión de mi misma.

Extraño a Oliver, pero también me siento bien sin él. No porque no lo quiera, sino porque comprendí que el motivo de mi felicidad debo ser yo misma, no él o alguien más. Oliver u otro chico sólo deben ser parte de mi vida, no el motivo de la misma. Porque yo debo respetarme, valorarme y amarme si quiero que alguien más lo haga. Por eso ahora siento que hice bien en alejarme de Oli. Porque, aunque sé que me quiere bien, yo aún no me siento preparada para estar con él o alguien más. Tengo un corazón que sanar.

Me gusta el silencio.

Me gusta el sonido de niños riendo.

Me gusta poder imaginar otra vez un futuro.

Ahora tengo planes, y eso se siente bien.

Andrea.

30

Ahora Andrea y Karla son las mejores amigas del universo, y por eso me siento molesto. Es decir, me alegra que Andrea tenga una amiga, pero no puedo evitar pensar que posiblemente algo que dijo Karla influyó en nuestra separación. Sin embargo, me alegra que Andrea cuente con ella. Entre las dos han organizado conferencias y talleres sobre el acoso, y ahora también tienen un grupo de apoyo.

Lo juro, me alegro por Andrea, pero no entiendo por qué no me hizo parte de eso.

La extraño.

La extraño.

La extraño.

La extraño.

La extraño.

Es en lo único que pienso desde que está lejos. Es decir, está cerca, pero al mismo tiempo tan está lejos.

Ya no se esconde detrás de sus lentes Ray-ban, y ahora se viste más normal. Y sí, me saluda cuando nos topamos en el corredor o en el salón, pero ya no somos “nosotros”. Intenté seguir con nuestro juego de dejar algo sobre el banco del otro, pero ella amablemente se negó.

¿Por qué, Dios?

Esta noche Andrea y Karla darán una fiesta. Una fiesta a la que no fui invitado. Aunque debo admitir que todo esto de la fiesta me parece raro, porque la última vez que vi a Karla no parecía estar de ánimo para dar una fiesta, y esto es algo que no haría Andrea. ¿Qué está pasando? Me pregunto eso además del por qué no me invitaron. ¿Por qué soy el ex novio de Andrea? Pero sí terminamos en buenos términos.

Debo admitir que me afecta. Por eso, decidí venir a la fiesta. Y no me importa si no fui invitado. Quiero encontrarme con Andrea. *Necesito* encontrarme con Andrea. Me niego a renunciar a ella. Tiene que haber una manera en la que pueda darle espacio y tiempo, sin que tenga que lanzarme a la mierda de nuevo.

La fiesta es en casa de Andrea. Estaciono mi coche una calle abajo.

Desde fuera la casa parece estar hecha un caos. La música hace retumbar mis oídos, la puerta está abierta y hay invitados por todos lados, de los cuales la mayoría no conozco. ¿Desde cuándo es tan popular Andrea? Es decir, popular de buena manera. ¿O popular de mala manera?

La veo salir a toda prisa de su casa y decido afrontarla.

—Oliver —dice, sorprendida.

No puedo exigirle una explicación porque ya no es mi novia. —Hola.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, preocupada.

Se ve hermosa. Se maquilló y se arregló de más hoy. Y la ropa que lleva puesta es nueva. Siento un cuchillo apuñalando mi corazón. ¿Para quién se arregló?

—Puedo irme, si quieres —digo, sin esconder cuánto me afecta escucharla insinuar que quiere que me vaya.

—Sí, es lo mejor —dice, empujándome un poco, para que regrese a casa.

De acuerdo, me siento humillado y un completo idiota ahora.

—Andrea... —intento decir algo, pero el alboroto de un lujoso Mercedes Benz estacionándose cerca de nosotros, me distrae.

—Oliver, por favor, vete —insiste, mirando de reojo el coche, pero le digo que no.

¿Qué está pasando?

Del coche sale Sebastián, el ex novio de Andrea. Lo reconozco porque he de admitir que lo investigué un poco. No obstante, por alguna razón que estoy empezando a comprender justo ahora... asumo que aquí el ex novio soy yo. Miro a Andrea exigiendo una explicación.

—¡Bomboncito! —saluda Sebastián a Andrea con un abrazo efusivo. Ella está pálida y preocupada, pero no lo aleja de ella—. Los demás chicos están estacionando sus coches al final de la calle, pero Sein y yo queremos que nos ayudes a hacer un espacio frente a tu casa.

—Sí, sí. No hay problema —dice nerviosa Andrea.

¿Oyen eso? Es mi corazón rompiéndose en mil pedazos. ¿Cómo debo reaccionar cuando está claro que Andrea volvió con *él*?

Me dejó por él. Por el tipo que la arruinó.

No quiero verlos a los dos.

Sebastián por fin nota mi inoportuna presencia.

—¿Quién es él? —pregunto odioso.

—Nadie —responde Andrea, apresurándole a entrar con ella a la fiesta.

Nadie. Ahora soy nadie para ella.

• • •

Nadie.

Nadie.

NADIE.

Preferiría beber una copa de vino, pero me conformo con un té. No quiero estar a solas en mi habitación, así que me quedo un largo rato en la cocina. Hay demasiado ruido dentro de mí. Quiero distraerme u olvidar... olvidarla a ella.

¿Nadie? Me rompiste el corazón, Andrea.

• • •

Después de la media noche finalmente decido ir a mi habitación. Enciendo la lámpara de noche que está en una mesita a la par de mi cama y la veo... es ella. Andrea. Está sentada sobre la alfombra a un costado de mi cama, está temblando, está mojada, su ropa está hecha pedazos y no tiene zapatos.

¿Qué diablos? ¿Estoy soñando?

Se da cuenta de que la estoy observando y se encoge, avergonzada.

No sé qué pensar. ¿Qué pasó? ¿Cómo entró? ¿Por qué no está con Sebastián?

Me acuclillo junto a ella tendiéndole la mano amiga que veo que necesita. Quiero golpear a quien le haya hecho esto. ¿Acaso fue Sebastián?

Andrea murmura un par de palabras, pero no consigo entender nada.

—No pasa nada —digo, acariciando su cara.

Ahora me siento culpable por haberme marchado de la fiesta sin insistir en saber qué pasa. Un momento, me fui porque ella prácticamente me echó. El recuerdo estruja mi corazón. Pero ahora está aquí, y necesitando de mí.

No me acerco demasiado para no hacerle daño. Estoy decidiendo qué hacer, porque siento que si la toco la voy a romper. Se ve tan frágil. Entre más cerca estoy de ella más llora, y eso no me ayuda a decidir de mejor manera. Pero poco a poco es ella la que se acerca. Yo la abrazo, protector.

—No pasa nada —digo.

Llora desconsolada y eso me rompe. Pero uno de los dos tiene que sostener al otro.

No voy a preguntar qué pasó. No sé si quiero saberlo y sé que ella no querrá hablar de eso.

Llora... llora... sobre mi hombro durante horas. Está sucia y huele a alcohol. ¿Me permitirá limpiarla? Libero su cuerpo de la ropa nueva ahora desecha. Ella no se resiste. Una vez más me deja poner mis manos sobre ella como si aún me perteneciera. La cargo entre mis brazos y después la llevo hasta mi bañera, ahí la acomodo sobre el hormigón blanco y abro la perilla del agua tibia. Ella tiene los ojos abiertos, pero no me mira. Parece desolada y su cara está hinchada. Le quito las medias, las bragas, el sujetador y unto mis manos con jabón, después recorro su cuerpo para limpiarlo de lo que sea que le hayan hecho. Ella cierra los ojos y se relaja un poco. Esto, justo ahora, no es diferente a cuando lavaba a papá. Y trato de ser cuidadoso para no aprovecharme de lo vulnerable que está.

Ahora Andrea está en mi cama, de espaldas a mí, pero mis brazos siguen rodeándola. Está dormida. Ha dormido prácticamente todo el día. Hace un par de horas le traje comida, pero apenas la jugueteó con el tenedor.

Te amo, pienso. Quiero que seas mi novia otra vez. Yo... quiero que vayamos juntos a la universidad y, diablos sí, algún día comprometernos, casarnos... pero, ¿tú qué quieres, Andrea?

Lo pienso un poco. Quizá lo mejor sería alejarla de este lugar, de estas personas que tanto la odian y empezar de nuevo lejos, donde nadie sepa del video y los grupos de Facebook. Parece fácil, rápido lo planeo todo en mi mente, pero tengo que aceptar que es una locura. Los dos somos menores de edad, ella tiene a sus padres y yo definitivamente no puedo abandonar justo ahora a mamá.

Diablos, Andrea, no sé cómo hacer esto fácil para ti.

• • •

Cuando despierto ella ya no está en mi cama y en ningún lugar de mi casa, y no tengo mensajes suyos en mi teléfono. Estoy preocupado.

—Oliver, ¿todo está bien? —Pregunta Byron, tocando mi puerta por segunda vez—. No has salido de tu habitación en todo el día.

—No me siento bien —miento, aunque no del todo—. Necesito descansar un poco.

Mi mente da vueltas pensando en Andrea.

—Oye, pero... —insiste Byron, nervioso— ¿sí sabes lo que sucedió en casa de Andrea?

¿Qué? Rápido me pongo de pie y le abro la puerta a Byron. —¿De qué hablas?

Byron me entrega el periódico de hoy.

Capturan a distribuidor de pornografía infantil

El hombre en la fotografía es un tipo de veintiocho años que lleva por nombre Sein.

Recuerdo que escuché el nombre Sein antes. Sebastián lo mencionó anoche como su

acompañante.

—Aquí dice que atrajeron a su banda criminal a una fiesta —dice Byron—, que, si no estoy equivocado, fue en casa de Andrea.

¿QUÉ, qué?

Entre los capturados leo el nombre de Sebastián.

—Era un plan para capturarlo —digo, más para mí que para Byron.

Y mis esperanzas y mi autoestima se renuevan como el ave fénix. Pero, ¿Por qué Andrea resultó lastimada? ¿Qué pasó anoche durante la fiesta?

Leyendo la noticia completa y, viendo los noticieros, me entero de que Sein era el cabecilla de una banda dedicada a distribuir pornografía infantil, y que dos de su víctimas —aunque sus nombres se conservan en el anonimato asumo que son Karla y Andrea— ayudaron en una macro operación policiaca que permitió su captura, y la de cinco integrantes de su banda.

Intento llamar a Andrea para hablar esto con ella, pero no obtengo respuesta.

Querido Diario:

Todo salió “bien” anoche. Por la sorpresa que vi en la cara de Sebastián al ser capturado puedo suponer dos cosas:

- 1. No imagino que yo fuera capaz de llamar a la policía y ayudarles a capturarlo.*
- 2. Ni siquiera él sabía con certeza qué estaba detrás de su “amigo” Sein.*

Porque según la policía Sein se dedicaba a “buscar medios de producción y distribución”, y quién más idiota que Sebastián para caer en su trampa y ayudarlo. Además de arrastrar con él a Joseline y a Chris.

Pero eso no fue lo único que pasó anoche. Una vez la policía se llevó a Sein y a su banda, yo me quedé sola en casa. Todo iba bien hasta que escuché el timbre... Vi por el ojo de gato que era Chris. No le iba a abrir, pero dijo “Es sobre Oliver”. Por eso abrí...

Dentro de mi casa pude darme cuenta de que Chris estaba ebrio, y forcejeamos cuando intentó sobrepasarse. Al final quebré una botella de cerveza en su cabeza. Pero eso no fue lo peor. Cuando le abrí la puerta para pedirle que se largara, a mi casa entraron en manada al menos diez chicas. Joseline entre ellas.

Me golpearon.

Me escupieron.

Me insultaron. Y dijeron que todo empeoraría para mí si no me largaba de la ciudad.

¿Por qué Joseline me odia tanto?

¿Por qué ve en mí a una enemiga?

¿Por qué a pesar de los castigos que tía Di, le da insiste en hacerme daño?

Le dije que su problema no es que yo sea más o mejor que ella, sino que ella se siente menos y peor que yo. Eso la enfureció más...

Y por esa razón finalmente he decidido entregarle a la policía el vídeo con la confesión en la que Sebastián inculpa a Chris y a Joseline. Más una infinidad de pruebas sobre su acoso.

Cuando ellos se fueron corrí a casa de Oliver, esperando que un abrazo de él volviera a unir mis pedazos.

Pero ya no...

Andrea

31

Todavía no sé quién o quienes lastimaron a Andrea, pero lo voy a averiguar. Haré pagar a todos los que asistieron a esa fiesta por cada lágrima que ella derramó sobre mi hombro.

No sé, algo tengo que hacer.

Esperé a Andrea en la entrada de la Preparatoria, pero no asistió a clases el resto de la semana. Entonces decidí dejar de darle tiempo y espacio, y fui a buscarla a su casa. Pero fue en vano, su mamá me la negó. Esa noche también quise revisar su Facebook, por si alguna publicación me decía “algo”, pero lo ha eliminado.

Por otro lado, todos, fuera y dentro del colegio, comentan que Chris, Fredo y Joseline están siendo interrogados como parte de una investigación por distribución de pornografía infantil; pues se les relaciona como amigos y cómplices de un miembro de la banda de Sein. *Sebastián*. Por eso no me sorprendió del todo que Chris me espere afuera del instituto. En parte yo también lo estaba buscando.

—¡Estás muerto, Odom! —suelta, molesto.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a la defensiva.

—Tu perra.

—¿Perdón?

—Andrea. Ella me está acusando de acoso cibernético.

—Ya se había tardado.

—Ella y su ex novio me metieron en un lío.

—¿Te metieron? —devuelvo, a manera de burla.

Chris intenta empujarme. —¡Los voy a matar a ambos!

—¡Con Andrea no te metas!

—Eres único, Odom —se burla—. Ni cerca ni lejos de ella te has dado cuenta de que su culo es de dominio público.

Entonces lo golpeo en la nariz, pero es el único golpe que consigo darle antes de que otros tres tipos, y el mismo Chris, salten sobre mí para apalearme y patearme.

—¡Este mensaje es más para Evich que para ti! —escucho gritar a Fredo.

También escucho los gritos de alguien más, una mujer, pero no es Andrea, es Beca, que también saltó hacia mí para protegerme con su cuerpo.

—Te van a lastimar —grazno, intentando apartarla, pero no se aleja.

Cuando los golpes por fin cesan, siento las lágrimas de Beca caer sobre mi cuello. —¿Por qué haces esto? —llora. Cielo santo, esta chica me ama y yo no la merezco—. No sólo te lastimas a ti mismo, sabes —me abraza, y la miro intentar limpiar de mi cara un poco de sangre mientras pide a sus amigas llamar a una ambulancia

• • •

Cuando despierto, veo a Byron está sentado al otro lado de la habitación leyendo una revista.

—Byron —susurro.

Él deja caer su revista y corre hacia mí. —Al fin. Ya estaba preocupado.

—¿Qué pasó?

—¿No recuerdas que sucedió?

Algo. Me siento adolorido. Miro confuso mi aséptica habitación. *Divino, Jesús*. Chris y sus amigos me golpearon a tal punto que necesité de un hospital.

—¿Y mamá?

—Está hablando con el médico.

Tengo que preguntar por ella. —¿Andrea?

Byron deja escapar un poco de aire. —Estuvo aquí anoche y discutió a ratos con una tal Beca, que por cierto se acaba de ir. Ambas me pidieron que cuide de ti —dice preocupado. Preocupado por mí.

—¿Andrea se fue? ¿Va a volver? —pregunto, angustiado. Porque algo sobre cómo dijo esto último me preocupó.

Byron abre un cajón de la repisa al lado de mi cama, y de este saca un sobre. —Me pidió que te entregue esto.

No tengo un buen presentimiento sobre *eso*. —¿Por qué no me lo entrega ella?

—No sé... —Él no me da la cara.

—Ábrelo —prácticamente ruego a Byron.

En el sobre hay dos hojas.

—¿Te leo lo que dicen o quieres hacerlo tú mismo? —pregunta Byron, dudoso.

No. Estoy demasiado adolorido. —Léeme tú, por favor.

Byron suspira. —La primera es una carta —me explica.

Oli,

Escribo esto con el lápiz y papel que pedí a la recepcionista de la clínica.

Iba a marcharme sin despedirme, pero no porque sienta que no mereces una explicación, sino porque no sé qué decir. Sin embargo, en el último momento me arrepentí.

Te amo tanto... Pero te ruego que no me busques. Estoy haciendo esto por ti y por mí. Sobre todo por ti. Nunca olvides eso, pero sí trata de olvidarme a mí.

Siempre te amaré. Tampoco olvides eso... O tal vez sí.

Mamá me está esperando afuera para irnos.

¿Qué más puedo decir?

Sé feliz. Eres el mejor chico que he conocido y mereces más que nadie ser feliz.

Andrea X

—¿Qué está escrito en la otra hoja? —pregunto a Byron, sintiéndome morir.

—Hay un pos it —me muestra Byron—. Dice *Por favor, entrega esto por mí*.

—¿Qué cosa?

Ensayo para la clase de Español por: Andrea Evelyn Evich.

Hay personas que tratan de ser como otras personas. Eso se llama moda.

Hay personas que tratan de igualar a otras personas. ¿Eso se llama competencia?

Pero hay personas que son tan diferentes que parecen venir de otro planeta. Esas personas rompen moldes y hacen arte. A mí me gusta pensar que puedo ser una de ellas.

No obstante, hay personas que, a pesar de no ser consientes de lo especiales que son, el resto sí vemos la luz que emana de ellos; una luz que es tan brillante y tan bella que puede sacar al mundo de la oscuridad. Esas personas son ángeles que están aquí para ayudarnos a nosotros los que por nada nos creemos especiales.

¿Qué personaje de la historia se asemeja a Oliver Odom? Tras una larga investigación que incluyó: recolección de material audiovisual, entrevistas y trabajo de campo cerca del sujeto en

cuestión, mi conclusión es que Oliver Odom no debe ser comparado con nadie, porque él es como nadie ha sido jamás. O al menos para mí él es así de especial.

Fin.

Epílogo

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1... ¡FELIZ AÑO NUEVO!

Siete años han pasado desde la última vez que vi a Andrea Evich. Eso es demasiado tiempo, ¿no? Que rápido pasan los años. Tiempo atrás quise ignorar su petición de no buscarla, pero al darme cuenta de que ella hizo todo cuanto pudo para ocultarse de mí, la dejé ir.

Y créanme que decir eso es mucho más fácil que hacerlo.

Son las 00:01 del año 2016 y mi novia, Karin Becker, me da un enorme beso para recibir junto a ella el año nuevo. Es increíble ver lo bien que mamá y ella se llevan, a tal punto de preparar juntas la cena.

A Karin la conocí en la escuela de cocina, ahora ambos somos chef de primera categoría.

Sí, a veces pienso en Andrea. Cuando veo una manzana, cuando bailo (soy pésimo bailando), cuando escucho al Pato Donald o al Pato Lucas, cuando voy al supermercado y meto a mi carretilla una bolsa de Cheetos, cuando suelto una mala broma, cuando bebo Coca cola, cuando veo unos lentes Ray-Ban... ahí está Andrea. Pero supongo que la vida es como un libro: todos los días escribes un nuevo capítulo hasta que inevitablemente llegas al final de la historia.

—¿Nerviosos? —nos pregunta Néstor.

—Yo sí, pero Oliver no —Karin toma mi mano y le da un apretón—. Él siempre lo tiene todo bajo control

El 7 de enero Karin y yo iremos a un casting para participar en El Chef de Oro, un concurso de cocina muy popular en la televisión. Y como bien lo dice ella, yo no estoy nervioso, porque la verdad pienso que quizá ni siquiera pase de la fase uno y no consiga entrar. Ya saben, no quiero ser negativo, pero estoy acostumbrado a no ser positivo.

Capítulo especial.

Andrea

Cuando suena el timbre todos se ponen de pie en seguida, pero la señora Pratt me pide esperar.

—Te he notado distraída, Andrea —dice. ¿Está enojada?

Miro mis manos. —Lo lamento, no volverá a pasar.

—No, no estoy molesta, si eso es lo que piensas —me corrige, con su voz cálida de anciana—. Estoy preocupada.

—Soy algo distraída —intento justificarme.

—No te pedí que te quedaras para señalarte —ella acomoda sus gafas—. Quiero ayudarte.

¿Ayudarme? —No voy bien en Español —estoy consciente de ello.

—Ni en ninguna otra clase.

Cierto.

Cambio de un lado al otro el peso de mi cuerpo. —No es fácil —digo, a manera de que ella me entienda. Tía Di puso al tanto a todos los profesores sobre mí.

—Andrea, no sé qué tan saludable sea para ti no integrarte.

—Estoy bien así —Mi opinión de ella es que es una anciana benévola.

—No. Pronto les pediré que trabajen un ensayo en parejas, y no quiero verte evasiva a trabajar con alguien.

—Pero... —Estoy asustada ahora.

—¿Por qué les tienes tanto miedo a tus compañeros?

¿Cómo puede no saberlo?

Bajo la mirada. —Ellos no... Ellos no me aceptan.

No me respetan.

—¿Ninguno? —niego con la cabeza—. ¿Ni siquiera Daniel Yura u Oliver Odom?

Yura y Odom. Lo pienso un poco. —Sí. Supongo que ellos si han sido amables conmigo.

Entiéndase que para mí ser amable es que estén ignorándome.

Daniel Yura es algo así como el nerd de la clase, mientras que Oliver Odom, en mi opinión, tiene que ser un espía, un superhéroe clamuflajeado o un infiltrado de algún grupo terrorista superlativo; porque a veces lo imagino saltar de su banco para advertirnos a todos que tiene escondida una bomba en su mochila, y que si no nos llamamos hará explotar en mil pedazos la clase; e me imagino poniéndome de pie para ayudarle.

—¿Te sentirías bien trabajando tu ensayo con alguno de ellos? —pregunta la señora Pratt, prudente.

Dudo, pero al final asiento con la cabeza.

—¿Quién de los dos? —está dispuesta a anotar mi respuesta.

Y busco la respuesta correcta en mi corazón:

—Oliver Odom.

Cuando me despido de la señora Pratt ella me entrega una hoja que sé que por siempre atesoraré como un tesoro:

Trece líneas para vivir

- 1. Te quiero no por quien eres, sino por quien soy cuando estoy contigo.*
- 2. Ninguna persona merece tus lágrimas y quien las merezca no te hará llorar.*
- 3. Solo porque alguien no te ame como tú quieres, no significa que no te ame con todo su ser.*
- 4. Un verdadero amigo es quien te toma de la mano y te toca el corazón.*
- 5. La peor forma de extrañar a alguien, es estar sentado a su lado y saber que nunca lo podrás tener.*
- 6. Nunca dejes de sonreír, ni siquiera cuando estés triste, porque nunca sabes quién se puede enamorar de tu sonrisa.*
- 7. Puedes ser solamente una persona para el mundo, pero para una persona tú eres el mundo.*
- 8. No pases el tiempo con alguien que no esté dispuesto a pasarlo contigo.*
- 9. Quizá Dios quiera que conozcas mucha gente equivocada antes de que conozcas a la persona adecuada, para que cuando al fin la conozcas sepas estar agradecido.*
- 10. No llores porque ya se terminó, sonríe porque sucedió.*
- 11. Siempre habrá gente que te lastime, así que lo que tienes que hacer es seguir confiando y solo ser más cuidadoso en quien confías dos veces.*
- 12. Conviértete en una mejor persona y asegúrate de saber quién eres, antes de conocer a alguien más y esperar que esa persona sepa quién eres.*
- 13. No te esfuerces tanto, las mejores cosas suceden cuando menos te las esperas.*

Gabriel García Márquez

Sobre la autora

Tatiana M. Alonzo es una autora auto publicada con interés en continuar escribiendo historias que enamoran. Actualmente escribe romance y fantasía épica.

Contacta con ella:

tatiana.alpe@gmail.com

Redes sociales:

Instagram: [tatiana.alonzo](https://www.instagram.com/tatiana.alonzo)

Twitter: [@TatianaMAlonzo](https://twitter.com/TatianaMAlonzo)

www.facebook.com/TatianaMAlonzo.

^[1] World Wrestling Entertainment, Inc. Empresa de entretenimiento relacionada con la promoción de lucha libre profesional.

^[2] Michael Schumacher. Ex piloto alemán de automovilismo de velocidad, conocido por ser el más laureado de la historia de Fórmula 1.